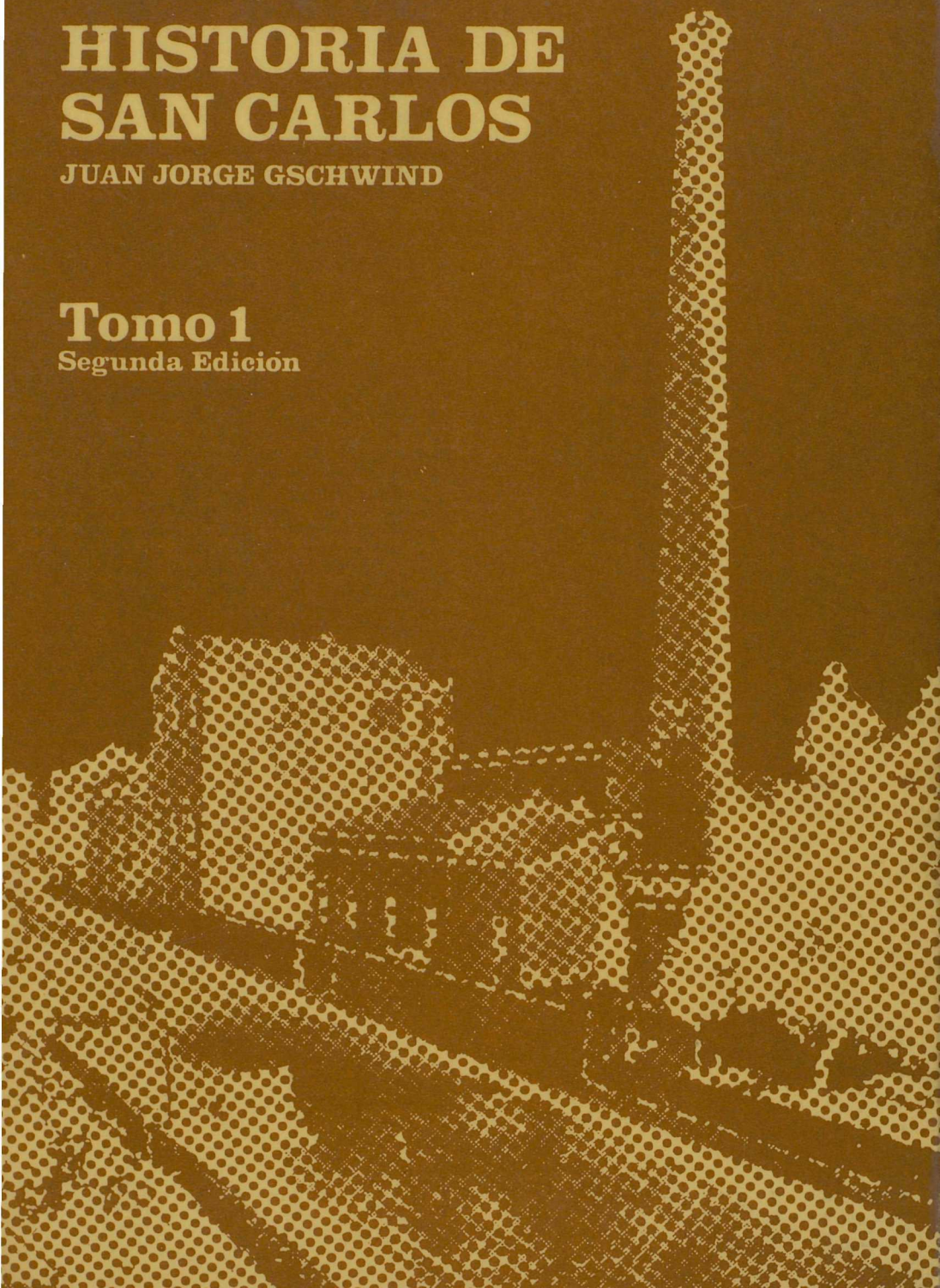


HISTORIA DE SAN CARLOS

JUAN JORGE GSCHWIND

Tomo 1

Segunda Edición



1'351'463

Bibl. cant. VS Kantonsbibl.



1010087289

TA 51957/1

Para la edición de este libro se contó con el apoyo
del **Concejo Deliberante de San Carlos**

Diseño de tapa: Departamento de Diseño Gráfico U.N.L.

Queda hecho el depósito que señala la ley N° 11723

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial

I.S.B.N. 950 - 9632 - 0 - 9

JUAN JORGE GSCHWIND

HISTORIA DE SAN CARLOS

Tomo 1
Segunda Edición
— 1989 —



**UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL**

**FUNDACION
BANCO LIEBOWITZ**

TA 51.957/1



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

Rector:

Dr. Juan Carlos Hidalgo

Secretario de Asuntos Culturales

Prof. Jorge Ricci

Departamento de Extensión Universitaria

Director: Marcelo García

Centro de Publicaciones

Edgardo Russo

Hugo Gola

Luis Novara

CONSEJO DE FUNDACION BANCO BICA

Presidente:

Sr. José Luis Adolfo Mottalli

Vicepresidente:

Arq. Arturo Angel Zuttiñ

Secretario:

Sr. Juan Caso Suárez

Tesorero:

Sr. Luis Jorge Chemes

Vocales:

Sr. Amílcar Damián Renna

Sr. José María Eberhardt

Sr. César Canterna

Sr. Luis Cáffaro

Sr. Guillermo Mounford

Comisión Fiscalizadora:

C.P.N. Rosendo Miguel Vilchez

C.P.N. José Luis Renzulli

Sr. Mario Horacio Chapo

1'351'480

INDICE

Pág.

<i>Palabras preliminares</i> , por El Autor	7
---	---

CAPITULO PRIMERO

<i>La colonización de San Carlos Sud</i>	13
I. Algunos antecedentes de la colonización agrícola en la Argentina	15
II. Carlos Beck Bernard, fundador de la colonia San Carlos. Su contribución al progreso de la colonización agrícola argentina	21
III. El contrato de colonización celebrado entre el gobierno de Santa Fe y los señores Beck y Herzog	42
IV. Cómo se reclutaron las familias en Europa	48
V. Fundación de la colonia — Situación, mensura, nombre ...	53
VI. Análisis del contrato que firmaban las familias	59
VII. Las primeras familias	68
VIII. Resultado financiero de la empresa	77

CAPITULO SEGUNDO

<i>San Carlos Centro y San Carlos Norte</i>	81
I. Origen de los pueblos de San Carlos Centro y San Carlos Norte	83
II. La personalidad militar y civil de don Fermín Laprade, fundador del pueblo de San Carlos Norte	88
III. La cuestión de la plaza pública de San Carlos Centro	97

CAPITULO TERCERO

<i>Economía, transportes y comunicaciones</i>	103
I. Agricultura y ganadería	105
II. Mensajerías	112
III. Ferrocarriles	117
IV. Correos	122
V. La primera línea telegráfica	124

CAPITULO CUARTO

<i>Instituciones políticas y administrativas</i>	129
I. Antecedentes sobre la municipalidad y las comisiones de fomento	131

	Pág.
II. Jueces de paz, subdelegados políticos, comisarios de policía, receptores de renta	144

CAPITULO QUINTO

<i>La Educación</i>	155
I. El desarrollo de la instrucción primaria oficial y particular	157
II. Las bibliotecas populares de la colonia San Carlos. Algunos antecedentes históricos	166
III. La obra educativa de don Roberto Weilmüller	176
IV. El "Instituto Pestalozzi"	184
V. La Sociedad Italiana de Fomento a la Instrucción y la Escuela Italiana "Silvio Pellico"	190
VI. La Escuela Particular Alemana	194

PALABRAS PRELIMINARES

Confieso que con la publicación de este libro se ven cumplidas algunas de mis más caras aspiraciones. Lo he escrito con fervorosa unción, sabiendo que estaba destinado a perpetuar, en el recuerdo de las nuevas generaciones de la colonia, los nombres de los esforzados y laboriosos gestores de nuestra grandeza económica.

Al deseo de ofrecer a mi pueblo natal este libro, como un sincero tributo de afecto, se unía otro, muy humano y noble por cierto, de rendir, mediante el fruto de pacientes trabajos de investigación concretados en la presente obra histórica, un homenaje a la memoria de mis extintos amados padres, vinculando su nombre a esta tarea digna del espíritu y de la inteligencia.

La tarea cumplida, lo fue con toda seriedad y con altura de miras. He procurado llenar un gran vacío, dando a mi pueblo algo que fuera realmente una historia y no una leyenda. Creo haberlo conseguido, en gran parte, reuniendo con honestidad intelectual en estas páginas la verdad sobre el pasado de la colonia San Carlos, desde su fundación (1858), hasta que se conmemoró el cincuentenario (1908).

Inspirado pura y exclusivamente en un ideal superior no me he detenido a meditar sobre los resultados materiales de mi empresa. Aún en la certeza de un rotundo fracaso financiero, lo hubiera publicado lo mismo, a costa de cualquier sacrificio, porque no fue el incentivo de la especulación lo que mantuvo latente y con energía creciente mi perseverancia.

Dije desde un principio, y me parece haber llenado mis propósitos, que me proponía escribir una Historia con criterio científico, que fuera expresión fiel de la realidad. He es-

crito estas páginas con imparcialidad absoluta, desligado de prejuicios, inclinaciones e intereses creados. La verdad ha presidido mis tareas y he tratado siempre, en lo posible, de afirmar mis juicios sobre documentación fidedigna.

Si a alguien se le ocurrió pensar, alguna vez, que mi libro tenía como objeto primordial ensalzar personajes sin mérito, halagar a los vanidosos, vender elogios o mercantilizar una iniciativa tan noble y tan digna de mantenerse en planos superiores del espíritu, deberá comprender que estuvo en un lamentable error y deducir que hay casos en que el cariño con que se realizan algunas obras, sobrepone a su autor a cualquier flaqueza humana y le orienta decididamente hacia el desinterés absoluto.

Estoy seguro de que los lectores valorarán exactamente el esfuerzo paciente y perseverante que significa esta obra, fruto de inspiraciones patrióticas y de elevados sentimientos de justicia póstuma. Si en esta Historia falta mucho que decir, espero que ha de surgir algún día quien, con igual altura de propósitos e inspirado en idénticos principios de equidad y ética intelectual, la complete

Dejaría de ser justo si en esta oportunidad tan propicia me olvidara de algunas personas que siempre, en todo momento, supieron alentarme y contribuir con entusiasmo a facilitar mi tarea. Quiero que las futuras generaciones de San Carlos guarden para esas personas y también para algunas instituciones, un cariñoso recuerdo, ya que ellos, con desinterés y con fervor —en ciertos casos casi religioso—, han hecho que yo pudiera ofrecer a esta colonia su Historia en una forma más o menos amplia, evitando que con el andar de los años se perdieran preciosos documentos e informaciones.

El campeón de mis colaboradores es el señor Roberto Spuler, residente en Santa Fe, pero que fue vecino de San Carlos durante muchos años. Este hombre no sólo me facilitó centenares de fotografías antiguas, documentos y relatos, sino que se tomó el trabajo de obtener copias de documentaciones diversas en los archivos de Santa Fe. Dudo que hombre alguno

pueda haber hecho, en este caso, más que él en homenaje a San Carlos. Y digo en homenaje a San Carlos, pues al colaborar en esa forma tan entusiasta conmigo, ha contribuido eficazmente a que yo pudiera realizar mi obra con mejor éxito. Si yo le estoy profundamente agradecido por su actividad encomiable, también debe estarlo el pueblo de San Carlos. Roberto Spuler ha demostrado ser un hombre que siente un gran afecto por la Colonia. Dotado de un espíritu amplio y generoso, sabe apreciar las iniciativas nobles y dignas de estímulo. Ello le revela como un espíritu superior, que más se destaca en nuestro medio, donde esta clase de actividades suelen caer en el vacío o en la indiferencia, cuando no ser blanco favorito de los envidiosos.

Debo, también, mencionar en forma especial entre las personas que me han secundado en el cumplimiento de la tarea que me impuse, al ciudadano suizo don León Gisiger, residente en Rosario. La colaboración de este hombre es importantísima. No sólo actuó como traductor, en muchos casos, sino que me consiguió copias de la documentación inédita existente en Suiza. Su colaboración resulta impagable. En efecto, este hombre, sin ser sancarlino, tomó con cariño mi iniciativa, y el mismo entusiasmo que reveló en la iniciación no sólo lo mantuvo, sino que lo fue acrecentando hasta el final de los trabajos de investigación. Habiéndole yo indicado las fuentes y los documentos que me interesaba conocer, el señor Gisiger me consiguió dichas copias, por intermedio de sus hermanos, don Teófilo Gisiger, de Berna; señora M. Schaerrer-Gisiger, de Zurich y señora F. Bonhôte - Gisiger, de Basilea. A todos ellos los menciono en estas páginas con profunda gratitud y reconocimiento, por haberse demostrado espíritus selectos, amantes de la cultura, desinteresados y altruistas.

Las personas que acabo de nombrar se tomaron la molestia de copiar centenares de páginas de documentación referente a la Colonia San Carlos en diversas instituciones de Suiza, entre las que debo mencionar en forma destacada a la Biblioteca Municipal de Zurich, la Biblioteca Nacional de Berna y la

Biblioteca de la Universidad y los Archivos Económicos Suizos, de Basilea, y sus directores, el de Zurich, cuyo nombre ignoro y los doctores [aquí hay un blanco en el texto], facilitaron ampliamente la tarea y contestaron siempre con singular deferencia y preocupación mis consultas epistolares bibliográficas. Ello no sólo honra a dichas personas como dirigentes de instituciones de cultura pública, sino que habla muy en favor de su bella patria. A todos, mi profunda gratitud.

El doctor Egger, ex Ministro Plenipotenciario de Suiza ante el Gobierno Argentino, también fue muy gentil conmigo. En efecto, habiéndole requerido algunos datos referentes a la persona de don Carlos Beck-Bernard, fundador de San Carlos, se ofreció conseguírmelos personalmente en Suiza, aprovechando su viaje a la patria. El doctor Egger, a pesar de sus importantes tareas diplomáticas, no echó en olvido este asunto y poco después recibí una carta de la Legación en la que por indicación del señor Ministro, se me enviaban los datos solicitados. El doctor Egger tiene el propósito de escribir una historia de la colonización suiza en la Argentina y serían mis deseos poder serle útil en algo, para retribuir sus atenciones.

Ernesto Dubois, redactor de la "Gazette de Lausanne", diario fundado en 1798, donde Beck era conocidísimo, me puso en correspondencia con la hija del fundador de San Carlos, señora Noemí Beck-Bernard, quien también me facilitó fotos y datos.

Don Emilio Leutert, vecino de San Carlos Sud, es otro de mis entusiastas colaboradores. A él le debo el haber conseguido interesantes retratos antiguos y también datos preciosos sobre la actividad de diversas sociedades en la Colonia.

Es mi deber señalar, también, la valiosa contribución del señor Félix Barreto, director de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe, quien me informó ampliamente sobre ciertas piezas interesantes que existen en aquel Archivo. La espontánea actitud de este hombre estudioso compromete mi gratitud.

Colaboradores eficaces en diversos aspectos lo han sido, también, el señor Bartolomé Bernardi, don Eduardo Gschwind, don Emilio Veaute, don Hugo Breuer, don Augusto Lutsch, don Alberto Gschwind, don Calixto Lassaga, doctores Angel y Carlos Ortiz Grognet, don Jorge Gschwind, don Pablo Ramseyer, doctor Jorge M. Lubary, don Alfredo Barra, don Alberto E. Tourn y don Emilio Tourn, directores-propietarios del periódico "El Comercio"; señora María A. de Rossi, don Gustavo Werffeli; los presbíteros Arturo Marinelli, Luis Chiara y Lorenzo Pellicano, este último cura párroco de San Carlos Centro; señorita Marta Weihmüller, señor Mariutti y señor Juan P. Kemmerer.

Importantes servicios me han prestado instituciones de cultura pública, tales como la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, la Biblioteca Argentina, la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas y la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, estas tres últimas de Rosario, donde he efectuado importantes investigaciones.

En cuanto a las fuentes en que he investigado, debo dejar constancia que me he valido de los Registros y Publicaciones Oficiales, Memorias del Ministerio de Agricultura, del Interior y de Relaciones Exteriores; informes de los Inspectores de Colonias, de los Directores del Departamento de Inmigración; colecciones de diarios argentinos y extranjeros; obras de algunos autores, documentos existentes en los Archivos Económicos Suizos de Basilea, correspondientes a la Sociedad Suiza de Colonización en la Provincia de Santa Fe, que prosiguió la obra iniciada por la casa Beck, Herzog y Cía., etc.

Los relatos e informaciones verbales han sido desechados, siempre que no fueran confirmados por un número prudencial de personas que coincidieran en la explicación de determinados acontecimientos. Lo que era expuesto de diversa manera fue eliminado, prefiriendo pecar de omisión y no de falsedad histórica.

Estas páginas deben, pues, merecer absoluta fe a los lec-

tores, ya que han sido escritas con plena conciencia de la responsabilidad moral que debe amparar a todo historiador.

Dejo, así, librada al juicio de la opinión pública mi modesta obra, con la plena convicción de que aquellas personas que me honren con su lectura, hallarán en estas páginas, como cualidad primordial, la noble finalidad que las inspira. Espero que no ha de faltar en el futuro algún hijo de esta colonia que también dedique parte de sus energías al terruño, escribiendo la historia desde 1908 en adelante, para que con el andar de los años queden fielmente registrados todos los acontecimientos que se vinculan a la vida de San Carlos.

El Autor.

CAPITULO PRIMERO

LA COLONIZACION DE SAN CARLOS SUD

SUMARIO: Algunos antecedentes de la colonización agrícola en la Argentina. — Carlos Beck-Bernard, fundador de la colonia San Carlos. — El contrato de colonización celebrado entre el gobierno de Santa Fe y los señores Beck y Herzog. — Cómo se reclutaron las familias en Europa. — Fundación de la colonia. Situación, mensura, nombre. — Análisis del contrato que firmaban las familias. — Las primeras familias. — Resultado financiero de la empresa.

I

ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA COLONIZACION AGRICOLA EN LA ARGENTINA

¡Caseros! He ahí un nombre que evoca no sólo el triunfo del general Urquiza sobre las fuerzas de la dictadura, sino también la iniciación de una era de resurgimiento de valores.

En efecto, la batalla de Caseros tuvo consecuencias trascendentales para el país, no sólo por el hecho de poner fin al sistema de violencias implantado por Rosas, que imperó por dos décadas, sino porque representa el punto de arranque de una nueva época en que la República se encamina por la senda decisiva y fecunda de las grandes realizaciones.

La actitud patriótica del general Justo José de Urquiza como Director Provisional, primero, y como Presidente de la República, después, propiciando en gran parte una obra de progreso admirable, no sólo en el aspecto institucional, sino también en el terreno de las conquistas económicas y culturales, lo reivindican de su actuación anterior como adicto al general Rosas. Más digno de admiración es su noble gesto, si se tiene en cuenta que Urquiza era un caudillo que pudo en un momento dado perpetuar situaciones deprimentes para la Nación y negativas para su progreso. Por ello, porque supo sobreponerse a las ambiciones y se dedicó patrióticamente a elaborar el progreso argentino, inspirándose en sus nobles intenciones y en los consejos de colaboradores inteligentes, merecerá la eterna gratitud de sus conciudadanos, siendo una figura de primera magnitud en los anales de nuestra historia.

La iniciación de esa gran obra constructiva de nuestra economía nacional, la encontramos en aquella época, con la apertura de nuestras dos soberbias arterias fluviales, el Paraná

y el Uruguay, a la libre navegación y al comercio, sabia medida que acercó y vinculó a nuestro país con el mundo civilizado en forma tal, que atrajo cada día más las corrientes europeas del capital y del trabajo, por la confianza que inspiraba el nuevo orden de cosas.

Esa acertadísima medida de abrir nuestros ríos a todas las banderas, ríos que habían permanecido hasta entonces clausurados por la voluntad de Rosas, tuvo una influencia decisiva en nuestra evolución general. Conquista tan importante para el país, no sólo quedó impresa en un decreto y en la Constitución de 1853, sino que se ratificó solemnemente en los tratados de libre navegación firmados el 10 de julio del citado año, con Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

Las ideas amplias y generosas que habían sostenido tesoramente Florencio Varela, el talentoso sociólogo Juan Bautista Alberdi, figura descollante de la intelectualidad argentina, y tantos otros cerebros privilegiados, ideas que fueron pregonadas desde la prensa y por medio del libro, triunfaban al fin, merced a la buena inspiración y buen sentido del general Urquiza y de los hombres patriotas que le secundaban en el cumplimiento de tan arduo programa de gobierno.

A esta decisión relativa al tráfico fluvial y al comercio, se agregaron otros actos de vital importancia para nuestro progreso general, especialmente económico, tales como la celebración de numerosos tratados de comercio, amistad y navegación, lo que unido a una política bien orientada en lo referente a ferrocarriles, puertos, caminos, fomento de la inmigración y de la colonización agrícola de nuestras fértiles, pero hasta entonces incultas llanuras, terminó por convertirse en un movimiento incontenible de constantes realizaciones fecundas para el porvenir nacional.

De ahí que, en realidad, puede decirse que es en este período que comienzan a echarse las bases de nuestra potencialidad económica, como nación productora.

En esta época la política inmigratoria estaba íntimamente ligada a la política colonizadora. Más aún: se complementa-

ban. Bastará recordar que, desde 1857 hasta 1860, entraron al país unos 20 mil inmigrantes, de los cuales más de 9 mil eran agricultores.

La política inmigratoria estuvo inspirada en un amplio espíritu de generosidad, para atraer a los europeos y aumentar la población de nuestro inmenso territorio, y que como lo pregonara Alberdi, imponía a los gobernantes la misión principalísima de "poblar".

La Constitución de 1853, especialmente en sus artículos 14 y 20, había proclamado libertades y garantías fundamentales para los extranjeros, las que aparecían, además, ratificadas en los numerosos tratados que se celebraron con diversos países.

En lo que se refiere a colonización agrícola, ya antes de la acción de Caseros recibió Urquiza, siendo gobernador de Entre Ríos, una propuesta y pese a que vió con simpatía el proyecto, no prosperó éste, porque no faltó quien se encargara de aconsejar su rechazo. Nos referimos al proyecto de colonización formulado por D. Antonio Cuyás y Sampere el 25 de octubre de 1850.

En realidad, el contrato celebrado el 29 de enero de 1853 entre el Dr. Augusto Brougues, médico francés y persona conocedora de los asuntos de inmigración y el gobierno de la provincia de Corrientes, a cargo entonces de un hombre progresista y entusiasta, el Dr. Juan Pujol, es el que señala el principio del movimiento colonizador.

Sobre la base de este convenio, surgió la efímera colonia San Juan, con las familias llegadas de Europa en 1855.

En 1856 todo marchaba, más o menos, bien; pero, a pesar de los entusiastas esfuerzos del empresario Dr. Brougues, del apoyo decidido del gobernador Pujol y de la circunstancia que el gobierno de la Confederación había garantizado el contrato respectivo, la colonia terminó por despoblarse y las familias que la formaban se dispersaron por Entre Ríos y Corrientes.

En Santa Fe se celebraba el 15 de junio de 1853 un contrato entre el gobernador Crespo y don Aarón Castellanos,

hombre de empresa, que se propuso realizar un negocio con la colonización, pero que no le resultó de acuerdo a las perspectivas. La Confederación garantizó este contrato por ley de 16 de noviembre de 1854, contrato que, salvo algunas variantes, no era sino una reproducción del que había celebrado el Dr. Brougues con la provincia de Corrientes.

Para la ejecución de sus planes colonizadores, el señor Castellanos se trasladó a Europa y entró en relación con diversas casas o agencias de inmigración, que fueron las que le suministraron el plantel de familias para fundar la colonia. Dichas casas eran las de Vanderest y Cía., de Dunkerque; Textor, de Francfort; y Beck y Herzog, de Basilea; destacándose especialmente la acción eficaz de esta última.

Como resultado del contrato a que nos hemos referido, surgió la primera colonia agrícola del país, que sobrevivió a las dificultades y se consolidó. Nos referimos a la colonia Esperanza, siendo oportuno destacar aquí a un gran propulsor de la misma, el gobernador don José María Cullen, quien la visitaba todos los domingos, estimulando con su presencia la obra de los colonos extranjeros. Y es digno de recordarse, también, este hecho: después de haber permanecido alejado de la provincia por cuestiones políticas, cuando se hizo cargo del gobierno su hermano, don Patricio Cullen, regresó, y su primera preocupación fue la de visitar la colonia Esperanza, donde fue recibido en forma imponente y triunfal, como lo merecía por su espíritu progresista.

Debemos mencionar ahora que, como consecuencia de un contrato de colonización firmado por el señor Lelong con el gobierno de Corrientes, pero que no fue cumplido a su tiempo por el empresario, por lo que el gobierno lo declaró caducado y se negó a recibir las familias traídas por Lelong en 1857, tuvo origen otra colonia. Aludimos a la de San José, fundada en forma imprevista en tierras de propiedad del general Urquiza, en la provincia de Entre Ríos, a mediados de ese año.

En efecto, ante la situación creada por la resolución del gobierno de Corrientes, y habiendo la casa Beck y Herzog faci-

litado al señor Lelong muchas de las familias, el señor Beck Bernard que se hallaba en la República Argentina, se vio en serios apuros por ese motivo. Se le aconsejó, entonces, que recurriera al general Urquiza. Así lo hizo. Urquiza tomó el asunto por su cuenta y pidió a Beck Bernard un nuevo proyecto de contrato de colonización, estipulando para ello algunas bases, y después de vencer no pocas dificultades, surgió la colonia San José, compuesta de elementos suizos y saboyanos, que estaban destinados a la colonia que se propuso establecer el señor Lelong.

En 1856 se fundaba, en forma inesperada, también, la colonia suiza de Baradero, provincia de Buenos Aires, cuyos preliminares son, en resumen, los siguientes:

Cuando el número de familias que necesitaba contratar el señor Castellanos para fundar Esperanza ya se había cubierto, seguían ofreciéndose algunas de Chatel St. Denis, cantón de Friburgo; pero Castellanos no las aceptó, por estar ya comprometidas todas las concesiones.

Estas familias no se amilanaron, y por su propia cuenta y medios partieron hacia Buenos Aires, con la esperanza de hallar quien las ocupara.

Felizmente, sus perspectivas no fueron defraudadas, y así, cuando llegaron a destino, tuvieron la suerte que el señor Frers, poseedor de campos cerca de Baradero, se hiciera cargo de ellas. Con la ayuda del señor Gainza, que fue ministro de guerra y otros amigos, dueños de campos en esa zona, y por intermedio de la municipalidad de Baradero, fundóse la colonia suiza, como fruto indirecto de las gestiones realizadas para fundar Esperanza.

En 1858, se echaron las bases de la colonia Villa Urquiza, en Entre Ríos.

Concretándonos ya al desarrollo de la colonización agrícola en nuestra provincia, diremos que, después de Esperanza, surgieron en Santa Fe, en 1858, las colonias San Gerónimo y San Carlos.

Don Ricardo Foster estableció en tierras de su propiedad la de San Gerónimo, que muy pronto recibió un gran impulso con el aporte de numerosos pobladores que trajo del cantón de Walis, con el apoyo del gobierno provincial, un colono llamado Rodemann. *Rodemann*

En el mismo año se instaló al sud de la anterior, la progresista colonia San Carlos, a la que se refiere este libro.

II

CARLOS BECK BERNARD

FUNDADOR DE LA COLONIA SAN CARLOS

Su contribución al progreso de la colonización agrícola argentina

No hemos de exponer en estas páginas hechos gloriosos de algún prócer militar, sino modestas pero fecundas acciones de un hombre que amó mucho a la República Argentina, ofrendándole los mejores años de su existencia, como colaborador eficaz y entusiasta, en el esfuerzo que se iniciaba para construir el porvenir nacional, en épocas en que era necesario llevar la confianza a otros pueblos, para atraer capitales y hombres de trabajo.

Desde que se abrieron en forma amplia las puertas de acceso a nuestro país, para todos los hombres de buena voluntad que quisieran habitarlo; desde que el Congreso de 1853, reunido en la ciudad de Santa Fe, concretó en una constitución ejemplar los principios fundamentales de la organización, ofreciendo los derechos y garantías que habían de amparar la vida en todos sus aspectos, institucional, político, civil y económico, fueron muchos los extranjeros que vinieron a la República Argentina, trayendo con ellos la esperanza del propio bienestar y progreso, pero contribuyendo en alto grado al desarrollo de nuestra economía. Que la grandeza argentina es obra principal de extranjeros, hermanados con los hijos de esta tierra, es algo tan elemental y evidente que no necesita demostrarse. Por ello hay que apreciar debidamente esos aportes valiosos que han contribuido a convertirnos en una nación donde imperan las normas más avanzadas de la civilización y se está

gestando un porvenir grandioso, pese a todos los factores que momentáneamente obstruyen esa ascendente marcha.

Carlos Beck Bernard, a cuya actuación nos referiremos, fue un extranjero de espíritu constructivo, amplio y generoso. No debía faltar en la bibliografía histórica argentina un modesto trabajo que le sacara del olvido en que permanecía. Estas líneas tienen ese elevado propósito de justicia.

Don Carlos Beck nació el 15 de abril de 1819, en Amsterdam, donde se hallaban establecidos sus padres don Gerónimo Beck y doña Susana Brenner.

Era ciudadano de Basilea, y sus ascendientes pertenecían a una familia de la aristocracia de dicha ciudad desde 1526.

Casóse con Amelia Lina Bernard, nacida el 10 de febrero de 1824 en Bitschwyler (Alto Rhin), la que también estuvo en la República Argentina durante cinco años más o menos. De mucha ilustración, igual que su esposo, publicó algunos libros sobre nuestro país, tales como el titulado *El Río Paraná*, que contiene relatos de sumo interés y de los más variados temas, y *Flores de las Pampas*.

El señor Beck vino por primera vez a la República Argentina a principios de 1857. El periódico rosarino *La Confederación*, de fecha 14 de abril del citado año, transcribe en su sección *Noticias y hechos diversos*, un suelto aparecido en el *Nacional Argentino* de Paraná y que, entre otras cosas, dice lo siguiente:

El señor Beck ha venido con su familia y tiene la intención de pasar algunos años en la provincia vecina para fomentar y dirigir él mismo varias empresas de colonización. El país debe felicitarse de esta adquisición de la que reportará sin duda inmensas ventajas. Entre tanto saludamos al señor Beck y le deseamos una feliz permanencia entre nosotros.

Pero si bien este distinguido empresario llegó de Europa a principios de 1857, ya con anterioridad había colaborado activamente en favor del movimiento inmigratorio y colonizador iniciado, facilitando muchas de las familias que debían

componer los núcleos agrícolas a crearse. En ese sentido vemos a la Sociedad Beck y Herzog, con sede en la ciudad de Basilea y de la que el señor Beck Bernard formaba parte como socio principal y director, contribuir al reclutamiento de los elementos necesarios, en diversas regiones de Europa.

Primeramente fue un factor eficaz y principal en la empresa de don Aarón Castellanos, al fundar éste la colonia Esperanza en 1856, como consecuencia del contrato que celebró con el gobierno de Santa Fe el 15 de junio de 1853. La sociedad Beck y Herzog suministró al señor Castellanos numerosas familias, ligando así su nombre a la fundación de la primera colonia agrícola argentina que se consolidó. También estuvo en relación con el señor John Lelong, que se propuso colonizar en la provincia de Corrientes, de acuerdo con un contrato celebrado con el gobierno de la misma, que no fue cumplido. El señor Beck, que había intervenido en el reclutamiento de las familias para el señor Lelong, muchas de las cuales ya habían llegado al país, se vio en serios aprietos para salvar los inconvenientes de tal situación y entró en conversaciones con el general Urquiza, quien se decidió, finalmente, a colocar ese núcleo de colonos en tierras de su propiedad, fundándose así la colonia San José, en 1857.

Hay que hacer constar, como lo dice el doctor Miguel Ángel Cárcano en su importante obra *Evolución Histórica del Régimen de la Tierra Pública*, que la sociedad Beck y Herzog, en realidad fue la única que vino al Río de la Plata ocupada seriamente del asunto de la colonización, especialmente en lo que se relaciona con la fundación de la colonia Esperanza, debiéndosele en gran parte el éxito de la empresa.

Hay que señalar otro detalle importante: la misma sociedad, por intermedio de su director principal señor Beck Bernard, que había venido a encargarse personalmente de los asuntos en la Argentina, terminó por tomar directamente la iniciativa de fundar establecimientos agrícolas, organizando científicamente el negocio de la colonización.

Como resultado inmediato de tal decisión, después de una

serie de negociaciones y de sanciones legislativas, se celebró el contrato de 25 de noviembre de 1857, entre el gobierno de Santa Fe y la sociedad ya nombrada. La colonia San Carlos, fruto de ese convenio y de la que el señor Beck Bernard fue el animador entusiasta, se instaló en 1858.

Debemos, asimismo, poner de relieve un aspecto muy interesante de todas estas iniciativas en que participa el señor Beck Bernard. Nos referimos al espíritu progresista y a las generosas aspiraciones en que fundaba sus actos. Así, en la propuesta para colonizar, elevada al gobierno de Santa Fe el 20 de mayo de 1857, se revela claramente que estos hombres no sólo tenían el incentivo de la especulación privada, sino que vislumbraban el bien que produciría al país la multiplicación de los centros agrícolas en todas las zonas apropiadas.

En la fundación de la colonia San Carlos, el señor Beck Bernard no omitió esfuerzos ni sacrificios y gracias a su tenacidad y hábil dirección pudo consolidarse. En efecto, en los primeros años, debido en parte a la sequía, en parte a las plagas, especialmente las langostas, las cosechas se perdían o eran precarias y los colonos no podían pagar a la sociedad colonizadora sus deudas en concepto de la tercera parte de la producción e intereses. Lo que habían recogido en sus parcelas, apenas si alcanzaba para semilla. Todo ello hizo que la sociedad Beck, Herzog y Cía. sufriera un desastre financiero y esta situación determinó que esos negocios pasaran a manos de algunos capitalistas de Basilea, quienes prosiguieron las actividades bajo el nombre de "Sociedad de Colonización Suiza en la Provincia de Santa Fe", fundando sucesivamente varias colonias agrícolas tales como las de Grutly, Humboldt y Santa María.

Durante su estada en la capital de la provincia, el señor Beck Bernard tuvo una destacada actuación en diversas esferas.

Fue presidente del "Club del Orden", desde el 27 de agosto de 1860 hasta el 27 de febrero de 1861, y en tal carácter le correspondió agasajar a los diputados de la Convención

Reformadora de la Constitución Nacional, reunida en Santa Fe en 1860.

En las primeras elecciones municipales habidas en la ciudad de Santa Fe, convocadas por decreto de 26 de febrero de 1861, para los días 3, 4 y 5 de marzo, elecciones aprobadas el 9 de este último mes, don Carlos Beck Bernard resultó electo municipal en propiedad.

El señor Beck Bernard, ante los serios contrastes, resolvió regresar a su país en 1864.

Las cualidades sobresalientes que destacaban al señor Carlos Beck Bernard, como una persona de vastos conocimientos en materia de inmigración y colonización agrícola de la República Argentina, fueron consideradas y tenidas en cuenta por quienes en forma especial se preocupaban de ese aspecto de nuestro problema económico y trataban de contribuir a su solución.

Ese mismo concepto altamente favorable de la personalidad del señor Beck Bernard, era el que sustentaban los ciudadanos integrantes de la primera "Comisión Promotora de la Inmigración de Rosario", creada el 20 de junio de 1864, por decreto del entonces presidente de la República, general Bartolomé Mitre.

Dicha comisión la componían los señores Emiliano Frías, Carlos Grognet, Aarón Castellanos, Guillermo Perkins, Jacinto Corvalán, Pedro Lassaga y Mariano Alvarado, personalidades todas ellas vastamente vinculadas en distintas actividades y capaces de realizar una obra fecunda, emprendiendo con entusiasmo patriótico la misión de atraer a los hombres de buena voluntad que quisieran habitar este privilegiado y generoso suelo argentino, llevando así a la práctica las doctrinas progresistas y amplias contenidas en nuestra Constitución. Era necesario que esas nobles ideas, sostenidas por el gran Alberdi y otros pensadores argentinos, tuvieran su realización eficaz en los hechos, para que el organismo económico y social del país se beneficiara material y moralmente, ya que como lo ha escrito un gran maestro, José Manuel Estrada, "el pensa-

miento no se convierte en civilización, sino cuando la idea se convierte en acción”.

Los ciudadanos nombrados, inspirados en una finalidad tan noble y de tanta trascendencia para el porvenir nacional, no dejaron de fijarse en hombres que como el señor Beck Bernard, podían ser factores ponderables de éxito en esta clase de iniciativas.

Pocos días después que fuera designada la “Comisión Promotora de la Inmigración de Rosario”, un diario de esta ciudad, *El Ferrocarril*, que aparecía en aquella época, dirigido por el señor Guillermo Perkins, componente de la Comisión, como se ha visto, y posteriormente su secretario, publicaba en su número del 30 de julio de 1864 un editorial, en el que, después de hacer referencia a ciertos factores determinantes de las dificultades habidas en el desenvolvimiento de las colonias agrícolas, mencionaba algunos nombres de personas que podían prestar a la gran obra de la colonización valiosos servicios.

Otra persona —dice en uno de sus párrafos—, altamente competente es el señor D. Carlos Beck, administrador de la colonia San Carlos y uno de sus fundadores. Este señor, según entendemos, vuelve a su país, la Suiza, y el Gobierno o la Comisión podría utilizar sus grandes conocimientos adquiridos por muchos años contraídos a la inmigración.

Esta opinión, que veía en el señor Beck Bernard un elemento útil para colaborar en la tarea grandiosa de poblar y sembrar de colonias el país, creando su riqueza agraria y con ello su progreso y bienestar económico, halló eco en las esferas del gobierno nacional, y así fue como el presidente Mitre dio el decreto de 4 de noviembre de 1864, por el que se nombraba al señor Carlos Beck Bernard Agente de Inmigración en Suiza y Alemania, teniendo en cuenta los importantes servicios que podía prestar al país, dependiendo en su cargo de las Comisiones de Inmigración de Rosario y Buenos Aires, de las que recibiría instrucciones.

Se le asignaba un sueldo de 1.500 pesos fuertes anuales

y debía fijar su residencia en el cantón de Vaud (Suiza). La misión que se le confiaba era la de propender por todos los medios disponibles el encauce hacia la República Argentina del mayor número posible de inmigrantes, extendiendo su esfera de acción especialmente a los dos países nombrados.

Cabe señalar que este decreto, refrendado por el ministro del interior, Dr. Guillermo Rawson, crea la institución de "Agentes de Inmigración", siendo el señor Carlos Beck Bernard, en consecuencia, el primero de ellos.

El citado ministro envióle con tal motivo una nota oficial, concebida en los siguientes honrosos términos:

Buenos Aires, noviembre 4 de 1864.

Al señor Don Carlos Beck: Tengo la satisfacción de comunicar a Ud. que ha sido expedido con esta fecha el acuerdo cuya copia autorizada acompaño, por el cual el señor Presidente de la República ha tenido a bien constituir a Ud. en Agente de Emigración para la República Argentina en Vaud.

Los distinguidos antecedentes de Ud. y sus constantes esfuerzos durante muchos años para traer a estas fértiles regiones la inmigración europea han llamado la atención del señor Presidente, induciéndole a esperar que Ud. se prestará a continuar sus importantes servicios en el mismo sentido, aprovechando así en favor de este país el tiempo de su residencia en Europa y las importantes relaciones que allí ha cultivado.

Aprovecho esta ocasión para felicitar a Ud. por la merecida distinción que el Gobierno hace de su persona y para expresarle mi confianza en el éxito de sus trabajos.

Además en la Memoria de Inmigración de 1874, hallamos algunas referencias sobre este asunto, que amplían, en cierto modo, las razones que influyeron para hacer esta designación.

La primera Agencia europea —dice la Memoria—, fue creada en 1864 con el noble propósito de indemnizar los perjuicios sufridos por el colonizador don Carlos Beck, que empleó su patrimonio en la empresa de la colonia San Carlos.

Y agrega más adelante: Establecer como Agente de inmigración a un hombre competente que se había arruinado rindiendo un gran ser-

vicio al país, era un acto de justicia que conciliaba los intereses mismos de la inmigración en cuyo ramo adquirió grande experiencia a costa de su fortuna.

Apenas el señor Beck Bernard recibió su designación, en noviembre de 1864, escribió desde Buenos Aires a la Comisión Promotora de la Inmigración de Rosario, enterándola del nombramiento, poniéndose a disposición de la misma para recibir instrucciones, solicitándolas claras y precisas, y sugiriendo de paso, una serie de medidas que a su juicio debían tenerse en cuenta para el mejor éxito de los trabajos.

Ausentóse luego a Suiza y fijó su residencia en Montbri-llant (Lausana). Desde entonces, la actividad desplegada por este hombre en Europa, como Agente de Inmigración y posteriormente, desde el año 1868 como cónsul argentino en Suiza, cargo para el que fuera designado por decreto del gobierno argentino de fecha 10 de diciembre, merece señalarse como de las más proficuas y benéficas para los intereses del país.

Pensemos que aún hoy, no obstante el intenso y activo intercambio que mantenemos con las naciones europeas, favorecido por los medios de avanzada perfección que la civilización ha creado para vincular a los pueblos del orbe, nos conocen poco y mal en la mayor parte de aquellos países. ¡Qué mérito tiene, pues, la ímproba tarea, tesonera y perseverante de aquel hombre dinámico y múltiple, realizada como propagandista entusiasta, lleno de fe y cariño por el porvenir de esta tierra, hace más de setenta años!

Es indudable que su designación fue un acierto y su influencia en nuestro progreso económico ha sido reconocida por destacadas personalidades argentinas. Así, para citar un ejemplo, el ilustrado escritor y estadista doctor Estanislao S. Zeballos, cuya obra argentinista admiramos, haciendo referencia a la urgente necesidad de crear un personal consular idóneo, sostiene que debían los candidatos llenar las siguientes exigencias:

Reputación honorable, posición social respectable, conocimiento especial de la República Argentina, consagración exclusiva al objeto, preparación suficiente para hacer la propaganda oral y escrita de los intereses argentinos en hojas volantes, diarios, folletos, libros, conferencias públicas, academias, etc., etc. La calidad de argentino —agrega el doctor Zeballos—, no sería indispensable. No habría justicia en excluir a ciertos extranjeros dignos y cultos, que revelan su amor al país y se identifican elocuentemente con sus intereses. Tres de los cónsules más activos y útiles que ha tenido este país en Europa durante años han sido extranjeros: Beck Bernard, suizo, fundador de la colonia San Carlos; Calvari, italiano, y Picot, francés.

Hemos leído varias cartas del señor Beck Bernard, dirigidas casi todas ellas al señor Guillermo Perkins, secretario de la “Comisión Promotora de la Inmigración de Rosario” y también director del diario *El Cosmopolita*, las que aparecen publicadas en el mismo, revelando claramente la afanosa y febricitante preocupación de aquel digno extranjero, entusiasta por los problemas argentinos relacionados con la colonización agrícola. ¡Cuánta grandeza en este espíritu selecto, ejemplo de extranjero que necesitó y sigue necesitando el país! ¡En esta tierra hospitalaria y generosa, fecunda y pródiga, bregando por la creación de colonias, cimientos de nuestra potencialidad económica actual, pierde el señor Beck Bernard su patrimonio y en pago de esa decepción y de ese contraste, él, espíritu superior, le sigue ofrendando su fe, su confianza, su inteligencia, su acción y su gran afecto, honrando el nombre de la República en el extranjero, como no lo hubiera hecho mejor un argentino!

Nuestro activo representante era invitado a asistir a importantes reuniones, donde se congregaban personalidades interesadas en asuntos de inmigración y colonización, para estudiar propuestas o ver las posibilidades de encauzar las corrientes emigratorias hacia los países que ofrecieran mejores condiciones. Como ejemplo nos bastará mencionar la gran reunión celebrada en Olten el 25 de mayo de 1865. En todas esas asambleas el señor Beck Bernard defendió siempre, en forma am-

plia y talentosa, los intereses argentinos confiados a su inteligencia y celo.

En numerosas cartas enviadas en aquella época a las Comisiones de Inmigración de Buenos Aires y Rosario, y especialmente al secretario de esta última, señor Guillermo Perkins, aconseja el estudio de varias cuestiones relativas a la colocación de inmigrantes y plantea el problema del costo de los pasajes, factor que era tenido muy en cuenta en Suiza.

En la reunión de Olten, a la que ya hemos aludido, se fundó la "Unión Suiza", designándose una Comisión Central para dirigirla, siendo su objeto buscar en Norte y Sur América nuevos puntos de apoyo para la instalación de emigrantes suizos. De esa Comisión formaba parte el señor Beck Bernard y le fue encomendado muy especialmente que gestionara concesiones de tierras en la República Argentina.

A este asunto se refiere extensamente en una carta fechada en Lausana el 5 de junio de 1865. Insinúa que sería preferible una concesión en el Chaco santafesino, sobre la margen del Paraná, no muy lejos de la parte poblada de la provincia, pues en esas condiciones se podrían trasladar los colonos por vía fluvial. Aparte de ello, se contaría con agua y madera, elementos muy útiles para estas iniciativas.

Según lo manifiesta el señor Beck Bernard, la "Unión Suiza" deseaba adquirir la certeza de las concesiones de tierras, para comprometer a los capitalistas a hacer adelantos a los efectos del cumplimiento del plan de colonización, tomando como garantía hipotecas sobre los terrenos concedidos a los colonos.

Algunas ideas vertidas por nuestro agente en un interesante informe publicado por *Le Journal de la Société Vaudoise D'Utilité Publique*, resumen el concepto que estos asuntos le merecían.

Mucha gente hay —dice Beck Bernard— que aun para vivir en Europa debe llevar una existencia de miseria, recurriendo a la caridad oficial o particular, lo que impone a la sociedad continuos sacrificios que no aparejan soluciones eficaces.

Sería en mi opinión muy útil y bienhechor —prosigue— emplear una parte de aquellos desembolsos que se hacen imperativamente ahora sin ningún buen resultado, en la fundación de colonias por medio de familias pobres, pero capaces de trabajar, a las que haríamos de este modo propietarias agrícolas al fin de algunos años, y a quienes colocaríamos física y moralmente en las condiciones para poder desarrollar sus capacidades y al mismo tiempo ponerlos en una situación llena de esperanzas para sus hijos.

Ese criterio contempla con acierto el problema, ya que la solución favorece no sólo al país que recibe al inmigrante y que necesitando poblar sus tierras y hacerlas productivas se beneficia con su acción laboriosa, sino también tiene sus ventajas para el país que lo envía, al que se descongestiona de elementos sin mayor utilidad, por el exceso de población.

Después de exponer una serie de consideraciones referentes a la organización del movimiento emigratorio y a la formación de colonias, con un criterio científico y no tan sólo mercantilista, termina manifestando en su informe que para la

ejecución de semejante proyecto, ningún país ofrece tantas facilidades y tantos recursos, unidos a tanta libertad política y religiosa, como la República Argentina, donde también existe la gran ventaja de poder apoyar la empresa con las colonias ya establecidas, y aprovecharse de las experiencias prácticas adquiridas durante el período de cerca de diez años.

A esta actividad permanente, representada por la propaganda en diarios, periódicos y revistas y por la intervención en los debates de las asambleas que trataban cuestiones relativas a la emigración, hay que agregar otras de mucha importancia e influencia. Así, por ejemplo, decidió dar en Lausana un curso de explicaciones públicas sobre la República Argentina.

La Gazette de Lausanne, importante diario suizo fundado en 1798, en uno de sus números recomendaba a los lectores, en forma especial, las lecciones que dictaría el señor Carlos Beck Bernard respecto de nuestro país. De acuerdo con el pro-

grama fijado, éste trataría diversos aspectos de la República Argentina, entre otros, sus riquezas naturales, la producción, las industrias, costumbres de los pobladores, historia y geografía, instituciones, vida intelectual, etc. Las disertaciones se hacían más interesantes aún si se considera que se exhibían objetos llevados de nuestro país, demostrando lo que aquí se producía.

El asunto que se propone tratar el señor Beck —escribe *La Gazette de Lausanne*—, es nuevo y muy interesante. La República Argentina ofrece una singular mezcla de la civilización europea y de costumbres primitivas. Ese país nos presenta la naturaleza en toda su grandeza primordial.

El señor Beck Bernard residió en la República Argentina alrededor de ocho años, adquiriendo conocimientos precisos sobre sus actividades generales, detalle que destacaba el diario nombrado.

Esta campaña daba sus frutos, ya que los diarios y revistas de diversos países europeos se iban preocupando más y más de nuestros asuntos, reproduciendo espontáneamente artículos o estadísticas publicadas en diarios argentinos, especialmente en *El Cosmopolita*, de Rosario, que dedicaba muchas de sus columnas a tratar temas de inmigración y colonización.

Refiriéndose a una de esas disertaciones *Le Journal Suisse*, expone el siguiente juicio:

Hemos escuchado con vivo interés el primer discurso del señor Beck sobre la República Argentina. Después de algunas generalidades muy bien deducidas de la colonización española del xvi, entró en detalles los más interesantes sobre el mismo país y sus prodigiosas riquezas.

Luego de manifestar que el público siguió con vivo interés el curso de la exposición, agrega *Le Journal Suisse*:

Es muy raro que hayamos tenido oportunidad de escuchar un discurso sobre asunto tan interesante, de primera mano. Lo más que sabemos nos ha venido de trabajos de personas que copiaban o habían toma-

do informes de otros. El señor Beck "ha visto" y dotado con el espíritu práctico del americano, nos hace un cuadro vivo de lo que él ha visto. Este primer discurso es en todo un triunfante debut.

L'Estafette, de Lausana, también se ocupó elogiosamente de esta iniciativa.

El señor Beck Bernard durante su permanencia en la República Argentina, país al que vino por primera vez en abril de 1857, como se ha dicho, residiendo en él hasta fines de 1864, no circunscribió su acción a un propósito exclusivamente mercantilista, como muchos empresarios de orden común, sino que dotado de cualidades superiores de observación y de condiciones especiales, aprovechó también su estada para estudiar lo que se refiere a su historia y geografía, a sus instituciones y hombres, interesándose principalmente por los problemas económicos.

Todo ese valioso bagaje de conocimientos y observaciones generales sirvieron a Beck Bernard para hacer más eficaz su actuación en Europa, como representante consular argentino. Y es así que aparte de sus actividades periodísticas, resolvióse a publicar un libro que reuniera todo lo que se relacionara con nuestro país y que debía servir mucho para orientar a las masas de inmigrantes y a los capitalistas que deseaban organizar empresas de colonización en la República Argentina.

No debe haber resultado tarea muy difícil para un hombre de clara inteligencia, que tenía, además, una ruda experiencia en lo que concierne a la colonización agrícola argentina.

En 1865 dio cima a su propósito, publicando el libro *La République Argentine*, impreso en Lausana por la casa Genton, Voruz et Dutoit y editado por los libreros Delafontaine et Rouge.

Hemos tenido a la vista un ejemplar de aquella edición y con intensa curiosidad nos enteramos de su contenido. Confesamos que al terminar la lectura, no pudimos menos que sentirnos admirados ante tan valioso aporte a nuestra propaganda en los países europeos. Cada vez que avanzamos en la lec-

tura de ese nutrido volumen de 328 páginas, aumentaba la convicción de que quien las había escrito, no sólo conocía perfectamente nuestros problemas y antecedentes de nación, sino también que sentía hondo afecto por la República Argentina. Se trata de un libro noblemente inspirado y si esa obra ha exigido a Beck Bernard la adquisición de una serie de nociones históricas y geográficas del país, encierra mucho más de experiencia, de deducción práctica en el terreno de la realidad vivida, en plena llanura argentina, pronta a recibir a los hombres que habían de convertirla en un inmenso granero y que con el andar de los años había de derramar su abundante bendición hacia todos los horizontes, llevando el pan nuestro de cada día a todas las razas.

También se trata de un libro veraz, conscientemente planeado y bien escrito, que dice las cosas como han sido y que no contiene las herejías geográficas e históricas a que nos han tenido y siguen aún teniendo habituados muchos escritores extranjeros.

Hemos preferido, a transcribir el índice, hacer una breve reseña de los temas que trata *La République Argentine*, por ser todos ellos muy interesantes.

El libro de Beck Bernard consta de siete capítulos. En la introducción van expuestos todos los antecedentes coloniales y los principales acontecimientos históricos de aquella época.

En el primer capítulo, después de unas páginas en las que se describe el Paraguay, país que Beck Bernard visitó también, y del que hace una serie de consideraciones relativas a sus riquezas naturales, sistema político, costumbres de sus pobladores, etc., entra el autor a estudiar las tribus de indios que poblaban el territorio argentino, exponiendo sus medios de vida, costumbres, el régimen de los caciques, los métodos de guerra y la característica de sus viviendas. Dedicó luego varias páginas al estudio de nuestra hidrografía, refiriéndose a los ríos Paraguay, Pilcomayo, Bermejo, Río Negro, Salado y muy especialmente al Paraná, mencionando de paso algunas exploraciones y expediciones efectuadas para intentar la navegación

del Salado y Bermejo. Termina este capítulo con la descripción de los fortines y algunas reflexiones relativas a la libertad de cultos existente en el país.

El señor Beck Bernard dedica otro capítulo de su libro al estudio de las formaciones geológicas del suelo argentino y a sus riquezas naturales, comprendiendo todo lo referente a aguas, clima, vientos, lluvias, etc., haciendo también una interesante exposición sobre las riquezas minerales y un estudio de la fauna argentina, en sus diversas especies, salvajes y domésticas.

En el tercer capítulo el autor prosigue explicando todo lo relativo al reino animal y al aprovechamiento de los productos derivados. Describe el aspecto de nuestras pampas y los alrededores de Buenos Aires. Habla de las costumbres y de la idiosincrasia de los habitantes del país, señalando sus virtudes, inclinaciones y defectos, tanto del poblador de las ciudades, como de los gauchos y habitantes del campo.

Otro capítulo comprende cuanto se refiere a las industrias que practican los indios y criollos. Toca el problema de las comunicaciones terrestres y fluviales. Habla de la necesidad de ferrocarriles y termina haciendo un resumen de todo lo que se relaciona con las escuelas, misiones religiosas y prácticas de los cultos.

El capítulo quinto de la obra, está destinado a hacer una breve narración de historia argentina, analizando la evolución de las instituciones y de la cultura pública, la prensa y la literatura, destacando los principales órganos de publicidad, escritores y poetas argentinos. Trae un resumen de los acontecimientos históricos del país y de la constitución de 1853, teniendo conceptos elogiosos para las personalidades de Mitre y Rawson, por su acción civilizadora.

Todo lo que se relaciona con las colonias agrícolas ya establecidas en el país, es materia de otro capítulo. En él se exponen sintéticamente y con datos concretos, los antecedentes relativos a esos núcleos agrícolas de la República Argentina, desde las fracasadas iniciativas del doctor Augusto Brougues,

en Corrientes, hasta la empresa de Aarón Castellanos, que dio por resultado la fundación de la colonia Esperanza. Tiene frases de elogio para el gobernador don José María Cullen, por su patriotismo y generosidad, especialmente como protector de la colonización en la provincia de Santa Fe.

Después de hacer un relato sucinto de las colonias de esta provincia y Entre Ríos, demostrando su desarrollo progresivo con datos estadísticos, agrega informaciones muy útiles respecto de los cultivos y precios de los productos.

El problema de la colonización es encarado ahí con un criterio plausible, teniendo en cuenta no sólo la faz económica, sino también el progreso moral de las colonias.

Finalmente, el séptimo capítulo contiene consejos e informaciones prácticas, que el señor Beck Bernard con su gran experiencia en la materia y su conocimiento del país, consideraba conveniente hacer conocer a las familias europeas, que pudieran estar interesadas en emigrar a la República Argentina, para dedicarse a la agricultura. Esos consejos incluyen instrucciones para la labranza de la tierra, indicando las máquinas apropiadas, con cálculos sobre precios de costo de la producción y de venta de las cosechas, datos que no sólo se relacionaban con la agricultura, sino también con la ganadería y con el cultivo de legumbres, maní, algodón, tabaco, alfalfa, frutales, viñas, floricultura, etc.

El diario *El Cosmopolita*, que interpretaba el pensamiento de la Comisión de Inmigración de Rosario, en su número de 28 de julio de 1865, en una nota bibliográfica vierte los siguientes conceptos:

La obra del señor Beck —dice entre otras cosas—, está escrita con mucha elegancia y con una gran exactitud en materia de datos e informaciones generales. Los datos para el gobierno de las colonias, son muy minuciosos y de un gran valor para las familias de emigrantes. Sin ostentar un carácter científico o literario, el señor Beck ha escrito un libro que será leído con igual placer por el hombre científico y por el hombre literato, pues, en elegante lenguaje habla de la formación geológica del país, sus riquezas, su historia natural y física; trata de las

costumbres, de los indios, de la literatura, del comercio, de la agricultura, etc., y todo con la estricta referencia a las necesidades y el bienestar del inmigrante, en cuyo provecho principalmente está escrito el libro.

Igualmente se ocupó detenidamente de esta publicación el importante diario *La Gazette de Lausanne*, que dedica un juicio interesante y que coincide en refirmar el concepto que nos merece la obra del señor Beck Bernard.

Este libro —dice—, que completa *El río Paraná* de Mme. Beck Bernard, se recomienda tanto como lectura suave y encantadora cuanto por sus interesantes e instructivos detalles. Si es verdad que la literatura, la geografía y la historia ocupan actualmente un lugar preferente entre los estudios contemporáneos, la obra del señor Beck será ciertamente recibida con gusto, bajo todo punto de vista. Nos es agradable conocer países nuevos y si algunos nombres, como los de Buenos Aires y Montevideo son ya más o menos familiares a nuestros oídos, no nos presentan sin embargo ideas muy fijadas y precisas, sin hablar de otros muchos que ignoramos completamente, y sin hablar de esa misma República Argentina, país cuatro veces más grande que la Francia y con una población que apenas llega a un millón y medio. La riqueza de ese país, su vegetación, su clima, su historia natural, son descritas en el libro del señor Beck, en el que encontramos entremezclados los cuadros coloridos del pintor, los datos exactos del comerciante, los sueños del poeta, las reflexiones del filósofo y las aspiraciones del cristiano. La Constitución de la República Argentina se asemeja mucho a la de nuestro país, pero es más liberal en cuanto a la libertad de cultos y más amplia e inteligente en cuanto se relaciona con los extranjeros.

Escrita la obra —continúa el comentario de *La Gazette de Lausanne*—, para los hombres de inteligencia madura, su lectura, sin embargo ha de proporcionar un verdadero placer a personas de todas edades. Si la mayor parte de los lectores no ven sino un cuadro interesante y agradable, otros hay que sabrán profundizar el objeto del autor, objeto que se entrelaza íntimamente con la importante cuestión del día entre nosotros: La emigración.

Lo apiñado de las poblaciones de muchos países del antiguo mundo, no permite la expansión de la actividad del hombre. Necesaria se hace la emigración de una parte. ¿Dónde irán? ¿A la Argelia? ¿A la América? ¿A la Australia? El señor Beck que conoce el país, su clima, sus instituciones y el carácter de sus habitantes, dice a los que buscan la

solución de la grande cuestión: Vayan a la República Argentina; allí os recibirán bien y allí si trabajáis gozaréis de la prosperidad.

En 1868, aparecía en Berna un nuevo trabajo de Beck Bernard, titulado: *Die Argentinische Republik als Auswanderungsziel* (La República Argentina como punto de emigración). Se trata de un folleto de 56 páginas en 8º.

Una segunda edición del primer libro del Sr. Beck Bernard, se publicó en Berna también, en 1872, titulado: *La République Argentine - Manuel de l'emigrant et du cultivateur* (La República Argentina - Manual del emigrante y del cultivador). Esta obra contenía, además, 3 mapas y se trata de un volumen de 216 páginas en 8º.

Este libro fue impreso por la casa J. Allemann y contiene las siguientes materias:

Descripción del país. Detalles históricos. Constitución, gobierno, administración de la justicia, de los cultos y de la instrucción. Finanzas. Industrias. Comercio. Vías de Comunicación. Monedas. Pesas y medidas. Población e inmigración. Progreso del país en diez años. La Comisión Central de Inmigración de Buenos Aires. Datos para los emigrantes en general. Las colonias agrícolas. La economía rural en las colonias. Equipamiento, llegada y primera instalación de los colonos.

La campaña de Buenos Aires. En el Oeste y Sud de la provincia. Chivilcoy. La colonia Azul. Bahía Blanca. Colonia del Chubut. Ley agraria de la provincia de Buenos Aires. La colonia Baradero.

Colonias de San José, Villa Colón y los alrededores de Concepción del Uruguay en la Provincia de Entre Ríos.

El ferrocarril de Rosario a Córdoba. Las colonias de Bernstad, Carcarañá, Cañada de Gómez, Tortugas, Leones, Fraile Muerto, Jesús María, La Candelaria, etc. Ley de Córdoba sobre la inmigración y la colonización.

Santa Fe y las colonias circundantes. Guadalupe, Coronda, San Carlos, San Gerónimo, Las Tunas, Franck, San Agustín, Esperanza, Cavour, Humboldt, Grutty, Sunchales, las Colonias Emilia y de San Justo.

Las colonias situadas sobre el Río de San Javier. Colonias del Conde o Cayastá, Helvecia, Francesa, Nueva California, Inglesa, Alejandra, etc. Ley del gobierno de Santa Fe sobre las colonias.

Paraná, Villa Urquiza y sus alrededores. Recomendaciones para la travesía.

Correspondencia entre los colonos y sus amigos de Europa. Apéndice. Extractos de cartas. Reglamento para el desembarco de emigrantes en Buenos Aires.

Finalmente, en 1874 dióse a publicidad en Berna la edición en alemán de la obra antes citada: *Die Argentinische Republik. Ein Handbuch für Auswanderer und Kolonisten*. (Esta edición consta de 240 páginas en 8º y trae tres mapas).

En 1886, nuestro dinámico e inteligente cónsul en Lausana presentó su renuncia del cargo, la que fue aceptada por decreto de 17 de agosto del mismo año. Damos a continuación el texto de ambos documentos:

Consulado de la República Argentina en Suiza: Lausanne, Julio 15 de 1886, Excmo. Señor Dr. Francisco J. Ortiz, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina en Buenos Aires.

Excmo. Señor: Siento mucho deber manifestar a V. E. que por motivos de familia y de salud que me obligarán en adelante a pasar la mayor parte del año fuera de este país, me será imposible continuar y desempeñar las funciones de Cónsul de la República Argentina, que el Excmo. Gobierno se ha dignado conferirme hace muchos años, y por consiguiente ruego a V. E. se sirva aceptar mi renuncia.

Siempre quedará muy agradecido al Excmo. Gobierno por la honrosa confianza que me ha dispensado durante tanto tiempo, y me estimaré feliz cuantas veces que puidere encontrar ocasiones de servirle.

Me es grato renovar a V. E. las seguridades de mi profundo respeto y altísima distinción. Firmado Carlos Beck Bernard.

He aquí el decreto de aceptación:

Departamento de Relaciones Exteriores. Buenos Aires, Agosto 17 de 1886. El Presidente de la República decreta:

Art. 1º - Acéptase la renuncia interpuesta por Don Carlos Beck Bernard del cargo de Cónsul en Lausanne, agradeciéndole los servicios prestados; Art. 2º - Comuníquese e insértese en el R. N. Firmado: Roca. - Francisco J. Ortiz.

Durante más de dos décadas había servido al país en el extranjero, no mereciendo sino elogios de parte de nuestras autoridades. Nos bastará citar un dato, que evidencia el gran

concepto que de él se tenía. En el Informe del Comisario General de Inmigración, correspondiente al año 1881, en que se alude a determinadas quejas y denuncias que habían llegado contra el proceder y la conducta pésima de los Agentes de Inmigración hallamos estas significativas palabras:

Debo salvar en ésta del anatema general fulminado contra los Agentes, al decano de este gremio de empleados, señor D. Carlos Beck Bernard, Cónsul a la vez en Lausanne, cuyos honrosos y meritorios servicios le colocan al abrigo del más leve cargo. Y amplía este juicio en los siguientes términos:

No puede, no debe ser confundido, con los que han explotado el puesto, desatendido sus deberes u ocasionado el descrédito del empleo en que él lleva 18 años de buenos y constantes servicios, sin otra remuneración que el módico sueldo disminuido en muchas ocasiones por la Ley del presupuesto.

Este ciudadano suizo, leal y ferviente servidor de la República Argentina, falleció en la ciudad de Lausana, lugar de su residencia, el 6 de abril de 1900.

En *La Gazette de Lausanne* del 7 de abril del mismo año, figura una nota necrológica, en la que se hace el elogio del extinto. Entresacamos de ella el siguiente párrafo:

El Sr. Beck Bernard era un hombre de una cultura múltiple, a la vez artística, literaria y científica, muy buen pianista, políglota admirable y sobre todo de una bondad y generosidad a toda prueba. En la vejez era sereno, sonriente y estudioso. Un ataque de parálisis sobrevenido hace tres días lo llevó sin sufrir a los 81 años.

El mismo diario en el número del 9 de junio de 1900 reproduce otra nota referente a Beck Bernard, aparecida el 9 de mayo de ese año en *Argentinisches Wochenblatt*, diario alemán de Buenos Aires. En esa nota, después de hacerse referencia a la participación del Sr. Beck Bernard en las iniciativas de colonización agrícola en la Argentina y a las pérdidas que tuvo que experimentar en sus finanzas, se dice lo que es cosa comprobada, a saber que ese hombre no ha dejado jamás de

ser un amigo seguro y un activo auxiliar de los intereses argentinos.

Recuerda, luego, la misma nota necrológica, una visita que pocos meses antes de su muerte le había hecho un redactor de *Argentinisches Wochenblatt*, en su domicilio en Lausana, encontrándolo aún de espíritu muy activo a pesar de sus ochenta años de edad. Dice el cronista que en tal ocasión, pudo notar cómo el anciano conservaba su gran afecto hacia la República Argentina.

III

EL CONTRATO DE COLONIZACION CELEBRADO ENTRE EL GOBIERNO DE SANTA FE Y LOS SEÑORES BECK Y HERZOG

Sabido es que la sociedad Beck y Herzog se ocupaba en las actividades relativas al suministro de familias europeas, destinadas a las diversas empresas de colonización agrícola. En ese sentido la vemos desempeñar un rol importante en las iniciativas de Brougues y Lelong, en la provincia de Corrientes, colaborando, también, con eficacia en la creación de colonias en Entre Ríos, como la de San José.

En la fundación de Esperanza, tuvo una influencia destacada como colaboradora de Aarón Castellanos.

Pero no tardaron los señores Beck y Herzog en vislumbrar las posibilidades de explotar directamente el negocio de la colonización agrícola y decidieron dedicarse a la fundación de colonias en nuestro país.

Consecuentes con esos propósitos, entablaron relaciones con el gobierno de Santa Fe, con miras de interesarlo en la ejecución de algunos proyectos de colonización en el territorio de la provincia.

A tal fin, con fecha 20 de mayo de 1857, los señores Beck y Herzog, presentaron al Ministro General de Gobierno de la provincia, Dr. Juan Francisco Seguí, una extensa propuesta.

Estimulados —decían en la misma—, por los progresos y adelantos materiales de la Confederación Argentina y muy particularmente por los de la rica é importante provincia de Santa Fe, cuya ilustrada y patriótica administración ha prestado ahora la más decidida y eficaz protección a las empresas mercantiles é industriales destinadas a fomentar y acrecer las profusas riquezas que la naturaleza le ha concedido con tal admirable prodigalidad; han concebido el

proyecto de formar un establecimiento colonial a inmediaciones de esta capital bajo las bases que vamos a someter a la consideración del excelentísimo Gobierno de la provincia, esperando confiadamente que ellas encontrarán una acogida favorable en la elevada inteligencia de las distinguidas personas que forman parte de su actual administración, y bajo cuya influencia progresista el comercio toma cada día nuevo impulso; la industria se desarrolla; el orden y las sabias y liberales instituciones se afianzan de un modo incontrastable y el país en general progresa rápidamente, llamando muy seriamente la atención de los capitalistas europeos que desean emplear sus capitales en empresas productivas y útiles a ellos y a su país, así como a estas dilatadas regiones y a la humanidad entera. No fatigamos a S. S. con reflexiones demostrativas de cuanto importa a la riqueza del país, a su industria, a su comercio y a su bienestar actual y tranquilidad futura, la acumulación de nuevos capitales e industrias, por cuanto S. S. se halla muy por arriba de cuanto pudiéramos aducir con tal objeto; así es que pasamos a exponer puntos capitales de nuestra solicitud, recomendando muy atentamente a S. S. quiera meditarlos un momento a fin de que se persuada que ellos no puedan ser menos onerosos al Estado, ni más razonables por lo que toca a nosotros como empresarios.

A continuación, los señores Beck y Herzog exponen detalladamente las condiciones de la propuesta.

El 26 de mayo de 1857, el gobierno aceptó las bases de un convenio que ofrecía la mencionada casa Beck y Herzog, de Basilea, para la introducción en la provincia de familias europeas destinadas a la agricultura.

El Ministro General Dr. Seguí quedó autorizado para formalizar el respectivo contrato.

Como resultado de tales negociaciones se había llegado a concretar con el gobierno de Santa Fe, un convenio que fue declarado sin efecto por la legislatura, según sanción del 15 de octubre de 1857.

El citado cuerpo legislativo, el 7 de noviembre del mismo año, autorizó al Poder Ejecutivo a celebrar con los señores Beck y Herzog un contrato de colonización sobre la base de ciertas condiciones que determinaba dicha resolución.

El contrato definitivo entre el gobierno de Santa Fe y la sociedad ya nombrada, que dio origen a la fundación de la colo-

nia San Carlos, se firmó en la capital de la provincia el 25 de noviembre de 1857, en el despacho del Ministro General Dr. Juan F. Seguí, por ante el escribano de gobierno, D. Abraham Luque, siendo gobernador de Santa Fe el brigadier general D. Juan Pablo López y Presidente de la Confederación Argentina el general D. Justo José de Urquiza, quien siempre tuvo la exacta noción de la benéfica influencia que estas iniciativas ejercían en el organismo social y económico del país.

Hagamos un breve análisis de ese contrato.

Por el Art. 1º el gobierno de la provincia de Santa Fe, concede en dominio perpetuo a la casa Beck y Herzog, de Basilea (Suiza), una superficie de terreno de 18 a 20 leguas cuadradas, situadas entre el arroyo Saladillo y Tunas y cuyos linderos eran: al este, los fondos de los terrenos de la costa del río Salado, fondo que era de 4 leguas y los terrenos que terminaban por sus fondos en el bajo de las Tunas; al sur los terrenos de la costa con 6 leguas de fondo y el arroyo Colastiné, como límite de 8 cuadradas; al oeste, los terrenos contiguos al arroyo de las Saladas y al norte, los terrenos de propiedad de don Ricardo Foster.

Se estableció, además, que si los terrenos señalados precedentemente no alcanzaban a cubrir el número de leguas donadas, se completaría la concesión con terrenos de propiedad fiscal situados al norte o noroeste, y si no los hubiera, la diferencia se ubicaría al oeste de los campos solicitados por el señor Monnet.

Por su parte los señores Beck y Herzog se comprometían a poblar estos campos con colonias agrícolas y establecimientos industriales y de acuerdo a lo que estipulaba el art. 3º, a los dos años contados desde la fecha del título de propiedad que se expidiera a favor de los señores Beck y Herzog, en los terrenos donados debía existir establecida una colonia con un mínimo de 50 familias agregándose que en el término de tres años más, el total de familias introducidas debía ascender, por lo menos, a 250, salvo, se entiende, los impedimentos de fuerza mayor.

Otro aspecto que contempla el contrato, es el que se refiere al número de miembros de cada familia, quedando establecido que no bajaría de tres personas.

Asimismo, se deja expresa constancia que esas familias debían ser escrupulosamente escogidas en Europa, de tal manera que ellas reunieran las condiciones morales y de laboriosidad convenientes al éxito y desarrollo futuro de la colonia.

El Art.5º del contrato especifica que los señores Beck y Herzog no podrán, bajo ningún concepto, enajenar todas o parte de las tierras que se les conceda en propiedad en virtud de este convenio, sino con el único objeto y bajo la explícita condición de poblarlas con colonos extranjeros o implantar establecimientos industriales, también a base de inmigrantes, haciéndose la salvedad de que no debían entenderse como establecimientos industriales, en este caso, las estancias.

Con ello el gobierno quería asegurarse que las tierras donadas no serían motivo de especulación en gran escala, sino que se distribuirían en lotes pequeños para fomento de la agricultura.

El Art. 6º se relaciona con la situación que podría presentarse dado el caso que la empresa colonizadora, dentro de los plazos establecidos en el Art. 3º, no hubiera cumplido, introduciendo el número de familias que el contrato señalaba.

Si se presentara esa circunstancia, las familias ya establecidas en la colonia, no podrán ser despojadas de los terrenos que ocupaban.

Se especifica claramente que debe entenderse que correspondía a cada familia agricultora, una superficie de veinte cuadras de tierras.

En el caso de haber establecimientos industriales en mayor escala, se les destinaría el terreno necesario para su movimiento.

El Art. 7º es una cláusula importante desde el punto de vista jurídico y en él se manifiesta que todos los individuos que se introduzcan en virtud de este contrato, gozarán de los privilegios concedidos por la constitución nacional argentina, sien-

do libres del servicio militar activo pero quedando obligados a prestar el servicio municipal que les correspondiera.

Este artículo tiende a reafirmar una promesa de garantía respecto de las libertades individuales, para provocar confianza en el ánimo de las familias europeas, cosa muy necesaria, por cierto, ya que los efectos desastrosos de las luchas civiles que asolaron al país en el período de la dictadura, impusieron al general Urquiza la necesidad de indemnizar los perjuicios ocasionados a súbditos extranjeros por esas luchas, que fueron objeto de reclamaciones, solucionadas por las convenciones de 21 de agosto de 1853, firmadas con Francia, Inglaterra y Cerdeña.

Era de todo punto de vista indispensable que esos hechos no se repitieran y por lo tanto, para atraer a los inmigrantes había que ratificar las garantías constitucionales que se acordaban a los extranjeros, tales como las contenidas en el Art. 20 de la Constitución, as bare: el pleno goce de los derechos civiles, pudiendo ejercer su profesión, industria y comercio, poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos, navegar los ríos y costas, practicar libremente su culto, testar y casarse conforme a las leyes, no estando obligados a admitir la ciudadanía ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias.

Esos derechos no eran más que un complemento de lo que determinaba el Art. 14 de la misma Constitución, que autorizaba a todos los habitantes a permanecer, transitar y salir del país, así como la libertad de prensa y asociación con fines útiles, uso y disposición de la propiedad, etc.

El mismo contrato concedía a los colonos la facultad de cortar y elaborar las maderas de los montes vecinos a la colonia, pertenecientes al Estado, sin retribución alguna, maderas que habían de servirles para la construcción de sus viviendas, instrumentos de trabajo y labranza, cercos y corrales para los animales, aparte del uso como combustible.

El gobierno de Santa Fe se compromete a prestar a los señores Beck y Herzog cuando éstos lo reclamen, el apoyo de la justicia y de la policía para mantener el orden en la colonia,

así como para hacer cumplir a los colonos las obligaciones contraídas con la sociedad colonizadora, agregando el Art. 10, que la colonia contaría con el auxilio militar necesario, tal como los demás pueblos de la provincia en iguales circunstancias.

La escritura de propiedad de los campos concedidos a Beck y Herzog, debía expedirse enseguida, quedando sin valor el día que caducara este contrato.

Por último, para asegurar al gobierno de la provincia el cumplimiento fiel del presente contrato e indemnizarlo de los perjuicios, que pudieran resultar en caso contrario, la empresa concesionaria ofrece la garantía de don Ricardo Foster, como fiador abonado, por la suma de seis mil pesos.

IV

COMO SE RECLUTARON LAS FAMILIAS EN EUROPA

Para conseguir sus propósitos de reclutamiento de las familias de agricultores en las diversas regiones de Europa, las actividades de la sociedad Beck, Herzog y Cía., tendían a entablar relaciones con las personas más influyentes de Suiza, llamando la atención por medio de la prensa, como también por medio de agentes especiales, amigos vinculados al comercio, y realizando jiras personales para propagar las ideas de la empresa, respecto de la emigración y colonización.

La cruzada proselitista inicióse en los cantones principales de Suiza, visitando a los miembros del gobierno, autoridades locales de los diversos lugares, así como a los curas católicos, pastores protestantes, etc., para solicitarles su colaboración en la obra emprendida, que revestía un interés social, explicándoles con claridad y amplitud los propósitos y finalidades que se perseguían.

Al mismo tiempo, se reproducían relatos aparecidos en los diarios de la Argentina, especialmente en lo referente a noticias sobre el desenvolvimiento de las colonias agrícolas, distribuyéndose no sólo en Suiza sino también en los países vecinos susceptibles de brindar emigrantes apropiados. Así fue como se realizó una activa campaña en el Tirol, Piamonte, Alsacia, Saboya, etc., donde también realizaron los representantes de la sociedad colonizadora viajes y jiras, tratando de relacionarse y hacerse de amigos, que pudieran resultar de influencia favorable para el mejor cumplimiento de los planes trazados.

La sociedad Beck, Herzog y Cía., obtuvo la promesa de parte del Departamento del Interior de Berna, de que el cré-

dito establecido en el presupuesto para fines de emigración, se dedicaría en ese año (1859) a los emigrantes destinados a la colonia San Carlos.

Como un elemento de propaganda, reuniéronse en un folleto diversas cartas dirigidas desde la colonia Esperanza, que contenían conceptos favorables y de plena confianza hacia el porvenir del mencionado núcleo agrícola, folleto que se publicó en alemán y francés, distribuyéndose profusamente.

También se hizo conocer entre la población otro folleto escrito por un miembro de la "Sociedad de Utilidad Pública" de Berna, relacionado con la emigración dirigida a la República Argentina, en especial a la colonia San Carlos, escrito también en alemán y francés.

Aparte de dar a conocer en esa forma los proyectos de colonización que tenía la sociedad nombrada, el señor Marty, de Neuveville, fue designado para que viajara por los diversos cantones en donde se creía encontrar buenos emigrantes. Este señor conocía la República Argentina y ya había participado en la instalación de algunas colonias, lo que hacía de él un hombre de conocimientos prácticos. Además, un señor del cantón de Vaud se ocupaba de hacer relatos y de exponer verbalmente los fines de la sociedad Beck, Herzog y Cía.

Nótese que la actividad era intensa; pero no obstante ella y a pesar de todo el entusiasmo y dedicación que los empresarios ponían en juego para lograr sus propósitos, tuvieron que vencer algunos obstáculos que surgían en el camino, retardando los resultados en lo que se refiere al reclutamiento de las familias de labradores destinadas a organizar la colonia San Carlos.

Así por ejemplo, tanto en Suiza como en otras partes, se notaba en aquella época poco interés para emigrar, pues debido a las abundantes cosechas de los últimos años, los agricultores disfrutaban de cierto bienestar y de una situación buena, lo que originó una paralización casi completa del movimiento emigratorio.

Por otra parte, aquellos que debían prestar servicio mili-

tar, eran impedidos de emigrar hasta que hubieran llenado ese requisito. Esto no sólo ocurría en Suiza, sino en otras naciones.

Un tercer inconveniente era la competencia que significaban las gestiones realizadas por un emisario del general Urquiza, el Padre Cot, del Piamonte, enviado para atraer emigrantes hacia la Confederación, para lo cual se le habían hecho adelantos de importancia, viéndose favorecido en sus actividades por su condición de cura católico, lo que hacía que sus gestiones fueran acogidas con simpatía entre familias de esa religión.

No menor era el obstáculo que representaban las actividades de un pastor protestante, que traía relatos y noticias muy favorables para una colonia fundada por waldenses cerca de Montevideo, lo que hizo que muchas familias piamontesas dieran preferencia a dicha colonia.

En muchos círculos conocían, también, la situación crítica de los emigrantes que iban al Brasil y creían que el sistema que se empleaba en este país era igual a las condiciones que aplicaría la sociedad Beck, Herzog y Cía. en la República Argentina. Agreguemos a esto los relatos tristes que llegaban del Perú, enviados por familias que habían sido engañadas, lo que también influía desfavorablemente en el espíritu de los emigrantes.

Finalmente, no faltaban los enemigos de la emigración, que explotaban con resultado desfavorable para los empresarios, las noticias relacionadas con las luchas civiles de las Repúblicas del Plata.

Sin embargo, pese a todos esos inconvenientes y factores adversos, después de una tenaz y perseverante campaña, se logró neutralizar sus efectos y dar impulso a las gestiones de colonización en que se hallaba empeñada la sociedad Beck, Herzog y Cía.

Sucesivamente fueron embarcándose e instalándose en la colonia, las familias europeas destinadas a hacerla centro de progreso, en medio de nuestras pampas. Esas familias llegaban de tierras lejanas, para abrir el sureo y echar la simiente

fecunda, que había de transformar nuestra fisonomía territorial y ensanchar el horizonte del porvenir de la Nación.

Héroes modestos de una gran cruzada del progreso, vinieron a romper el suelo inmaculado de las llanuras santafesinas. Y poco a poco la conquista civilizadora de esos forjadores de nuestra grandeza económica, hizo que las tierras se cubrieran con el oro de las espigas.

Aquellos rudos labradores, un buen día fueron tentados por la proposición que les hiciera la sociedad Beck, Herzog y Cía., de venir a tierras de América. Después de meditarlo, quizá muchísimo, ansiosos de buscar una mayor felicidad, se enrolaron en las legiones de familias. Salieron de países densamente poblados y donde la civilización había ya impuesto su benéfica influencia. De ahí vinieron a las pampas argentinas a levantar en medio de su inmensidad, un manojo de hogares inciertos y solitarios. ¿Habrán ellos presentado en el furor de sus afanes, la influencia decisiva que tendrían en la elaboración de la grandeza económica de esta patria de patrias?

Sin ferrocarriles, lejos de las poblaciones, expuestos a más de una contingencia desagradable, llevados por el humano y noble incentivo de labrar el propio bienestar a base de la ruda labor del suelo, tal vez no se detuvieran a meditar un instante cuán fecunda debía ser la magna obra de sus audaces esperanzas.

Las familias que arribaron a nuestras playas para dedicarse a la agricultura en la colonia San Carlos, procedían de Suiza, Italia, Francia y Alemania.

Encabezaban las falanges de los destinados a poblar a la colonia, los hijos de la bella Suiza, la tierra privilegiada del paisaje, donde las ciudades coquetas se espejan en las cristalinas aguas de sus lagos de ensueño y se adornan con los picachos nevados de sus montañas majestuosas.

Le seguían, luego, los hijos de la Italia inmortal, tierra prodigiosa del arte, donde cada ciudad es un museo y un poema de tradición e historia gloriosa.

Francia y Alemania también contribuyeron con dignos

exponentes de sus virtudes de laboriosidad civilizadora, y así, hermanados todos los colonos originarios de esos países europeos, consolidaron con sus esfuerzos el porvenir de San Carlos.

En lo que atañe a la inmigración suiza, las familias llegadas a la colonia procedían en los dos primeros años, de acuerdo a la importancia de los aportes, en el siguiente orden de cantones: Valais, Berna, Basilea, Lucerna, Neuchatel, Zurich, Soleur, Schaffhausen, Argovia, Vaud y Friburgo.

En la iniciación de la colonia y por algunos años, predominaban en San Carlos los suizos, siguiéndoles los italianos. En 1859, según datos oficiales que poseemos, la colonia tenía una población de 343 habitantes. En 1864, ascendía a 728, de los cuales 410 eran suizos, 200 italianos, 95 franceses y el resto de otras nacionalidades.

En 1872, ya contaba San Carlos con una población de 1.992 habitantes, correspondiendo 1.024 a los italianos, 501 a los suizos, 305 a los argentinos, 117 a los franceses, 18 a los alemanes, 8 a los españoles y el resto distribuido entre diversas nacionalidades.

Por último en 1876, San Carlos tenía una población de 2.212 habitantes, siendo la mayor parte italianos y ocupando el segundo lugar los suizos. Nos hemos referido a los datos estadísticos que anteceden, para destacar el hecho de que al fundarse la colonia y hasta 1864 predominaban los suizos; pero en 1876, dado el gran incremento adquirido por la inmigración italiana, de la que San Carlos era un centro predilecto, los italianos tomaron la delantera en la distribución de las colectividades establecidas.

*FUNDACION DE LA COLONIA - SITUACION, MENSURA,
NOMBRE*

Obtenida, como se ha visto, la concesión de las tierras necesarias, los señores Beck y Herzog, considerando que no les resultaba posible encarar por sí solos una empresa de esa importancia, especialmente en lo que concernía a la financiación de la iniciativa, se dirigieron mediante una circular fechada en abril de 1858, a aquellas personas que por su situación estaban en condiciones de prestar su valiosa cooperación. En la circular citada se proyectaba la formación de una sociedad en comandita por acciones, para fundar una colonia suiza en los alrededores de Santa Fe, en los terrenos concedidos por el gobierno a Beck y Herzog, aprovechándose las experiencias y relaciones que éstos tenían como consecuencia de los varios años dedicados a asuntos de colonización. La circular establecía que la colonia se fundaría con la dirección de don Carlos Beck.

La invitación dio sus frutos y formóse entonces la sociedad "Beck, Herzog y Cía.", de la que los señores nombrados eran parte principal.

Las tierras concedidas a este objeto, abarcaban más o menos una superficie de veinte leguas como se ha dicho.

Estaban situadas cerca de la capital de la provincia hacia el sudoeste. Las rodeaban estancias y terrenos fiscales y de otros colonizadores.

Los límites de la concesión eran entonces los siguientes: por el norte, terrenos de don Ricardo Foster y tierras fiscales; por el este, propiedades de Patricio Cullen, Sañudo, Iriondo y parte de Maciel; por el sud terrenos de don Nicasio Maciel y por el oeste, campos de Saa Pereira, Pajón, colonia indíge-

na de El Sauce y tierras del Estado (De acuerdo a un plano de la época, en nuestro poder). En esa superficie de tierras no sólo se fundó San Carlos, sino que luego se instalaron otras colonias.

Tenían en sus cercanías el arroyo Las Saladas y los montes que lo bordean, cuyas maderas eran utilizables más bien para leña que para construcción, por ser maderas torcidas y espinosas.

Se trataba de tierras de excelente calidad y un análisis que tenemos a la vista, efectuado en los primeros años, da el siguiente resultado:

Arcilla 52,30; arena cuarzosa 35,80; carbonato calizo 2,10; materias orgánicas y agua 2,50; humus 7,30.

Las aguas estaban a una profundidad de 15 a 20 varas y eran de buena calidad.

El colono Ulises Guinand, en carta de 25 de diciembre de 1859 dirigida a Luis Brandt, de Saint Imier, Berna, dice, refiriéndose a la parcela de tierra que ha obtenido en la colonia:

Tu puedes contar que es un lindo pedazo de terreno, con 2 pies de bella tierra vegetal; es un placer trabajarla cuando no está muy seca; yo no puedo darte bien los detalles de su fertilidad.

Otro colono, don Julián Rey, en carta dirigida el 18 de enero de 1860 a Juan C. Vouagnoux, Saboya, dice:

La tierra es de primera calidad, negra como la tierra carbonífera.

Finalmente, J. L. Nicollier, en carta de febrero 18 de 1860, dice que

el terreno es muy bueno, linda tierra negra, donde nada detiene el arado.

He querido citar estos trozos de cartas de colonos para destacar más la bondad de las tierras, que no sólo eran apropiadas para el cultivo de cereales, sino también para el maíz, el maní, árboles frutales y legumbres.

El aspecto de la región en que se instaló la colonia, era el de una vastísima llanura desprovista de árboles, cubierta de verdes hierbas que habían servido hasta entonces para la alimentación del ganado. Era, pues, un sitio bien ubicado, siendo terrenos que no estaban expuestos a inundaciones.

El 18 de agosto de 1858, según dato que tomamos de la *Memoria* elevada por el gerente general a la Asamblea General de Accionistas celebrada el 22 de noviembre de 1859, el señor Enrique Vollenweider, administrador, llegó al terreno con algunos peones, víveres, ganado, útiles de labranza, semillas, etc.

No hemos hallado ningún documento oficial, que mencione la fecha de la fundación. Aparte del dato que hemos citado más arriba, puede hacerse referencia a lo que dice el doctor Karl Zbinden, en su libro *Die Schweizerische Auswanderung nach Argentinien* (La Emigración Suiza a la Argentina). El doctor Zbinden sostiene que San Carlos se fundó el 23 de setiembre de 1858 y es probable que este escritor haya consultado la copiosa documentación de la sociedad Beck, Herzog y Cía. existente en los "Archivos Económicos Suizos" de Basilea.

Por otra parte, ignoramos con qué fundamento la Comisión designada para conmemorar el cincuentenario de la colonia en 1908, fijó como fecha de fundación el 27 de setiembre.

La primera mensura de los terrenos destinados a establecer la colonia, la realizó el agrimensor don Demetrio Isola, previa autorización concedida por el gobierno al señor Beck Bernard, el 9 de diciembre de 1857.

Con referencia a las mensuras practicadas en los terrenos en que se instaló la colonia San Carlos, hemos encontrado interesantes detalles en un extracto de expediente que se halla en el Departamento Topográfico de la Provincia.

Dicho expediente fue promovido por don Rodolfo Gessler a nombre de los señores Beck y Herzog. De fojas 1 a 3 consta en copia debidamente legalizada el poder general otorgado en Basilea el 22 de setiembre de 1863 por don Aquiles Herzog, en su carácter de socio principal de la sociedad Beck

y Herzog, en liquidación, a favor del señor Gessler, para que lo representara en todos sus asuntos.

A fojas 4 se transcribe el documento por el que don Rodolfo Gessler se presenta al gobierno de Santa Fe manifestando que en el ángulo sudeste de San Carlos se encontraban con que la casa Beck y Herzog había dispuesto de 2.700 varas de frente por 14.600 de fondo, que no fueron medidas por el agrimensor Livi y que por consiguiente pertenecían al fisco.

Agrega el señor Gessler que ponía esto en conocimiento del gobierno, solicitando que en atención a la donación que la empresa había hecho a la colonia San Carlos de un terreno de dimensiones casi iguales destinado a formar un "Fondo Municipal", se le concediera el mencionado sobrante.

El gobierno accede a este pedido y ordena una nueva mensura de la colonia al agrimensor Emilio Goupillaut. Esto ocurría en 1872.

El 3 de octubre de dicho año, Goupillaut citó a todos los linderos de la colonia, que eran los siguientes: al norte, los propietarios de la colonia Las Tunas, señores Rodolfo Gessler y Enrique Vollenweider; al sur, el fisco; al este, el Banco de Londres y Río de la Plata, don Mariano Cabal, don Francisco Sañudo y don Urbano de Iriondo, y al oeste, el coronel don José Rodríguez, don Tomás Lubary, don Domingo Saa Pereira y la colonia indígena de El Sauce.

Se fijó el día 9 de octubre para iniciar la mensura, en el mojón sudoeste, del señor Sañudo.

En su informe, el agrimensor Goupillaut cita los antecedentes de la fundación de la colonia San Carlos, ya conocidos y dice que a solicitud de los señores Beck y Herzog, el escribano de gobierno, con fecha 22 de marzo de 1858, expidió a favor de los mismos como título de propiedad, la copia de una diligencia de mensura extendida por el agrimensor don Demetrio Isola el 16 de febrero de ese año.

En sus diligencias el citado Isola no hace la relación detallada de sus trabajos, ni habla de los rumbos seguidos en la mensura.

Isola partió del mojón antiguo conocido por "de los Cabral y Solís", colocado por el agrimensor don Juan Pujol en 1838.

El señor Isola terminó su operación de mensura señalando con mojones de tierra, pero sin señalar los puntos donde éstos fueron hechos.

Los señores Beck y Herzog solicitaron rectificación de la mensura, a costa del agrimensor Isola y de las diligencias practicadas resultó que el citado agrimensor había partido en sus trabajos desde la Plaza de Coronda, para realizar la mensura.

El juez de primera instancia, accediendo a lo solicitado por los señores Beck y Herzog, el 26 de noviembre de 1858, comisionó al agrimensor Cayetano Livi para practicar nueva mensura y el 17 de diciembre de ese año encargó a don Baltasar Rotela para controlar la misma.

El 22 de diciembre de 1858 Livi comenzó la mensura desde el mojón del sud, en los fondos del campo de don Francisco Sañudo. Esta mensura fue aprobada por el juez de primera instancia el 7 de abril de 1859.

De los terrenos medidos por el agrimensor Livi (7 leguas cuadradas y 488 milésimos de otra), una parte en la zona central fue subdividida inmediatamente en concesiones y allí surgió San Carlos. La parte que se dejó al sud de esta zona central, quedó despoblada y la que estaba al norte, fue cedida por los señores Beck y Herzog a la empresa Robatel con la condición que la colonizara; pero debido a la falta de cumplimiento de Robatel, volvió a poder de Beck y Herzog, que procedieron a poblarla.

En cuanto a la parte sud fue enajenada por don Juan Stoessel, en Basilea el 1º de diciembre de 1867, como liquidador de Beck y Herzog, a favor de don Eduardo Hosh. Más tarde surgieron aquí en estos terrenos otras colonias.

Esto es cuanto podemos decir referente a las diversas mensuras. Nos falta, ahora, para terminar con este capítulo, agregar algunas palabras relacionadas con el nombre de la colonia.

Tenemos la comprobación documental que en la sesión que con fecha 13 de julio de 1858 celebró la asamblea de la sociedad Beck y Herzog en Suiza, quedó resuelto que a la colonia a fundarse en los terrenos que le había cedido el gobierno de la provincia de Santa Fe, se le pondría el nombre de "Nueva Basilea".

Pero en la reunión celebrada el 30 de noviembre del mismo año, nos encontramos con que los señores Beck y Vollenweider comunican que se ha cambiado el proyectado nombre por otro y que la colonia se denominará "San Carlos" en lugar de "Nueva Basilea".

Estos señores expresan en su carta las causas y fundamentos que han originado dicho cambio, datos que no se consignan en el acta respectiva, cuya copia fiel tenemos en nuestro poder.

Deseosos de concretar las razones de esta resolución, hemos procurado hacer buscar en los "Archivos Económicos Suizos de Basilea", donde se encuentra depositada toda la documentación de la empresa Beck y Herzog, dicha carta, sin resultado positivo. De manera que dejamos expuesto tan sólo lo que antecede sobre el particular.

VI

ANÁLISIS DEL CONTRATO QUE FIRMABAN LAS FAMILIAS

El procedimiento adoptado por la sociedad Beck, Herzog y Cía. para cumplir el plan de colonización que se había impuesto, consistía en contratar familias europeas, destinadas a instalarse en la colonia. Para ello, la empresa mencionada firmaba con cada familia un convenio, de contenido sumamente interesante. Uno de esos contratos, en ejemplar original, nos ha servido de base para este breve análisis de sus cláusulas principales.

Corresponde el mismo a la familia de D. Jorge Gschwind y fue firmado en la ciudad de Basilea (Suiza), el 27 de enero de 1859, legalizando las firmas el cónsul de la Confederación Argentina en aquella Nación, señor Herzog Berri.

De cada contrato, se hacían cuatro ejemplares, que se distribuían así: uno al administrador de la colonia; otro a la familia del firmante; un tercero al gerente de la sociedad colonizadora en Basilea, y finalmente, un último ejemplar, al director de la sociedad Beck, Herzog y Cía., en Santa Fe.

Dicho documento, especifica en primer término la composición de la familia, determinando nombres, apellidos, lugar de nacimiento, edad, sexo y profesión de sus componentes. Debían firmarlo todos los miembros de la familia contratada, que supieran hacerlo.

La parte esencialmente contractual, consta de ocho artículos, que resumen los derechos y obligaciones del colono, en sus relaciones con la sociedad colonizadora.

Era indispensable que cada familia se proveyera de certificados referentes a su moralidad y buena conducta, a sus

aptitudes para la agricultura y a su salud, debiendo también procurarse el vestuario, ropas en general, implementos de cocina y aperos de labranza.

La sociedad envió desde Europa instrumentos de trabajo, útiles, caballos, etc. y desde Boston (Estados Unidos), se hicieron remitir arados, cultivadores, sembradoras, semillas y otros artículos necesarios al desarrollo de los cultivos agrícolas.

De acuerdo con ese contrato, la sociedad Beck, Herzog y Cía., se obligaba a entregar a cada familia, una extensión de tierra cultivable de veinte cuadras, situadas, como se entiende, en la concesión que por convenio especial le había hecho el gobierno de la provincia de Santa Fe a los mencionados colonizadores.

Además, cada familia recibiría el material necesario para construir su vivienda, al uso del país, vale decir un rancho.

En lo que a animales de trabajo se refiere, así como para uso doméstico, cada familia de colono sería provista de cuatro bueyes, dos caballos para la labranza y dos vacas lecheras con sus respectivas crías.

En materia de semillas, la sociedad colonizadora estaba obligada a entregar el maíz indispensable para sembrar 720 áreas; maní, para 144 áreas; trigo para 360 áreas, y diversas hortalizas para cultivar 72 áreas.

Finalmente, la sociedad Beck, Herzog y Cía., debía suministrar a cada familia los víveres necesarios, hasta la primera cosecha. En efecto, dos veces a la semana se hacía la distribución de harina, café, azúcar, arroz, porotos, carne, etc. En todas las casas había hornos para hacer el pan y los colonos disponían abundantemente de leche, manteca, aves y hortalizas. En compensación de esos beneficios, cada familia contraía el compromiso de entregar a la administración de la colonia, durante cinco años, la tercera parte de sus respectivas cosechas. Pasados esos cinco años y siempre que el colono hubiera satisfecho íntegramente sus obligaciones hacia la empresa, quedaba dueño a perpetuidad de esas veinte cuadras de tierra, así como de lo edificado en las mismas, ganados, cultivos, etc., de-

biendo hacerse constar que no debían entregar nada de lo aumentado y producido por el ganado.

Era obligación del colono, también, cultivar en el primer año de instalarse, una extensión no inferior de 720 áreas, cantidad que a los cinco años debía ascender a 1800 áreas.

No mediando circunstancias de fuerza mayor, el no cumplimiento de esta exigencia contractual, implicaba para el colono la pérdida del derecho a la respectiva porción de tierra.

Cada familia debía ceder de sus lotes por partes iguales con sus vecinos, el terreno indispensable para los caminos, cuya anchura sería fijada por la administración de la colonia.

Otro detalle que es oportuno señalar por su significado, es el siguiente: la sociedad Beck, Herzog y Cía. tenía que establecer en el centro de la colonia, una chacra modelo, dirigida por un agrónomo suizo, conocedor de nuestro país, quien debía aconsejar a los colonos en todo lo que se relacionaba con la explotación agrícola. Esa chacra modelo funcionó tal como se había determinado y en ella no sólo se hacían cultivos de cereales, sino también de otros productos, como el maní y la caña de azúcar. Si los servicios de esta granja fueron múltiples y valiosos, para orientar a las familias de agricultores europeos en el cultivo de la tierra en estas regiones, la iniciativa revela, además, un plausible criterio de organización agraria.

Había asimismo en la colonia un "rancho grande", que se construyó para alojamiento general de familias, especie de hotel de inmigrantes en medio de las pampas santafesinas. Los colonos, apenas llegados, como no tenían sus respectivas viviendas construidas, podían por estipulación del contrato albergarse allí, pero en el plazo de tres meses debían construir el rancho propio. A tal fin, la administración facilitaba el material y mano de obra, cuyos gastos serían reembolsados oportunamente por la respectiva familia.

El colono Julio Guinand, que también fue jardinero de la chacra modelo, en una carta fechada el 11 de marzo de 1860, dirigida a un pariente que residía en Les Brenets, cantón de

Neuchatel (Suiza), explica lo concerniente a la construcción de un rancho en los siguientes términos:

Primeramente se cavaba un pozo de 30 a 35 pies de profundidad por 3 ó 4 de ancho, para disponer de agua. Luego, en sitio apropiado y elegido para instalar la vivienda, daba comienzo la construcción del rancho. Se clavaban las columnas laterales y en el medio las columnas más altas. Se colocaban en las partes superiores las pértigas necesarias y luego se iba a dos o tres leguas de la colonia, a buscar a orillas de los esteros, una paja especial destinada a hacer el techo del rancho. Las paredes se formaban con una mezcla de barro y césped. Las puertas no tenían cerraduras y las ventanas carecían de vidrios. La construcción del primer rancho para colono terminó a principios de octubre de 1859.

Otra cláusula del contrato celebrado con las familias, imponía a la sociedad colonizadora el compromiso de facilitar la realización de cultos una vez por semana y de hacer funcionar por lo menos tres días semanales una escuela. Todo esto cuando ya las familias fueran más de cincuenta. Parte de las multas que se percibían en la colonia por diversas infracciones, eran destinadas a la atención de gastos escolares y religiosos, y la diferencia que hubiera para cubrirlos, la aportaban por mitades la administración y los colonos. En cuanto a la edificación de los locales para escuela, iglesia y hospital de la colonia, se comprometía a pagarlos la administración en concepto de adelanto y ordenaría su construcción cuando lo considerara necesario. Estos gastos serían reembolsados por los colonos en cuotas anuales, durante cinco años, con interés del 5 %.

Finalmente, las familias contratadas para poblar la colonia San Carlos, debía someterse a un reglamento, incluido en el mismo contrato y del que pasamos a ocuparnos.

Hay que recordar, ante todo, que cuando se firmaron esos convenios con las familias europeas para colonizar nuestro país, no existía el Código Civil, que fue sancionado el 29 de setiembre de 1869, entrando en vigor el 1º de enero de 1871.

También carecíamos de Código Mercantil, hasta que el

Congreso, el 10 de setiembre de 1862, declaró como Código Nacional de Comercio, el que había promulgado la provincia de Buenos Aires, el 8 de octubre de 1859. En cuanto al Código Penal, se aprobó por ley de 7 de noviembre de 1886.

Poseíamos, eso sí, la Constitución Nacional de 1853 y hasta dictarse los respectivos códigos, regían antiguas leyes españolas, especialmente Las Partidas y la Nueva Recopilación, aparte de las leyes y decretos nacionales y provinciales establecidos por los gobiernos patrios.

Todo ello explica que el reglamento incluído en los contratos celebrados con las familias de los colonos traídos por la sociedad Beck, Herzog y Cía. y al que debían acatamiento los mismos, constituyera algo así como un mosaico de legislación, mejor dicho, un conjunto de disposiciones civiles, comerciales y penales, aparte de contener cláusulas que fijaban normas en materia de instrucción escolar, asistencia social y ejercicios de los cultos, como también otras relacionadas con la justicia y el procedimiento a emplearse en la dilucidación de los conflictos, o meramente de carácter administrativo.

Era obligación de los colonos acatar las resoluciones de la administración y del tribunal. Ese tribunal se integraba así: el administrador de la colonia, como presidente y dos jueces elegidos por los colonos. Por último un secretario designado por el tribunal. Los fallos se dictaban por mayoría de votos del administrador y los dos jueces. Debían sujetarse, en lo posible, a las leyes vigentes en el país. No obstante, el presidente del tribunal tenía la facultad de resolver por sí solo las contravenciones de menor importancia, tales como el desorden, la riña, la embriaguez, la vagancia, la blasfemia, etc. y aun los asuntos civiles, siempre que le fueran sometidos por escrito por las partes en litigio y con la condición del acatamiento absoluto del fallo que el presidente diera.

El tribunal no percibiría sueldo alguno, ni honorarios; pero al secretario se le señalaba como retribución, los derechos que debían abonar las partes en cada fallo, los que podían oscilar entre dos reales y cinco pesos.

Esas son las disposiciones relacionadas con la organización del tribunal de la colonia. Para los contraventores era aplicable desde la multa hasta la prisión y aun la expulsión de la colonia.

Se explica, por otra parte, que la sociedad Beck, Herzog y Cía. haya tenido en cuenta ese detalle tan decisivo para el éxito de la iniciativa colonizadora: el orden y la disciplina. Era necesario orientar con espíritu paternal, pero a la vez con decisión y energía, la obra de las familias procedentes de diversos países, con idiomas, creencias y costumbres también distintas.

En el año 1859, los empresarios de la colonia San Carlos, elevaron una solicitud al gobierno de la provincia, en la que pedían la designación de autoridades oficiales. Hemos tenido a la vista el decreto expedido por el citado gobierno el 11 de junio de dicho año, en el que se manifiesta que deseando fomentar en lo posible, y cooperar del modo más eficaz, al desarrollo, progreso y moralidad de la expresada colonia, y hasta tanto se establecieran las autoridades que debían regirla, se designaba juez de paz al conde Juan Bautista Tessières de Boisbertrand, con las atribuciones policiales y administrativas que poseían los jueces municipales de los departamentos subalternos de la provincia, de lo que nos ocuparemos en otro capítulo.

El conde Tessières de Boisbertrand, de nacionalidad francesa, no era colono; pero había adquirido en la vecindad algunas tierras. Se trataba de un hombre muy agradable, entendido en medicina, que curaba gratuitamente a los colonos. Así lo dice Ulises Guinand en una carta fechada en San Carlos el 25 de diciembre de 1859. Estos juicios, por otra parte, aparecen confirmados en cartas dirigidas a Europa desde dicha colonia. Todas coinciden en que "el Conde", como lo llamaban cariñosamente, era hombre bueno y servicial.

Entre las cláusulas que establecían sanciones penales, figura la que castigaba el hurto con multas pecuniarias equivalentes a cuatro veces el valor de la cosa hurtada, y con prisión

de 8 a 40 días. La reincidencia podía dar lugar a la expulsión de la colonia.

Para las lesiones causadas por riñas, había multas de uno a veinte pesos y también prisión de ocho a cuarenta días, sin perjuicio de la respectiva indemnización y gastos de curación del herido. Cuando se trataba de casos graves, se acordaba al delincuente el derecho de solicitar la ampliación del tribunal, mediante la designación de más jueces, los que serían elegidos por mitades entre la administración y los colonos.

Aquellos individuos que encontrándose en la colonia no pudieran justificar sus métodos de vida y dar razón de su profesión o trabajo, serían expulsados de la misma, pues no se deseaban vagos.

También les estaba prohibido a los colonos inmiscuirse en cualquier movimiento político de los nativos, por el cual la tranquilidad y prosperidad de la colonia se vieran disminuídas, bajo pena de perder sus derechos y de ser eliminados de la misma.

Con referencia a cómo procedían en San Carlos en ocasión de perturbaciones civiles, especialmente después de la batalla de Pavón, nos ilustran las siguientes líneas que extractamos del libro *La République Argentine*, de Carlos Beck Bernard:

En estos conflictos, las colonias fueron respetadas. Los colonos organizados en guardias nacionales hacían patrullas durante la noche, cruzaban en todos sentidos de día y cuando una de esas tropas fugitivas llegaba a los confines de los cultivos, se le pedía sin provocación, pero con el argumento muy elocuente de una treintena de carabinas suizas alineadas en batalla, de dirigirse a otro lado. Si había desgraciados rendidos por la fatiga y el hambre, se les acogía y se les daba carne, pan, aguardiente, por todo lo cual se mostraban extremadamente reconocidos; después se les escoltaba hasta las afueras de la colonia. En relación al estado desesperante de esas tropas los desórdenes que ellas cometieron fueron menos importantes de los que se podía temer. En Santa Fe, la ciudad desguarnecida de su guardia nacional que se había enviado a Rosario, no contenía más que mujeres, ancianos y niños. El pillaje hubiera sido fácil, aún para gente que se morían de hambre co-

mo eran esos soldados de Urquiza, la mayor parte milicias de Entre Ríos, gentes acomodadas en sus casas, que las vicisitudes de la guerra reducían a los últimos extremos.

Nos falta referirnos a diversas disposiciones en materia civil, comercial, municipal y de asistencia social, que el reglamento contenía.

Así, por ejemplo, a falta del matrimonio religioso, debía celebrarse el civil, ante el presidente del tribunal y dos testigos designados por las partes. La situación de los que simplemente cohabitaban, debía regularizarse mediante el pago de 5 a 50 pesos.

Los nacimientos y defunciones ocurridos en la colonia, debían denunciarse dentro de las veinticuatro horas al presidente del tribunal, a los efectos de su inscripción. Para los que no lo hicieran había multas.

Todo contrato de locación de servicios debía registrarse en el archivo del tribunal de la colonia.

Los préstamos mayores de veinte pesos, para que tuvieran validez, debían inscribirse, lo mismo las operaciones de ganado y cualquier artículo que saliera de la colonia.

Las concesiones de tierras debían permanecer en lo posible indivisas entre los participantes, pero en el caso que las desavenencias y discordias llegaran a un extremo intolerable, podía solicitarse al tribunal la partición.

Al ausentarse de la colonia por un término mayor de tres días, había que dar aviso a la administración. Asimismo, cada colono estaba obligado a avisar con tres a cinco días de anticipación, a la administración de la colonia, cuándo iba a dar comienzo a la recolección de la cosecha, excepción hecha de las legumbres o cultivos de quinta. La falta de aviso autorizaba el secuestro de la cosecha y su venta judicial. En estos casos, del producto obtenido, la empresa se cobraba el tercio que le correspondía según contrato y el resto pasaba a las instituciones públicas de beneficencia, según lo prescripto en el art. 26 del reglamento.

Por último, la administración tenía derecho de hacer trabajar a todos los varones de 15 a 55 años, durante un período anual de veinte días, en la ejecución de obras públicas de interés general.

En lo que respecta a asistencia social, cabe señalar el amparo a los huérfanos y a las viudas. Tenían una Comisión de Huérfanos de cuatro miembros por lo menos, elegida por los colonos y que debía ser aceptada por el tribunal. A cargo de esa comisión corría la educación de huérfanos, así como el mejor provecho de las tierras y capitales que pertenecían a los mismos. El producto de esos capitales y tierras, previa deducción de los gastos originados por la administración de esos bienes, debía depositarse a interés, con la responsabilidad de la comisión, para ser entregados juntamente con los demás a los huérfanos respectivos, cuando fueran mayores de edad. Por su tarea, la comisión estaba autorizada a reservarse cada año el 5 % del producto líquido que correspondiera a sus pupilos.

La misma comisión debía tutelar las viudas, las que tenían derecho a la mitad del capital y tierras dejadas por el marido, debiendo entregarse la otra mitad a los hijos. Las viudas también podían encomendar a la Comisión de Huérfanos, la administración de sus bienes, mediante el pago del mismo porcentaje.

VII

LAS PRIMERAS FAMILIAS

En el mes de noviembre de 1858 se instalaba en la colonia San Carlos la primera familia de agricultores, que ya se encontraba en el país. Era la de don Miguel Keppeler, natural de Dinst (Tirol).

En 1860 éste fue desalojado por la administración, debido a su incumplimiento.

Las tres primeras familias llegadas de Europa a la colonia, fueron las de Reutemann, Gschwind y Premats. Se embarcaron en el puerto de El Havre (Francia) el 20 de febrero de 1859, llegando a San Carlos el 11 de mayo de ese año.

Don Santiago Reutemann vino acompañado de su esposa y de sus hijos Santiago, Guillermo, Ana, Arnoldo y Berta. Procedía de Guntalingen, cantón de Schaffhausen, Suiza. También venía Enrique Kienast.

Don Jorge Gschwind, llegó juntamente con su esposa María Hugi y sus hijos Jorge, Eduardo y María procedentes de la aldea de Therwil, cantón de Basilea Campaña Suiza. Con esta familia vinieron don Juan Meyer y don Esteban Scholl.

Don Alejo Prematsnd, procedía de Monthey, cantón de Valais, Suiza. Llegó con varios miembros de su familia y le acompañaba también don Juan Pedro Borlatey.

En junio de 1859, llegaba a San Carlos otro núcleo de familias que se habían embarcado en El Havre el 20 de enero de ese año y que debido a dificultades surgidas en la navegación arribaron posteriormente a las tres antes nombradas, no obstante haber partido primero.

Estas familias eran las de Goetschy, Didier (Plácido), Buffaz, Rey (J. M.), Grötter, Unternährer, Dayer, Didier (Félix) y Bourdin.

Don Juan Bautista Goetschy vino con su esposa y sus hijos Federico, Juan y Adolfo. Procedían de Rütenen, cantón de Solothurn, Suiza.

Don Plácido Didier llegó con su esposa y sus hijos: Victorino, María Eulalia, Margarita y María Cesarina, provenían de Saint Michel, Saboya.

Don Honorato (Honorio) Buffaz y su esposa eran de la misma procedencia.

Don Juan Mauricio Rey y su familia llegaron a San Carlos procedentes de Val D'Illier, cantón de Valais, Suiza.

Don Domingo Grötter venía de Sitten, cantón de Valais, Suiza. Llegó con su esposa y varios hijos. Con esta familia venía don Antonio Favre.

Don Francisco Unternährer y su familia eran originarios de Lucerna (Suiza).

Don Juan Antonio Dayer y su familia eran originarios de la localidad de Heremance, cantón de Valais, Suiza.

Don Félix Didier llegó con su familia procedente de Saint Michel, Saboya. Con ellos vino don Fernando Blanchoz.

Don José Emanuel Bourdin y su familia procedía de Heremence también.

Un tercer núcleo de familias europeas se embarcó en El Havre con destino a San Carlos el 20 de abril de 1859. Eran las de Baettig y Ramseyer, que llegaron a la colonia en julio de ese año.

Don Miguel Baettig que vino con su esposa y varios hijos, eran originarios de Hergiswil, cantón de Lucerna, Suiza.

Don Isaac David Luis Ramseyer que llegó con su esposa y sus hijos Julia Anita, Luisa Sofía, Luis Fernando y Luis Pablo, procedían de Grosshöchstetten, cantón de Berna, Suiza.

El 2 de abril de 1859 firmaron en Courtelary el contrato respectivo con los señores Beck, Herzog y Cía. y se embarcaron en el vapor "Singapore" rumbo a la Argentina.

Según el convenio ya citado, esta familia entraba al servicio de los empresarios por cinco años en la colonia y se la destinaba para ejecutar, bajo la dirección de los mismos o de sus apoderados, los trabajos en una granja modelo, de la que ya nos hemos ocupado.

Otro grupo de colonos se embarcó en Génova el 28 de marzo de 1859 y lo componían las familias Taverna, Reale, Barbero y Olivieri. Llegaron a San Carlos en agosto de ese año.

Don Miguel Taverna y su familia eran de Vigone, Piamonte, Italia, lo mismo que don Juan Reale que llegó con la numerosa familia de su hijo Carlos. Don Juan Reale falleció de cólera en San Carlos, el 5 de enero de 1868, a los 70 años. Era casado con Dominga Audisio. En cuanto a don Carlos Reale, falleció de la misma enfermedad el 11 de enero de 1868, a los 43 años. Era casado con Jacinta Tibaldi.

Don José Barbero también era originario de Vigone. En cuanto a la familia Olivieri, carecemos de mayores datos.

Son éstas las primeras familias italianas que se han instalado en la colonia San Carlos.

En agosto de 1859 también arribaron a la colonia varias familias que se habían embarcado en El Havre el 20 de mayo. Eran las de Guinand, Houriet, Biedermann, Charles y Sigel.

Don Ulises Guinand llegó con su esposa y varios hijos. Esta es una de las familias más numerosas. Procedía de Les Brenets, cantón de Neuchatel, Suiza.

Don Francisco Augusto Houriet y su familia eran originarios de Saint Imier, cantón de Berna.

Don Emanuel Biedermann y su familia procedían de la localidad de Ins, cantón de Berna, también.

Don Federico Charles que vino con su esposa e hijos y otros familiares, era de Villeret, del mismo cantón.

Don Juan Sigel llegó con su esposa y sus hijos llamados Juan, Fanny, Federico, María y Godofredo. Esta familia procedía de Weilheim, Württemberg, Alemania. Es la primera familia de esta nacionalidad que se instaló en San Carlos.

En setiembre de 1859 llegaron a la colonia las familias de

Semon y Bogner, que se habían embarcado en El Havre el 21 de junio.

Don Daniel Semon y sus familiares procedían de Sonviller, cantón de Berna.

Don Juan Bogner que llegó con su esposa y cinco hijos procedían de Zierl (Tirol).

El 20 de agosto de 1859 partían del puerto de El Havre las familias Hämmerli, Wyss, Gossweiler, Nicollier, Branderberger, Jakob y Lefébre, las que llegaron a San Carlos en octubre de ese año.

Don Alberto Hämmerly procedía de Feny, cantón de Berna. Llegó con su esposa y sus hijos Julio, Enrique, Rosa, Francisco y Alejo.

Don Marcos Wyss y su familia eran originarios de Holderbank, cantón de Argovia, Suiza.

Don Juan Enrique Gossweiler procedía de la localidad de Huriken, cantón de Zurich. Junto con esta familia vino D. Martín Kellerhals y su esposa, originarios de Niederbipp, cantón de Berna.

Don Juan Samuel Nicollier llegó con su esposa y sus hijos María Luisa, Arnoldo, Elena, León y Samuel. Esta familia procedía de Fontaines, cantón de Neuchatel.

Don Francisco Jakob y su familia eran originarios de Türkheim, Alsacia.

Don Enrique Lefébre contaba 27 años cuando llegó a San Carlos con la familia A. Alexandri; procedía de Amiens (Francia). Aquí fue asesinado en 1869 con su esposa y otros miembros de la familia. De este asunto nos referimos ampliamente en capítulo especial, por las derivaciones que tuvo este crimen.

Aunque no tenemos el dato exacto del mes en que llegaron, podemos decir que a mediados de 1859 ya se encontraban en San Carlos Federico Madoery y luego vinieron sus hermanos Samuel y Emanuel Madoery, que procedían del pueblo de Gundeldingen, cantón de Basilea.

Aparte de estas familias, en 1859 también llegaron a la colonia: don Godofredo Kleinert, capataz de la administra-

ción y luego agricultor; María Schwab, David Huguenet, Pedro Giaccheto, Juan Brunetto, Santiago Vogel, Santiago Bürgin, Juan Pfiffer, Jorge Hoffmann, Juan y Federico Leibundgut y Marco Bertacco.

Durante el año 1860, se instalaron en San Carlos numerosas familias. En enero llegaron las de Rua, Veroglio, Bernardi, Vouagnoux, Julián Rey, Blanche, Voisin, Reutlinger, Ineichen, Suter, Hinni, Place, Stelzer, Bleckele, Stetler, J. L. Nicollier y Andliker.

Don Alfredo Rua y su familia procedían de Vigone (Italia), lo mismo que don Juan Veroglio que vino con su esposa e hijos.

Don Domingo Bernardi que llegó con su esposa y sus hijos llamados María, Miguel y Bartolomé, era originario de Bibiana (Italia). Juntamente llegaron dos hermanos del señor Bernardi llamados Pedro y Jesé.

Don José Vouagnoux y su familia procedían de la localidad de Bellevaux (Saboya).

Don Julián Rey era de la misma procedencia.

Don Juan Francisco Blanche que llegó con su esposa e hijos, era originario de Reyvroz (Saboya).

Don Carlos Félix Voisin llegó procedente de Bellevaux.

Don Enrique Reutlinger vino con su esposa y sus hijos Germán, Enrique y Matilde. Procedían de Zurich (Suiza).

Don Adolfo Ineichen y su familia eran originarios de Reichensee, cantón de Lucerna, Suiza.

Don Juan Hinni que vino con su familia, procedía de Schwarzenburg, cantón de Berna.

Don Claudio Francisco Place llegó con su esposa y sus hijos Luisa, José, Juan Francisco, Rosa María y Francisca, procedentes de Bellevaux (Saboya).

Don Santiago Stelzer, que fue agricultor, maestro y juez de paz en la colonia, vino con su esposa y sus hijos Julio, León, Alina y Arnoldo. Eran originarios de Montavroz, cantón de Friburgo, Suiza.

Don Carlos Stettler procedía de Worb, cantón de Berna,

con su esposa y sus hijos Rosina, María, Ana, Santiago, Carlos, Federico, Gottlieb y Daniel. Con esta familia venían Santiago Kaeser y Teófilo Wenger.

Don Juan Luis Nicollier vino con su esposa y sus hijos Adela, Julio, León y Adriano. Eran originarios de la localidad de Oleyres, cantón de Vaud, Suiza.

Don Santiago Andliker, procedía de Gottlieben, cantón de Turgovia, Suiza, con su esposa e hijos.

En febrero de 1860 llegaron a San Carlos las familias de Chatel, Gogniat, Dreyer, Moreillon, Friedrich, Dr. Teófilo Romang, Niederberger, Santini y Aymes.

Don Isidro Chatel con su esposa e hijos procedían de Saint Julien, Saboya. Esta familia fue asesinada hacia 1877.

Don Simón Gogniat que vino a San Carlos con su esposa e hijos, era originario de Lajoux, cantón de Berna.

Don Pedro Alejandro Dreyer y su familia procedían de Chatel, cantón de Valais, Suiza.

Don Santiago Friedrich y su familia eran originarios de la localidad de Guttighausen, Suiza. Juntamente con estos llegaron D. Juan Tschopp procedente de Villisan, cantón de Lucerna, y D. Antonio Stucki, originario de Ober-Urmi, del mismo cantón.

El doctor Teófilo Romang procedía de Berna. Con éste venían Felipe Pernet y Rodolfo Guieder.

Don Luis Juan Bautista Aymes que llegó con su familia, procedía de la localidad de Fenestrelle (Italia).

En mayo de 1860 llegaron a la colonia las familias de A. Buffaz, Gundi y Regennass.

Don Armando Buffaz que vino con su esposa e hijos procedía de la localidad de Thyl, Saboya. Le acompañaba Juan Pedro Bernardet.

Don Sebastián Gundi llegó con su esposa y sus hijos Leonardo, Filipina, Fabián, María y Elisa. Eran originarios de Kleinlützel, cantón de Solothurn, Suiza.

Don Enrique Regennass procedía de Bubendorf, cantón

de Basilea. Con él llegó don Carlos Detwiler, originario de Reigoldswil, Suiza.

En junio de 1860 se instalaron en San Carlos las familias de Jaccumin, Bert, Viuda de Tron, Pons y Tron.

Don Pedro Jaccumin y su familia procedían de la localidad de Riclaret, lo mismo que la familia de D. David Bert con la cual vino don Santiago Gardiol, originario de Prarustin.

La señora Marta, viuda de Tron llegó acompañada de sus hijos procedentes de la localidad de Traverses, cantón de Neuchatel, Suiza.

Don Pedro Tron llegó procedente de la misma localidad juntamente con su esposa y sus hijos Margarita, Juana, Catalina, Pablo, Mariana, Juan, Pedro y Magdalena.

Don Juan Esteban Pons y su familia procedían de Praly. En julio de 1860 llegaron a la colonia dos familias. Eran las de Schauble y Schwob.

Don Santiago Schauble y su esposa eran originarios de Benwil, cantón de Basilea, lo mismo que D. Bernardo Schwob.

Don Federico Schwob y su familia procedían de Pratteln, localidad del mismo cantón.

En agosto de 1860, la familia Blank se hizo cargo de la concesión que perteneció al primer colono D. Miguel Keppeler.

En setiembre de ese año arribaron las familias de Rossier, Farquet, Guerin, Antematten, Donnet, Trombert, Blatter, Guex y Varailloud.

Don Lorenzo Rossier y su familia procedían de St. Branches, cantón de Valais.

Don Esteban Farquet venía de la misma localidad.

Don José Guerin que llegó con su esposa e hijos eran originarios de Vionnaz, cantón de Valais.

Don José Varailloud y su familia procedían de Massongex, también del cantón Valais.

Don Miguel Antematten procedía de Monthey (Valais).

Don Adrián Trombert y su esposa eran originarios de Champéry, también situado en el cantón de Valais.

Aparte de estas familias, en 1860 llegaron a San Carlos

los señores Pedro Monnet, Vicente Rey, Pedro y Josefina Meinet, Conrado Hippemeier, María Egger, Federico Charmey, Félix Pidoux, Martín Schärli, Ana María Kirner, Enrique Pfirter, Pedro Garon, Santiago Bouchard, Juan y Catherin Veragouth, Pedro Francisco Renard, Juan José Perrone.

Después de 1860 y hasta 1864 inclusive, llegaron a San Carlos numerosas familias, entre ellas las de Goeldi, Tschuy, Welti, Pastore, Gasser, Gallo, Gunziger, Sirro, Magnin, Burgatello, Cané, Scherrer, Jacquenoud, Sinquet, Wisser, Guglielmet, Cordonier, Flury, Pahud y Tschopp (Carlos).

La familia Goeldi llegó en 1861 procedente de Señwald.

Don Francisco José Gunziger que llegó a San Carlos en enero de 1863 con su esposa y sus hijos Ana, Rosa y Federico, procedía de Welschenrohr, cantón de Solothurn, Suiza.

Don Domingo Stapinato y su familia llegaron a la Argentina en 1866. Después de una breve estada en Buenos Aires, se radicaron en San Carlos, dedicándose a la agricultura. Esta familia se destacó en el fomento de la industria de la sede en la colonia, como ha de verse en otro capítulo. Procedía de la localidad de Carignano, Italia.

Don Ambrosio Debruyne vino al país en 1856, estableciéndose en Esperanza. En 1867 se trasladó a San Carlos.

Don Enrique Volkart llegó con su familia a San Carlos el 9 de octubre de 1869. Era capitán retirado del ejército suizo. Procedía de Zurich. Se dedicó a las faenas agrícolas y ganaderas. Sus hijos Jorge y Ernesto tuvieron destacada actuación en diversas instituciones.

En 1872 ya se encontraban en la colonia nuevas familias. Entre ellas podemos citar las de Juan Benzo, Antonio Boero, Lorenzo Benedetto, Juan Bautista Barravale, Félix Beltramin, Gaspar Borgogno, Carlos Boero, Bartolomé Colomba, Isidoro Favre, José Falco, Domingo Fassino, Julián Fabre, Carlos Gilliard, Juan Mateo Alberto, Juan Martina, Enrique Meyer, Andreas y Juan Spuler, Pablo Novero, Chiaffredo Barra, Francisco Cornier y Adolfo Pfirter. También figuran las familias Minetti, Peretti, Paschetta, Perriard y Perrier.

En adelante muchas familias llegaron a San Carlos. Para que se encargaran de aquellas que no venían ya con un destino determinado, en 1874 la Comisión de Inmigración de Santa Fe designó dos agentes en la colonia: para la Sección Sud, a don Pedro Cobianchi y para la Sección Norte (hoy plaza Centro), a don Chiafredo Barra.

Más adelante para tales tareas, creóse en San Carlos una Comisión de Inmigración. Por decreto de 3 de junio de 1884, el presidente Roca designó para constituir la, a los señores Dr. Jorge M. Lubary, Félix Francia, Florencio Aranhaid, José G. Bertelli y Juan Rossi y secretario a don Luis Oreone.

En 1887, la Comisión la presidía el señor Lubary, siendo vocales los señores Félix Francia, Juan Rossi, José G. Bertelli y Andrés Arzeno, actuando como secretario don Manuel Burone.

El 25 de abril de 1889, por renuncia del señor Francia, se designó vocal al señor Francisco Figueroa.

VIII

RESULTADO FINANCIERO DE LA EMPRESA

La sociedad Beck, Herzog y Cía., experimentó en esta empresa un desastre financiero y para continuar la colonización hubo que constituir otra sociedad.

En efecto consta en las actas de las asambleas celebradas en Basilea, que los negocios habían resultado malos, por la intervención de diversos factores adversos, especialmente el fracaso de las cosechas y la falta de pago por parte de los colonos. Así vemos por el protocolo de la asamblea celebrada el 18 de diciembre de 1863, presidida por el senador Burkhart Fürstenberger, que ya en la asamblea general realizada el 20 de noviembre de 1862, se había resuelto transformar la sociedad Beck, Herzog y Cía. fundada en 1858, en sociedad de acciones, para la continuación de los negocios emprendidos, retirándose en esta ocasión los señores Beck y Herzog y siguiendo el primero de ellos como director de la colonia hasta 1864. En una segunda asamblea que tuvo lugar el 13 de enero de 1863 se discutieron los estatutos aceptándose los mismos sobre la base de la sociedad reconstruída, estatutos que fueron aprobados por el gobierno suizo por decreto de 31 de enero del citado año.

La nueva empresa se denominaba “Sociedad Suiza de Colonización en Santa Fe”.

Para dirigir los negocios en Suiza, fue designado el señor Stoessel, persona entendida en estas actividades.

En cuanto al personal superior en la colonia, fueron confirmados los señores Beck, Gessler y Vollenweider, que ya ejercían sus respectivos cargos.

El señor Beck desempeñaba desde su retiro como socio

(1862), el cargo de director general de la colonia, encargándose de su formación y dirigiendo cuanto tuviera atinencia con los intereses de la misma, en relación al gobierno provincial y demás autoridades, así como las relaciones de los colonos con la empresa. Debía vender los lotes de campo sobre la base de los precios que se le comunicaban de Basilea.

Se encargaba, también, de la contabilidad y correspondencia, debiendo redactar el informe periódico y la memoria anual sobre la marcha de la colonia. Era el representante general de la sociedad en la República. En combinación con el señor Vollenweider colocaba y despedía empleados y demás personal y de acuerdo con el señor Gessler vendía las partes correspondientes de la cosecha y demás productos y ganados.

El señor Enrique Vollenweider desempeñaba las funciones de administrador. Controlaba y vigilaba los trabajos que se hacían en la colonia, inclusive la ejecución de los cultivos de los colonos. Dirigía la "granja modelo", recibía la parte de la cosecha que debían entregar los colonos, preocupándose de su almacenamiento, conservación y despacho, una vez efectuada la venta. Por último, daba consejos e instrucciones a los colonos nuevos, se encargaba de la medición de los lotes y ejercía un control sobre el cumplimiento del personal y de los colonos.

El señor Rodolfo Gessler, se ocupaba de la mejor inversión de los fondos obtenidos, hasta ser enviados a Basilea y conjuntamente con el señor Beck debía presentar los balances y memorias anuales.

Daba cuenta al director general, mensualmente, de esas actividades.

Estas condiciones y obligaciones se acordaron a partir del 1º de agosto de 1862, hasta fin de julio de 1865.

En el transcurso del año 1864 la Dirección General de Basilea, debía resolver cuál de las tres personas citadas se encargaría de la liquidación de la sociedad y precisamente en ese año fue cuando se retira Carlos Beck Bernard, quedando como administrador el señor Vollenweider hasta 1873 en que

renunció y la asamblea del 3 de octubre de ese año aceptó su retiro. El señor Vollenweider propuso, entonces, a su yerno don Santiago Denner, siendo nombrado con tal carácter.

Los malos resultados de las cosechas y el poco valor de los productos, crearon a la sociedad una situación difícil. El mal-estar económico cundió entre los colonos, quienes se desmoralizaron e hicieron una petición colectiva solicitando rebaja de los intereses. Debido a la falta de fondos, llegó un momento en que se suspendieron, por parte de la empresa, las actividades de fomentar la emigración de San Carlos.

Se llamó al señor Weigle que estaba en gira de propaganda en Würtemberg y la situación llegó al extremo de no poder pagar los dividendos a los accionistas, ni los intereses de las obligaciones preferidas. El directorio estudiando el problema, veía dos caminos: la quiebra o la liquidación, y se optó por esta última.

CAPITULO SEGUNDO

SAN CARLOS CENTRO Y SAN CARLOS NORTE

SUMARIO: Origen de los pueblos de San Carlos Centro y San Carlos Norte. — La personalidad militar y civil de don Fermín Laprade, fundador de San Carlos Norte. — La cuestión de la plaza pública de San Carlos Centro.

I

ORIGEN DE LOS PUEBLOS DE SAN CARLOS CENTRO Y SAN CARLOS NORTE

Ya hemos visto que, cuando se fundó la colonia, se instaló un solo núcleo urbano, donde tenían su asiento la administración y las autoridades. Era lo que hoy constituye el pueblo de San Carlos Sud.

El antecedente principal, que se relaciona con la formación del pueblo que hoy se denomina San Carlos Centro, lo encontramos en una serie de desavenencias de carácter religioso entre los pobladores.

En efecto, vemos en una carta que el conde Tessières de Boisbertrand, juez de paz de la colonia, escribió con fecha 20 de enero de 1860 al ministro general de gobierno, que el Padre Silvestre Tropini, misionero franciscano que atendía los servicios religiosos católicos en San Carlos, había formulado algunas quejas.

El Padre Silvestre —dice la carta— había hablado anteriormente de otros agravios cometidos aquí por protestantes contra la Religión Católica. El queríalos traer al conocimiento del Superior Gobierno y pienso que él lo ha hecho.

En otra nota del mismo señor juez, dirigida al oficial mayor del ministerio, señor Juan Carreras, le manifiesta que había dificultades para la instalación de la escuela, por razones religiosas. Quiere decir esto que las creencias de los colonos chocaban con brusquedad e intolerancia, hasta que, induda-

blemente, se produjo la crisis que originó la primera división de San Carlos, acaecida hacia 1860.

Fue así como los católicos que no se sentían cómodos para la realización de sus cultos en la plaza sud — donde tenían una iglesia rudimentaria consistente en un rancho— decidieron instalar la sede de los mismos en un sitio más aislado y lejano de los cultos protestantes.

Con ese fin la administración de la colonia les construyó, en 1861, una capilla más al norte, en tierras propiedad de los señores Beck, Herzog y Cía., capilla que se inauguró en 1862 y que estaba situada en la manzana en que hoy se levanta el edificio de las autoridades públicas.

La intención de los colonos católicos, en un principio no fue la de fundar otro pueblo; pero al poco tiempo surgió la idea de rodear a la capilla con un núcleo de población. Con ese propósito la comunidad de la iglesia católica adquirió una concesión —la misma en que estaba instalada la capilla— y se decidió a lotearla, dando origen a la formación de la plaza Centro.

He aquí los detalles de la escritura que se vincula con esa compra: el 10 de octubre de 1864, por instrumento público otorgado por don Carlos Beck por ante el escribano don Olayo Meyer, consta que comparecieron el citado señor Beck, en calidad de director de la Sociedad de Colonización Suiza en la provincia de Santa Fe, y la representación de la comunidad católica de dicha colonia, integrada por su presidente don Santiago Stelzer, don Isidoro Favre y don Domingo Bernardi.

Por dicha escritura el señor Beck, en nombre y representación de la Sociedad Colonizadora, vende a la comunidad católica de San Carlos, la concesión N° 22 $\frac{1}{2}$ en la suma de cuatrocientos pesos plata boliviana, obligándose los adquirentes a pagarlos así: el 31 de agosto de 1865, la cantidad de \$ 100, y el 31 de agosto de 1866 los \$ 300 restantes, sin interés alguno.

En cuanto a San Carlos Norte se refiere, su origen es el siguiente:

En 1859 los señores Robatel y Cía. compraron a los empresarios de la colonia San Carlos cuatro leguas cuadradas en esta zona y bajo la denominación de "Unión Agrícola" procedieron a poblarlas; pero como no dieron cumplimiento a lo convenido, los señores Beck y Herzog en 1864 recuperaron esos campos y los anexaron otra vez a la colonia San Carlos, actitud que dió motivo a que los colonos afectados elevaran al gobierno una nota de protesta, la que se encuentra en el Archivo Histórico de Santa Fe.

En 1871, don Fermín Laprade, después de un viaje a Europa se encontraba nuevamente en la Argentina, trasladándose entonces a San Carlos. Aquí poseía algunas tierras.

En el mismo año, según lo manifiesta el Inspector Nacional de Colonias, don Guillermo Wilcken, en un informe, el señor Laprade estaba construyendo un molino harinero y un taller de carpintería y herrería, lo que constituyó el establecimiento conocido por "La Carlota", nombre que también se dió en un principio a la población y que era el de una hija del señor Laprade.

Aquel primer núcleo fue el origen del pueblo San Carlos Norte.

El 5 de febrero de 1875, los pobladores de esta zona que había sido colonizada por los señores Robatel y Cía. con el nombre de "Unión Agrícola", como se ha visto, elevaron una solicitud al gobierno de la provincia, pidiendo que el distrito formase una sección municipal separada e independiente de San Carlos.

Después de referirse al origen de la "Unión Agrícola", que ya explicamos, dicen los firmantes que siempre fueron mal atendidos y que se cobraban impuestos, pero que no se mejoraban los caminos de la zona, ni se les construía una escuela apropiada.

Acusan en su escrito a la municipalidad de San Carlos,

de destinar la mayor parte de las rentas a mejorar el centro de la colonia, cobrando impuestos exorbitantes y haciendo erogaciones cuantiosas, muchas veces en cosas superfluas.

“La Unión Agrícola” venía a ser algo así como una especie de vaca lechera de la municipalidad de San Carlos.

También se quejaban los vecinos de la “Unión Agrícola”, de que se pisoteaban sus derechos electorales.

Agregan, también, que la extensión e importancia de la “Unión Agrícola”, así como la existencia en la misma de grandes casas de comercio, molinos harineros y sobre todo de hábitos de trabajo y de moralidad, la recomendaban muy especialmente a la atención del gobierno.

La unanimidad con que nos dirigimos a V. E. —dicen los peticionantes—, será una prueba de la unión que nos caracteriza; y es tal esta unión que no hay sacrificios que cada uno de nosotros no sea dispuesto a hacer para el adelanto propio; pero no para la satisfacción de fantasías inútiles y odiosas.

Los fondos para escuela e iglesia sabemos como reunirlos, y ninguno de nosotros encontrará exorbitantes impuestos dictados por la razón e invertidos con justicia en beneficio común y nos hemos de remediar perfectamente con nuestras rentas sin necesidad de oprimir a nadie ni molestar a los gobiernos.

Hacen resaltar, luego, que otro argumento en favor del pedido formulado, consistía en que la jurisdicción de la municipalidad de San Carlos, abarcaba alrededor de 24 leguas cuadradas, lo que significaba un grave inconveniente de orden administrativo.

Por todo ello terminan pidiendo al gobierno la separación de la “Unión Agrícola”, de la jurisdicción de San Carlos y la formación de un nuevo municipio.

Firman centenares de personas, encabezadas por don Fermín Laprade.

Esta extensa nota se publicó en el *Boletín Oficial* de Santa Fe el 12 de mayo de 1875.

El gobernador, don Servando Bayo, por decreto fechado el 9 de abril de 1875, teniendo en vista

el aumento considerable de la población de la colonia Unión Agrícola que formaba parte de la colonia San Carlos sin haber pertenecido a ésta en su origen como lo manifiestan sus pobladores en petición presentada al Gobierno, y haciéndose difícil la administración de la expresada colonia San Carlos, con el aumento de otros centros de población y teniendo en consideración la cesión hecha por D. Fermín Laprade de cuatro solares de terreno destinados para construir en ellos edificios para Iglesia, Escuela, Municipalidad y Juzgado de Paz, y habiéndose ya formado una suscripción entre los vecinos de la referida Colonia Unión Agrícola, para dar principio a los edificios para Escuela e Iglesia resolvió: 1º Separar la Colonia Unión Agrícola de la jurisdicción de San Carlos creándose un Juzgado de Paz en la misma y nombrándose Juez a don Fernando Guerrin. — 2º Que bajo la Presidencia del Juez de Paz se reunan los vecinos de la colonia Unión Agrícola y designen una Comisión de 3 personas, encargada de administrar los fondos que se recolecten para la construcción de los edificios mencionados. 3º Una vez verificado el nombramiento de la Comisión vecinal de referencia, el Gobierno designaría de su parte para integrarla 2 personas. 4º La Comisión destinará las cantidades correspondientes a la construcción de la Iglesia y de la Escuela, dando cuenta al P. E. 5º Don Fermín Laprade deberá extender escritura de donación a favor de la Comisión tan pronto como ésta se instale, de los terrenos que cedió para la construcción de los edificios ya citados. 6º La Comisión dictará un Reglamento interno para regir sus actividades elevando copia al Gobierno.

Prácticamente, como hemos de verlo, el decreto no tuvo una aplicación eficaz, pues muchas de las realizaciones que el mismo determinaba, fueron postergándose durante largos años.

El *Boletín Oficial* de Santa Fe, fechado el 14 de mayo de 1875, transcribe una nota que firman numerosos vecinos de San Carlos Sud y Centro, dirigida al gobierno de la provincia el 5 de dicho mes y año, en la que aplauden la división de la colonia y agradecen el decreto dictado al respecto, reconociendo que la gran extensión no permitía realizar una buena labor administrativa municipal.

II

LA PERSONALIDAD MILITAR Y CIVIL DE DON FERMIN LAPRADE, FUNDADOR DEL PUEBLO SAN CARLOS NORTE.

Si recorremos las páginas de nuestra historia, en sus distintas épocas, nos encontramos con que son numerosas las figuras ilustres, provenientes de otras tierras, que han ofrendado su esfuerzo constructivo a la Argentina, en diversas esferas de acción. Vemos así a militares, hombres de ciencia, artistas, maestros, colonizadores e industriales, que se han destacado en sus respectivas especialidades. Muchos de esos nombres han sido ya registrados en nuestros anales históricos; pero hay otros, no pocos, que han permanecido casi ignorados, por la falta de divulgación de la obra que cumplieron en nuestra patria, obra muchas veces silenciosa, pero no por ello menos fecunda.

Entre aquellos infatigables hombres, hijos de otras tierras que llegaron a la nuestra para bregar en ella por su progreso y rendirle su tributo final; entre aquellos elementos tesoneros y laboriosos, que formaron dignos y virtuosos hogares de argentinos, debemos recordar a don Fermín Laprade, fundador del pueblo San Carlos Norte, personalidad cuyos relieves principales pondremos en evidencia a través de estas páginas.

En la vida de Laprade, hay que señalar dos aspectos o etapas bien definidas: la primera en la que se desenvuelve su actuación militar; la segunda, en la que se desarrolla su acción civil en nuestro país.

Don Fermín Laprade era oriundo de la hermosa y tradicional Francia. Había nacido el 3 de octubre de 1830 en la localidad de Ucel, departamento de Ardeches. Fueron sus

padres don Enrique Laprade y doña Rosa Soucher. Estudió primeras letras en su pueblo natal. Ingresó luego a la Escuela Politécnica de París, donde se le aceptó como alumno pensionado el 26 de octubre de 1848.

Una vez terminados los cursos en la misma, por sus excelentes clasificaciones pasó como subteniente a la Escuela de Artillería de Metz, de acuerdo con el decreto de 25 de octubre de 1850.

El joven Laprade iniciaba así la carrera militar, en la que se mantuvo durante diez y siete años y en la que alcanzó el grado de capitán de artillería. Si no la hubiese abandonado para dedicarse a otras actividades, es indudable que habría logrado culminarla brillantemente.

El 11 de diciembre de 1852, el Ministro de la Guerra comunicaba al subteniente Laprade que, en vista del resultado del último examen rendido en la Escuela de Aplicación de Artillería y de Ingenieros, el emperador por decreto fecha 4 de mismo mes y año, lo había promovido al grado de teniente, destinándosele a la compañía de artillería de Argel.

Tres años después, el 14 de abril de 1855, Laprade es ascendido al grado de teniente primero y se le destina al Primer Regimiento de Artillería de guarnición en Vincennes.

En 1853, se produce la guerra entre Turquía y Rusia. Las fuerzas de esta última nación invadieron el territorio turco y entonces Inglaterra, Francia y el Piamonte intervienen en el conflicto contra Rusia, a la que declararon la guerra. Las operaciones se desarrollaron principalmente en la zona de Crimea y de ahí le viene el nombre a esta guerra.

Un hecho destacado de esta lucha fue el sitio al puerto militar ruso de Sebastopol, que se rindió el 8 de setiembre de 1855. Las fuerzas zaristas fueron vencidas y en 1856 se firmaba la paz de París.

Don Fermín Laprade asistió a esta campaña. Los miembros del consejo de administración del 8º Regimiento de Artillería Montada certificaron, en un informe fechado el 25 de octubre de 1856, que el teniente primero Laprade había toma-

do parte en la expedición de Crimea, desde el 26 de julio de 1855 hasta el 21 de mayo de 1856, y se le otorgó la medalla instituída por su Majestad la Reina de Inglaterra. Se certifica, también, que asistió al sitio de Sebastopol.

El 30 de diciembre de 1858, S. M. el Emperador promovió al teniente primero Laprade al grado de capitán y se le destinó al regimiento de artillería de guarnición en Grenoble.

El 3 de mayo de 1859 pasa al 5º Regimiento en Besançon. Nuevamente Laprade tiene que participar en una histórica contienda. Nos referimos a la campaña de Italia. Sabido es que en 1858 el conde Camilo Cavour, consiguió el apoyo del emperador de Francia Napoleón III, para lograr la unidad italiana, en una guerra contra Austria. Con ese fin Cavour se entrevistó con el emperador en Plombières, quedando allí convenidas las bases de la alianza.

La guerra contra Austria estalló a principios de 1859. Los austriacos ocuparon el Piamonte y los franceses cumpliendo con lo pactado, fueron en ayuda de los italianos. Se libraron históricas batallas. El capitán Laprade se encontró en los campos de Magenta y Solferino, en los que triunfaron los aliados.

Vencida Austria, terminó la guerra con la paz de Villafranca, ratificada luego por el tratado de Zurich. Francia recibió en compensación el Condado de Niza y la Saboya, de acuerdo con el tratado de Turín del 24 de marzo de 1860.

El 27 de agosto de 1859 el capitán Laprade fue destinado a ocupar el cargo de adjunto en el estado mayor de artillería del ejército de operaciones en Italia. Con fecha 9 de octubre del mismo año, el general comandante de la división de artillería del mencionado ejército, certificó en documento expedido en Milán, que el capitán Laprade había obtenido la medalla instituída por decreto imperial de 11 de abril.

Hacia 1859, el capitán Laprade contrajo matrimonio con Elena de Santa Cruz, hija del mariscal de Bolivia general don Andrés de Santa Cruz, personaje de larga actuación en las luchas de la independencia y en los primeros años que siguieron

a la misma y que a la sazón ejercía el cargo de Ministro Plenipotenciario de su país en Francia.

El 21 de abril de 1860 está Laprade en el regimiento de Besançon, destinándosele el 15 de junio al de Grenoble.

Por resolución de 16 de febrero de 1861, el capitán Laprade es admitido en la artillería de la Guardia Imperial de Napoleón III, con sede en Versailles, y el 26 de enero de 1863 pasa al 16º Regimiento de Artillería Montada de guarnición en Roma.

A propuesta del Ministerio de la Guerra, S. M. el Emperador Napoleón III, por decreto fechado el 30 de diciembre de 1863, otorga al capitán Laprade el título de Caballero de la Orden Imperial de la Legión de Honor.

En 1865, ocurrido el fallecimiento del mariscal Santa Cruz, Fermín Laprade llegaba por primera vez a la República Argentina, para administrar las propiedades que el mariscal tenía aquí, radicándose.

En el mismo año estalla la guerra de la Triple Alianza contra el tirano del Paraguay, y entonces el emperador Napoleón III autorizó al capitán Laprade, con el consentimiento del general don Bartolomé Mitre, asistir como observador en la guerra mencionada, desde el cuartel general aliado. La credencial respectiva entregada al capitán Laprade por la legación de Francia ante el gobierno del Paraguay, está fechada el 21 de mayo de 1866.

Fue en tales circunstancias que Laprade trabó una sólida amistad con el general Mitre. Al terminar la guerra, el capitán Laprade elevó a su gobierno un extenso informe relacionado con las operaciones, y viene al caso recordar que en un banquete que el 19 de febrero de 1867 le fue ofrecido en el hotel de la Paix, de Rosario, al presidente Mitre, don Fermín Laprade usó de la palabra y brindó por el Ejército Argentino, diciendo que él había sido testigo personal de sus altas calidades militares y del gran talento y pericia de su distinguido jefe (*El Ferrocarril*, Rosario, 22 de febrero de 1867). En 1868, comenzaron sus actividades colonizadoras e indus-

triales en nuestro país. Durante el gobierno de don Mariano Cabal, el 7 de mayo del año citado últimamente, el señor Laprade adquirió tierras a la provincia en la zona de San Javier, con el compromiso de establecer colonias agrícolas. También en 1868 compró tierras en la colonia San Carlos, instalando ahí un molino harinero a fines de 1871, que fue la base del núcleo urbano que él fundara en 1875 con el nombre de pueblo "Carlota", nombre de una de sus hijas, y que hoy constituye la localidad de San Carlos Norte. También dirigió el señor Laprade la fundación de la colonia Sarmiento en nuestra provincia, hecho ocurrido en 1882.

El 22 de setiembre de 1869 el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Francia en la República Argentina, don León Noel, designó Agente Vice Cónsul de dicho país en Rosario al señor Fermín Laprade, siéndole concedido el "exequatur" por el presidente Sarmiento y su ministro doctor Mariano Varela, cargo que desempeñó honorariamente durante muchos años.

En 1870, el señor Laprade, que se encontraba transitoriamente en su patria, acudió presuroso a defenderla, participando en la guerra franco-prusiana, que como se sabe, estalló el 18 de julio de aquel año, como consecuencia de las pretensiones existentes sobre el trono vacante de España y el incidente originado por el famoso telegrama de Ems.

Producida la caída de Napoleón III y proclamada la República, hubo un nuevo intento de resistencia, lo que dió lugar al sitio de París, que duró cuatro meses, hasta enero de 1871, en que Francia fue vencida. En Versalles se convinieron las bases de la paz, y ésta se firmó en Francfort sobre el Mein, el 10 de mayo de dicho año, perdiendo Francia la Alsacia y la mayor parte de la Lorena.

En esta guerra actuó Fermín Laprade con su característico patriotismo, mereciendo ser nombrado oficial de la Legión de Honor.

También le fue otorgado al capitán Laprade, como recuer-

do del sitio de París, un diploma dejando constancia del fervor patriótico de que diera pruebas en tales circunstancias.

A fines de 1871 se encontraba nuevamente el señor Laprade en la Argentina, para empuñar aquí los instrumentos de la paz y del trabajo que labran la grandeza de los pueblos.

A su regreso de Europa, trajo varias máquinas a vapor para la trilla de los cereales, que en su iniciación tropezaron con algunas dificultades en su funcionamiento. No obstante, el hecho revela el interés que despertaba en el señor Laprade todo lo que podía contribuir a la transformación de los métodos de trabajo.

También fue don Fermín Laprade de los primeros que proyectaron la construcción de ferrocarriles en nuestra provincia. En efecto, por ley de 14 de setiembre de 1875, fue autorizado el poder ejecutivo de Santa Fe a contratar con el señor Laprade la construcción de una línea férrea desde la capital hasta las colonias del oeste. El contrato se firmó y el gobierno no concedió a Laprade prórrogas para el cumplimiento en 1876 y 1877.

Para llevar a la práctica esta iniciativa el señor Laprade realizó un viaje a Europa, y una circular que él mismo remitió a los colonos, propietarios y comerciantes de las colonias, fechada en Santa Fe el 25 de marzo de 1878 y cuyo texto se publicó íntegramente en el diario rosarino "*El Sol*", nos informa que el señor Laprade había conseguido comprometer en su país la colaboración de una importante usina y de un sindicato bancario, para construir la proyectada línea férrea. En la circular se exponen las condiciones que se exigían y entre otras estaba la de que los colonos, propietarios, comerciantes y el concesionario, se suscribieran a una cantidad determinada de acciones, garantizando así a aquellas entidades extranjeras el pago del costo de la obra, una vez librado al servicio público el ferrocarril, el que se denominaría "Colonial de Santa Fe". Dificultades e inconvenientes surgidos, impidieron al señor Laprade ser el constructor de tan progresista obra; pero ello no amengua el mérito de la iniciativa. Fue un

precursor de la misma y sus sacrificios brindaron elementos útiles y el fruto de la experiencia.

Aparte de estas actividades, don Fermín Laprade se dedicó a la explotación de minas en San Luis; se propuso realizar un importante plan de obras de irrigación en la provincia de Córdoba. Sobre este particular debemos hacer referencia a la ley sancionada en aquella provincia el 21 de julio de 1882, concediéndosele todos los terrenos fiscales que hubiese hasta completar 30 leguas, entre el Río Segundo, el Tercero, la línea del Ferrocarril Central Argentino y el camino de Córdoba a Río Cuarto, con el compromiso de parte de Laprade de instalar obras hidráulicas y establecer un sistema de canales suficiente para dotar del agua necesaria a dichos terrenos y organizar un sistema de irrigación completo. Tampoco pudo ver aquí cumplidos sus proyectos el señor Laprade, pues la ley de 27 de octubre de 1885 declaró caduca la concesión.

El señor Laprade fue de los primeros en fomentar la exportación de nuestras carnes. Con ese propósito le vemos actuar, en 1877, con carácter de agente general y director en los países del Plata, de una compañía que se había constituido en Francia, para realizar ensayos de exportación de carnes conservadas por el frío, de acuerdo con el sistema Tellier. Con ese fin fue fletado el vapor "Frigorifique", adaptado a tales experimentaciones, vapor que llegó a Buenos Aires el 25 de diciembre de 1876 trayendo carnes, y que regresó a Francia, a fines de mayo de 1877, llevando carnes argentinas. Prestó su colaboración la Sociedad Rural Argentina y los resultados si no perfectos, fueron satisfactorios y alentadores.

Hemos revisado documentos muy interesantes, aparecidos en el diario *El Santafesino* que veía la luz en la capital de la provincia, y por los que se comprueba la intervención principalísima que tuvo el señor Laprade en estos ensayos.

El vapor "Frigorifique" a su regreso tocó el puerto de Montevideo, y las comprobaciones realizadas por la Asociación Rural del Uruguay, dieron origen al siguiente documento, apa-

recido en *Tribuna*, diario de aquella capital, el 2 de junio de 1877:

La Junta Directiva y los caballeros invitados, juzgan realizado el problema de la conservación de la carne al frío, cuyos generadores se examinaron con detención; y al expedir el presente certificado, se honra la Asociación Rural del Uruguay, en tributar un homenaje de respeto hacia el pueblo francés por haber resuelto este problema, y a los señores Laprade, Carrón y Basas que expedicionaron el "Frigorifique".

También preocupóse el señor Laprade por fomentar la navegación fluvial entre Buenos Aires, Rosario y Santa Fe. Una carta que dirigió don Julián de Bustinza al señor Juan de Larrechea, fechada en Rosario el 28 de febrero de 1881 y publicada en *La Capital* de 18 de marzo, nos informa de tales actividades del señor Laprade y que éste tenía un establecimiento industrial en Santo Tomé.

En otro orden de actividades, debe recordarse que el señor Fermín Laprade, el 21 de junio de 1868, resultó electo Municipal Titular en Rosario. Más adelante, por decreto de 23 de enero de 1886, el gobernador don Manuel L. Zavalla lo nombró Receptor de Estadística de la misma ciudad, cargo que ejerció hasta el 8 de mayo de 1888, en que se retiró por enfermedad. En el decreto respectivo, el gobierno da las gracias al señor Laprade por los importantes servicios prestados.

Este hombre laborioso, digno y emprendedor, falleció en Rosario el 7 de diciembre de 1890. El diario *La Capital*, en su edición del día 10 de dicho mes y año, decía al respecto:

Su nombre queda vinculado a nobles y valientes iniciativas, que impulsaron el progreso nacional.

Era extranjero; pero había desechado la egoísta bandera que todavía divide al natural del hijo de otros pueblos. Laprade en la palabra, Laprade en la acción, fundió su iniciativa personal en la colectividad argentina y exhibió una familia virtuosa y llena de nobles atractivos.

Y después de otras consideraciones, agrega *La Capital*:

Tomen de él ejemplo aquellos que se llaman extranjeros, y a quienes nosotros consideramos como hermanos en la libertad y el trabajo.

La vida de Laprade fomentando la industria, impulsando el desarrollo del progreso nacional, merecerá siempre el recuerdo que en pro de las nobles acciones se levanta en los corazones argentinos.

Al exponer los rasgos salientes de esta simpática personalidad, no hemos hecho sino rendir justiciero homenaje a un hombre de elevada jeraquía moral, cuya trayectoria puede servir de ejemplo a más de un extranjero de nuestros días.

Y es que Laprade simboliza a todos los extranjeros que retribuyen la hospitalidad argentina con lealtad; que llegan a amar esta tierra adoptiva con un cariño muchas veces fervoroso y que, dado el caso, son capaces de defenderla hasta el último aliento. Extranjeros por su origen, pero argentinitas por sus sentimientos, no olvidan a la patria lejana, cuya imagen está latente en sus corazones; pero ofrendan hijos que son dignos ciudadanos. El mismo Laprade dió a la armada argentina un distinguido marino, el contralmirante don Andrés Laprade, fallecido a fines de 1938.

Los extranjeros de esta estirpe, respetan las instituciones del país; no conspiran contra la nacionalidad y no traen la ponzoña de doctrinas exóticas. Son factores constructivos y no elementos disolventes.

Extranjeros que traen civilización e ideas de progreso y que no son sembradores de la cizaña de la intriga; que no violan los atributos de nuestra soberanía ni perturban nuestra vida con maquinaciones solapadas. Trabajan de cara al sol y brindan sus esfuerzos a esta patria generosa. Les basta y sobra con los derechos y garantías que para ellos tienen establecidos los artículos 14 y 20 de la constitución nacional, verdaderos manantiales de inspiración, de estímulo y fuente de libertades para quienes desean labrar un destino fecundo en realizaciones.

III

LA CUESTION DE LA PLAZA PUBLICA DE SAN CARLOS CENTRO

El 23 de octubre de 1882, el señor Lorenzo Soto elevó una nota al Ministro General de Gobierno, Dr. Manuel J. Yáñez, en la que le dice que habiéndose dirigido la Comisión Municipal general a las dos comisiones particulares que, nombradas “ad hoc” por el vecindario de San Carlos Sud y Centro, cuidaban las plazas respectivas, con el propósito de asumir la Comisión Municipal esas funciones, la del Sud aceptó, pero la del Centro negóse a ello.

El cura párroco, en su calidad de presidente del Consejo de Fábrica, sostenía en forma categórica que ignoraba absolutamente que el terreno situado frente a la iglesia fuera plaza pública, sino que al contrario, se trataba de una manzana de propiedad exclusiva de la iglesia, y que si la municipalidad quería destinarla a plaza debía comprarla.

Agrega el señor Soto, en su nota al ministro, que les consta a todos los vecinos que desde que se fundó el pueblo de San Carlos Centro dicha manzana fue destinada a plaza, por la razón de que en cada pueblo de nueva creación era de costumbre y necesidad dejar un terreno para ese fin, y que prueba de ello era que se había levantado una suscripción pública con el objeto de adquirir árboles y plantarlos en esa plaza, cercarla con alambre y sembrarla de alfalfa, lo cual se efectuó sin que el Consejo de Fábrica se opusiera.

Además, continúa Soto, al solicitar la Comisión Municipal

que se le entregase la plaza, no pidió que se le otorgara título de propiedad, lo que consideraba innecesario, sino que solicitó simplemente la entrega de la plaza para encargarse de su embellecimiento. Expresa, también, que la población estaba indignada por esas pretensiones del Consejo de Fábrica.

El asunto fue sometido a la consideración del fiscal de Estado el 30 de octubre de 1882. El 7 de noviembre del mismo año, el fiscal doctor Hilario Mendieta aconsejó que, previos los datos del Departamento Topográfico, se le volviera a pasar el expediente.

El 1º de diciembre el Departamento Topográfico informó que no poseía ningún antecedente relacionado con la cuestión debatida, vale decir de si era o no plaza pública la manzana situada frente a la iglesia de San Carlos.

El 7 de diciembre volvió el asunto al fiscal de Estado. Entonces se solicitó del Concejo Ejecutivo Municipal de la colonia que adjunte un plano de la misma, para que con él a la vista el Departamento Topográfico evacuara la consulta y luego volvieran las actuaciones a la fiscalía.

Pasó el expediente a la Comisión Municipal de San Carlos, la que, el 30 de diciembre de 1882, se dirigió al ministerio adjuntando un plano de la Sección Centro, ampliando la solicitud del 23 de octubre de ese año, en la que pide la intervención del gobierno para solucionar el entredicho.

En la nueva nota, el señor Soto hace las siguientes consideraciones:

El Consejo de Fábrica de la Iglesia Católica de esta Colonia por motivo de desagradados habidos antiguamente con algunos protestantes del pueblo Sud, determinó fundar un pueblo y en él su Iglesia, a una distancia de $\frac{3}{4}$ de legua hacia el Norte, y con ese objeto compró una concesión de terreno, la delineó en manzanas, las puso en venta y edificó su iglesia destinando la manzana del frente para Plaza Pública.

El señor Soto manifiesta que, desde la fundación del pueblo, todo el vecindario dió a ese sitio el nombre de "Plaza".

Insiste en las razones dadas a conocer en la nota del 23 de octubre y termina con las siguientes reflexiones:

La sola base en que funda el Consejo de Fábrica en su pretensión es que posee títulos de propiedad del terreno; pero esta Comisión también cree que habrá pocas Municipalidades que posean títulos primitivos de las Plazas primitivas que se dejan al fundar un pueblo. Y por último: Quién es el Consejo de Fábrica de esta Colonia y quién le formó el capital que posee? El Consejo son tres o cuatro vecinos que presididos por el Párroco no hacen sino administrar e invertir en bien de la Iglesia los fondos que han recolectado de todos los vecinos de esta colonia, a quienes quieren ahora privarlos hasta el derecho de tener un desahogo en un lugar público que ellos mismos pagaron con sus propios dineros.

Pide al gobierno que resuelva.

El 1º de febrero de 1883 pasó el expediente al Departamento Topográfico, y éste informó que la colonia fue delineada antes de existir el Departamento citado, agregando que, por lo que expone en sus notas el Consejo de Fábrica, éste compró a la empresa colonizadora una concesión y la subdividió en lotes y formó un pueblo, dejando un espacio para plaza pública; pero este pueblo fue delineado sin intervención del Departamento Topográfico, por lo que ignora si sus fundadores dejaron o no una porción para plaza.

Tampoco tenía el Departamento mencionado conocimiento de los hechos públicos y notorios que expone la Comisión Municipal. Por lo tanto se concreta a informar que:

la existencia de una Plaza Pública en el espacio de terreno cuestionado es muy necesario para el desahogo de la población.

El informe que antecede está fechado el 14 de febrero de 1883 y lo firman Enrique Foster, Eduardo Lerch, Cayetano Livi y como secretario A. L. Aragón (h).

El 19 de febrero vuelven las actuaciones al fiscal de Estado, quien el 7 de marzo se expidió diciendo que la petición de la Comisión Municipal de San Carlos importaba:

una cuestión sobre mejor derecho a la suerte de tierra que en estos antecedentes se menciona, con el Consejo de Fábrica de la Iglesia Católica de ese lugar.

Hace presente, también, que hasta ese momento no se había dado participación en el expediente al Consejo de Fábrica y que el Departamento Topográfico no suministró dato alguno aclaratorio. En consecuencia, solicita se de vista del expediente al Consejo aludido.

El 9 de marzo pasaron las actuaciones al Sub Delegado de la colonia, para que lo entregara al Consejo de Fábrica para que ésta informara. Fue entregado el 12 de marzo y el 1º de abril ya tenemos la contestación, la que dice entre otras cosas :

Lo que se puede decir es: Que por ciertas inconveniencias con facultad de la autoridad eclesiástica se trasladó el culto católico de la Plaza del Sud a este sitio, que se llama ahora Centro y como no se tenía fondos para la Iglesia, no se compró solamente una cuadra para edificar en ella la Iglesia, pero una concesión entera para venderla en lotes nuevamente en ventaja de la misma Iglesia. Pues no era precisamente la intención de formar un pueblo, pero de tener una Iglesia en un lugar donde el culto católico no fuere incomodado.

Agrega el Consejo de Fábrica que si existe ahora un pueblo, ello no significa que los católicos han renunciado a su derecho de propiedad que se refiere al terreno todavía no vendido y que se halla al frente de la misma iglesia; que el hecho de que otros dieran a esos terrenos forma de plaza, no quiere decir que la iglesia renuncia a sus derechos; que los curas anteriores se opusieron siempre si alguna persona no autorizada por ellos quería echar mano de este terreno.

Manifiesta, además, que con expreso permiso del presidente del Consejo de Fábrica, un miembro de dicho consejo, don Miguel Taverna, había plantado árboles y sembrado alfalfa con la ayuda de otros vecinos para sacar algún provecho de esa manzana de tierra hasta que fuera destinada para algo, según la mayor utilidad de la iglesia.

Expresa que la iglesia, efectivamente, era pobre; que sólo existía de ella la nave central, faltando las dos laterales, que por el aumento de la población eran de gran necesidad. Declara asimismo que el obispo diocesano, en el permiso que dio para enajenar el terreno en cuestión, dice:

Facultamos al Capellán de la Colonia San Carlos en la Provincia de Santa Fe, para proceder a la venta de los expresados terrenos cuyo producido deberá exclusivamente destinarse en provecho de la antedicha Iglesia.

Termina el informe manifestando que, si la Comisión Municipal tiene intención de dedicar esa manzana a plaza pública, no tiene el Consejo de Fábrica ningún inconveniente en vendérselo por un precio justo. Firman los siguientes miembros del consejo citado: Federico Teves, cura párroco; Isidoro Favre, Félix Francia y Domingo Bernardi.

El 9 de abril de 1883 pasaron los antecedentes al fiscal de Estado y éste el día 9 de mayo insistió en no expedirse definitivamente y pidió que el Consejo de Iglesia exhibiese el título que menciona en su informe.

El 12 de julio del mismo año se ordenó que por oficio se invitara al cura y al Sub Delegado Político de San Carlos, para que se apersonaran al ministerio el día 1º de agosto, presentando los títulos que acrediten las pretensiones respectivas. El 18 de junio de 1884 se retiraron los oficios ordenados.

Recién tres años después se pone término al asunto. En efecto veamos el contenido del siguiente documento:

En la colonia San Carlos a 27 días de julio de 1887, reunidos en el salón de Despacho de la Comisión de Fomento los señores D. Alvaro Gómez, en su carácter de Presidente, y los miembros de la comisión D. José Bertelli y Juan Rossi, con el señor cura párroco D. Antonio Dussuel, como presidente del Consejo de Fábrica de la Iglesia Católica de la Colonia y Domingo Bernardi miembro de dicho consejo, para arribar a un arreglo referente al terreno que existe frente a la Iglesia y que la Comisión de fomento pretende que es plaza pública y el Consejo de Fábrica, de su propiedad, después de un cambio de ideas se resolvió: Que la Comi-

sión de Fomento se compromete abonar al Consejo de Fábrica la cantidad de 1000 pesos por terceras partes en tres años, efectuándose el primer pago el primero de marzo de 1888 y la Comisión también se compromete a solicitar al gobierno 500 pesos que serán entregados aparte de los 1.000. Este convenio debe ser aprobado por el Gobierno.

El Consejo de Fábrica aceptó el arreglo, comprometiéndose a elevarlo a escritura pública a favor de la Comisión de Fomento, para dedicar el terreno a plaza.

Tales son las peripecias por la que ha tenido que pasar la plaza pública de San Carlos Centro, que desde el año 1908, en que se festejó el cincuentenario de la fundación de la colonia, lleva el nombre de "Plaza Libertad".

CAPITULO TERCERO

ECONOMIA, TRANSPORTES Y COMUNICACIONES

SUMARIO: Agricultura y ganadería. — Mensajerías. — Ferrocarriles. —
Correos. — La primera línea telegráfica.

I

AGRICULTURA Y GANADERIA

Hemos dicho ya en otro capítulo, que la colonia San Carlos se fundó en tierras fértiles, de excelente calidad y bien situadas, lo que permitió su pronto desarrollo.

Los principales cultivos de la colonia, en los primeros años fueron el trigo y el maíz, siguiéndole luego en importancia la cebada, las papas, los porotos y otros cultivos tales como el maní y los melones. Más adelante se desarrolló la siembra del lino.

Como la fibra de la planta del lino resultaba débil y no se prestaba para industrializarla y hacer tejidos, el señor Beck pensó en la instalación de una pequeña fábrica de aceite, aprovechando así la semilla de este oleaginoso. A tal fin la administración adquirió una prensa.

Los colonos, por su parte, extraían aceite de maní que cultivaban y hasta hubo alguno que se propuso destilar melones, que se producían abundantes y sabrosos.

En un principio se roturaba la tierra con arados rudimentarios, fabricados en la misma colonia; pero también se habían traído por la administración, arados de Europa y de Boston. Más adelante se emplearon los arados "Hohenheim" y especialmente los arados "Taberning", fabricados éstos en Esperanza por el maestro herrero don Luis Taberning, natural del Tirol (Austria).

Entre los fabricantes locales de arados, puede citarse al señor Chiaffredo Barra. Según datos que tomamos del *Informe* del inspector nacional don Guillermo Wilcken, en 1871 había en San Carlos 23 arados norteamericanos, 29 "Hohenheim",

425 “Taberning” y algunos hechos en la colonia. Se utilizaban bueyes en los trabajos de la chacra.

En los primeros tiempos se sembraba al voleo. Debe hacerse constar que siendo estas tierras nuevas y vírgenes, durante algunos años abundaban los insectos perjudiciales a los cultivos, particularmente las orugas que devoraban las hojas de ciertos sembrados.

Además, en los años iniciales, los colonos tuvieron que afrontar muchas dificultades debido a las intensas sequías y también por la invasión de langostas, plaga ésta que muchas veces asoló la colonia y liquidó sus plantas frutales y cultivos agrícolas. De todas estas penurias hablan los colonos en cartas, que escribieron en 1859 y 1860, desde San Carlos a sus parientes y amigos de Europa.

Hemos podido leer extractos de dichas cartas en una recopilación que con el título de *Correspondances de la Colonia San Carlos près Santa Fe, fondée par la Société Suisse de Colonisation de Santa Fe Beck, Herzog y Cia. à Bale, 4em. collection*, etc., se publicó en 1860.

No obstante los elementos adversos a que nos hemos referido, cabe señalar que todos los colonos hablan elogiosamente de este país, de la fertilidad de su suelo y de las halagüeñas perspectivas para su porvenir económico.

Las cosechas de trigo se recolectaban, en los primeros años, mediante la rudimentaria hoz; pero ya en 1871 este procedimiento había dado paso a otro más moderno y comenzaron a utilizarse en la colonia las máquinas segadoras. Según el ya citado *Informe* del inspector Wilken, publicado con el título de *Las Colonias*, en el año 1871 predominaban en San Carlos las segadoras “Buckeye N° 2”, de las que había 105. Era ésta la preferida, por ser la de mayor duración. También existían máquinas segadoras de otras marcas, tales como la “Wood”. En 1884 había en San Carlos 682 segadoras de diversas marcas.

Ya se hablaba en aquella época inicial de la colonia de una máquina que, a la vez que cortaba el cereal, lo trillaba.

En efecto, en la reunión de marzo de 1861, celebrada en

Basilea por el Consejo de la Sociedad Colonizadora, se tomó nota de una carta del señor Beck, en la que hace referencia a una máquina de tal naturaleza y pide se le remita un dibujo de la misma.

Más adelante nos informa *El Independiente* de Rosario, en su número de 16/17 de diciembre de 1878, que en Santa Fe se había perfeccionado una cosechadora de trigo, inventada dos o tres años antes en San Carlos por un Sr. Longhi. Según dicha crónica, la cosechadora aludida arrancaba las espigas en vez de cortarlas.

En lo que a la trilla se relaciona, se hacía primitivamente con yeguas, aventando luego el cereal para separar el grano.

Más adelante, se completaba la limpieza del cereal trillado en estas condiciones, con aparatos ventiladores, hasta que se introdujo el uso de máquinas trilladoras importadas.

A fines de 1871, el señor Fermín Laprade trajo de Europa algunas máquinas a vapor para trillar en San Carlos, las que dieron poco resultado, porque se tropezaba con el inconveniente de la falta de repuestos.

Veamos lo que dice al respecto un suelto aparecido en el diario *La Capital*, el 9 de enero de 1872:

Hemos recibido noticias de la Colonia San Carlos y de la empresa del Sr. Laprade para trillar trigo. Parece que los primeros ensayos fueron muy felices. Las máquinas rompían el grano y además las trilladoras, hechas para pasar una paja fuerte, larga y entera, se llenaban con la paja de este país que caía de los batidores, rota en pedacitos y como picada; pero se arreglaron los batidores y contrabatidores, disminuyendo su fuerza; se aumentó al contrario la fuerza de los ventiladores, doblando sus paletas y con estas modificaciones se ha obtenido el más espléndido resultado.

Hoy todas las máquinas están trabajando con mucha actividad. Los colonos que han hecho grandes pérdidas de trigo en las últimas lluvias (pues no se estima en menos de la tercera parte de la cosecha) han comprendido un poco tarde, la ventaja que hay en hacer buenas parvas y aguardar en seguridad el momento de trillar. Así es que en este momento, los brazos faltan para el trabajo de emparvar; pero así se conservará lo que queda, y las máquinas de trillar tendrán trabajo hasta

el fin de marzo, por lo menos; en fin, es una industria nueva que ya tenemos planteada entre nosotros.

En 1884 existían en San Carlos 20 máquinas trilladoras.

Dice el ya nombrado Wilken que, para la trilla con yeguada, se pagaba de 7 a 8 pesos bolivianos por cada 25 fanegas de trigo limpio en la era.

En cuanto a la trilla con máquina, costaba 12 reales por fanega, debiendo el agricultor poner el agua y el combustible.

Los peones ganaban de 8 a 10 reales bolivianos por día con alojamiento y comida.

Eran muy comunes en aquella época los incendios en las praderas triguales y otros sembrados. Además el ganado de las extensas y numerosas estancias que rodeaban a la colonia, se comían frecuentemente el maíz y otros sembrados, con el consiguiente daño.

No existían entonces alambrados.

Refiere Mugaburu, en un estudio sobre *Derecho Rural* que el primer alambrado que hubo en nuestro país fue construido en 1844, por el ciudadano inglés don Ricardo Newton, propietario de la estancia "Los Jagüeles", en el partido de Chascomús.

Pasaron muchos años hasta que el uso del alambrado se fuera desarrollando en el país.

En San Carlos, los colonos para impedir la invasión del ganado de los esablecimientos ganaderos vecinos, hicieron una zanja alrededor de la colonia, en cuya construcción cada colono debió trabajar tres días. Este dato lo da don Juan Jacobo Schaublin, en carta fechada el 12 de agosto de 1860, dirigida desde San Carlos a un pariente que residía en Benwyl, cantón de Basilea, Suiza.

En lo que respecta a la comercialización de los productos, debemos manifestar que, tratándose de pequeñas cantidades, los colonos vendían los productos agrícolas en Santa Fe o Coronda; pero cuando se podían reunir cargamentos de importancia, los vendían a algún comerciante de la ciudad de San-

ta Fe, que enviaba barcos a un sitio más cercano a la colonia, ubicado sobre el riacho, en la estancia de Maciel.

A este respecto puede hacerse mención de la nota que con fecha 8 de noviembre de 1864 elevó al gobierno provincial el juez de paz de San Carlos, señor Santiago Stelzer, solicitando se le concediera autorización para trazar y construir un camino desde San Carlos hasta la costa del río, para facilitar la exportación de los productos de la colonia, lo que le fue acordado el 29 del mismo mes y año.

El transporte de cereal hasta el paso de Santo Tomé, insumía un flete de 6 a 8 reales bolivianos por fanega de 15 arrobas de trigo y por fanega de 16 arrobas de maíz desgranado.

El maíz en espiga pagaba un flete de 5 a 6 reales bolivianos por fanega de 12 arrobas.

El transporte hasta Santa Fe costaba de 8 a 10 reales bolivianos por cada fanega de trigo o maíz.

Para el transporte se empleaban los típicos carros coloniales de cuatro ruedas, de los que en 1871 existían 208 y en 1884 había 350.

Referente a la exportación de trigos de las colonias santafesinas, es oportuno reproducir el siguiente comentario que transcribe *El Independiente* de Rosario el 20 de mayo de 1879 y que dice:

De un artículo de *El Colono del Oeste*, periódico de la floreciente colonia Esperanza, extractamos los siguientes importantes datos:

Parece que los trigos enviados a Europa, principalmente los mandados en buques a vapor, han llegado en buen estado y han obtenido buen precio. Debido a esto se ha apoderado la especulación del artículo, y con motivo de la creciente hemos visto llegar a Santa Fe y a Santo Tomé varios buques de ultramar, hallándose en estos momentos tres de ellos cargando a un mismo tiempo, que llevarán unas 10.000 fanegas de 15 arrobas.

El precio del trigo superior, limpiado con esmero como para ser molido, obtiene hasta 8 $\frac{1}{2}$ pesos bolivianos en lugar de 5 $\frac{1}{4}$ que se pagaba hace poco todavía en el paso Santo Tomé.

Se han hecho ventas importantísimas de harina para el Brasil en bolsas de 2, 4, y 8 arrobas, por los señores Pittier. Oportunamente sabremos la aceptación que haya tenido, y que resultado dió la especulación.

Más adelante agrega:

Cinco colonos de nacionalidad italiana, don Antonio Boero, de San Carlos, don Carlos Boero, de San Agustín, don Santiago Oliva, de Pilar, don José Bertotti, de Nuevo Torino y don Juan Tomate, de Las Tunas, se embarcarán en estos días para Buenos Aires, adonde han mandado para ser trasladadas al mismo vapor que los llevará a ellos, en un paquete francés de la línea de Marsella, la cantidad de cuarenta y cinco mil arrobas de trigo de superior clase cosechado por ellos y sus medieros en las respectivas colonias.

Al mismo tiempo que ellos hacen un viaje de recreo, procurarán también la venta de sus productos en Marsella, es decir agregarán lo útil a lo agradable.

Ya en el año 1880, en marcha el movimiento de exportación de nuestros trigos a los mercados europeos, el gobierno de la provincia se preocupó de mejorar la calidad del producto y con ese objeto, con fecha 28 de febrero de 1880, el gobernador doctor Iriondo dió un decreto que decía:

Considerando que según opinión de personas competentes, que han sido consultadas, debe atribuírse al uso constante de la misma semilla de trigo, la mala calidad del de la última cosecha y la disminución gradual que se viene experimentando en sus rendimientos; que es un deber del Gobierno procurar remover las causas que paralícen el progreso de las colonias, cuya riqueza principal consiste en este producto que debe mejorar con el cambio de semilla; que esta operación casi imposible si se libra a la acción privada de cada colono, puede fácilmente y con poco costo realizarse con la acción del Gobierno ayudado por aquellas personas que explotan en grande escala los productos agrícolas de las colonias; que es de esperar también que el Gobierno de la Nación coopere al bienestar de la inmigración y del fomento de la agricultura, exonerando de derechos las semillas que sean importadas y costeano el transporte de las que sean traídas de la provincia de Buenos Aires, lo que será oportunamente solicitado; y para hacer prácticos estos propósitos, el Gobierno de la Provincia, decreta: nombrar en comisión a diversas personas de la Capital de la provincia, de las colonias Esperanza, San Carlos, San Agustín, Franck, Tunas y de Coronda.

Según el decreto, la comisión tendría por principal objeto la compra de trigos sanos y adecuados para semilla, para dis-

tribuirlos entre todos los colonos que lo soliciten, ya sea abonando su precio o bien entregando a la comisión los trigos que se hayan reservado para sembrar, para que la comisión les devuelva igual valor de trigo importado. El decreto agregaba que a las familias que carecieran de recursos, se les podría adelantar la semilla necesaria, de acuerdo con las condiciones que la comisión estableciera, hasta la cosecha próxima, exigiéndoles una obligación de pago, con la cual procuraría la comisión un crédito en el Banco de la Provincia, al que oportunamente se dirigiría el gobierno en ese sentido.

La comisión establecería relaciones con los jueces de paz y administradores de colonias, a fin de dar mayor amplitud a sus operaciones y la sede estaría en la capital. Para integrar esa comisión en la colonia San Carlos fueron nombradas las siguientes personas: Guillermo Bauer, Juan Sigel, D. E. Auger, Miguel Taverna, Antonio Boero, Federico Goetschy y Francisco Place.

II

MENSAJERIAS

Durante los primeros años, y hasta que fue inaugurado el ferrocarril, el servicio de transportes de personas y de la correspondencia entre la colonia y Santa Fe y también entre diversas localidades, se hacía mediante mensajerías.

En esta materia, referente a la colonia San Carlos, encontramos los siguientes antecedentes.

Por resolución de la Cámara de Representantes de la Provincia, fechado el 5 de agosto de 1865, siendo gobernador don Nicasio Oroño, se acordó al señor Carlos Henry una subvención anual de 160 pesos, por el término de tres años, para que estableciera un correo entre las colonias San Carlos, Esperanza y San Gerónimo.

El 18 de agosto del mismo año, se determinó por decreto que la diligencia y correos del señor Henry debía hacer dos viajes semanales. En San Carlos se encargaba de la recepción y distribución de la correspondencia, don Santiago Denner.

Posteriormente, el 30 de agosto de 1866, la legislatura sancionó una ley aceptando las bases propuestas por don Andrés Arzeno, para establecer una diligencia entre la ciudad de Santa Fe y la colonia San Carlos.

El señor Arzeno se comprometía a poner para el servicio una diligencia cómoda para pasajeros, la que debía conducir también la correspondencia pública.

Debía practicar cuatro viajes redondos mensuales, combinando su llegada a la capital con los días de salida del vapor de la carrera para Buenos Aires.

El señor Arzeno recibiría en calidad de subvención por

parte del gobierno de la provincia, y durante dos años a contar desde el primer viaje, la suma de 32 pesos fuertes mensuales.

En 1870 funcionaba una diligencia que hacía cuatro viajes mensuales entre San Carlos y Santa Fe.

Uno de los empresarios de mensajerías más importantes que tuvo San Carlos, fue don Juan Bautista Falco. Este señor tuvo a su cargo, aparte del servicio de mensajerías con la colonia, otros itinerarios.

Así, por un contrato celebrado el 21 de agosto de 1873 con la Administración de Correos Nacionales, el señor Juan B. Falco se comprometía a transportar la correspondencia desde Santa Fe a las colonias Franck y Las Tunas, debiendo hacer un viaje semanal redondo a caballo y en combinación con los vapores. Por este servicio el gobierno nacional lo subvencionaba con 15 pesos fuertes mensuales.

En la misma fecha celebró el señor Falco otro contrato con la Administración de Correos, por el que se encargaba del transporte de la correspondencia desde Santa Fe a la colonia San Agustín, por cuyo concepto el gobierno de la nación le abonaba 10 pesos fuertes mensuales. Este nuevo servicio quedaba incorporado al de la mensajería-correo que ya existía, según otro convenio anterior, entre la colonia San Carlos y la ciudad de Santa Fe.

El 12 de junio de 1875, se aprobaba el contrato que la Dirección General de Correos firmó con don Pedro Cobianchi, para hacer el servicio de correspondencia desde San Carlos a Oroño, mediante mensajerías-correo.

El 6 de junio de 1879, se aprobó otro contrato celebrado por la Dirección General de Correos y Telégrafos con doña Petrona T. de O'Donnell, para la conducción de la correspondencia pública por mensajerías, en la línea entre Rosario, San Lorenzo, Coronda, Colonia Oroño, Gessler, San Carlos, San Agustín y Santa Fe, contrato que debía regir desde el 1º de mayo de 1879 hasta la misma fecha de 1880.

Por ley promulgada el 27 de junio de 1883, se autorizó

sacar a licitación el servicio de mensajerías desde Santa Fe hasta San Justo (Córdoba), por el camino de Quebracho Herrado, para conducción de pasajeros y encomiendas, pasando por San Carlos y Presidente Roca.

El 17 de enero del año siguiente, aprobóse el convenio celebrado con el fin antes mencionado.

El señor Manuel Predolini presentó una propuesta para establecer un servicio de mensajerías entre Santa Fe, San Carlos, San Justo, Franck, Coronda, Oroño y Gessler, y a caballo en la ruta de San Carlos a San Martín. Esto fue aceptado y el contrato se firmó el 17 de marzo de 1884. La Dirección General de Correos Nacionales subvencionaba al señor Predolini con 70 pesos mensuales.

El 3 de octubre de 1884 se aprobó la transferencia que Manuel Predolini hizo a favor de don Domingo Bernardi e hijos, del contrato para transportar la correspondencia desde Santa Fe a San Justo (Córdoba) y del que celebró para el transporte de las maletas desde la capital de la provincia hasta Coronda.

El 25 de setiembre de 1885 se firmó en Santa Fe, entre la Dirección General de Correos y Telégrafos y los señores Domingo Bernardi e hijos, un nuevo contrato para el transporte de la correspondencia por mensajerías, en la línea de Santa Fe a San Justo (Córdoba) pasando por Santo Tomé, San Agustín, San Carlos, Las Rosas, Buena Vista, Merediz, Romero, Garibaldi y Quebracho Herrado.

Los señores Bernardi se encargaban de transportar con sus propios elementos de movilidad toda la correspondencia que le era entregada en Santa Fe y tránsito para San Justo y demás localidades y viceversa, debiendo efectuar un viaje redondo semanal, calculándose que la distancia era de unas 60 leguas.

Los días de salida y regreso, debían fijarse de común acuerdo entre los señores Bernardi y el administrador de correos de Santa Fe. La falta de cumplimiento de esta parte, hacía pasible a los contratistas de una multa que oscilaba en-

tre 15 y 25 pesos fuertes, menos cuando el incumplimiento obedeciera a una causa fortuita. La correspondencia debía llevarse en un compartimiento especial cerrado a yale y entregarse en la respectiva estación o estafeta al llegar al pueblo. Si los empresarios suspendían el viaje sin causa alguna justificada y si aun habiéndola no diesen aviso a la oficina de correos respectiva, se les aplicaba una multa de 20 pesos fuertes. Por cada caso de deterioro o demora en la entrega de la correspondencia, se les hacía pasible de una multa de 10 pesos de la misma moneda, y, por último, por pérdida o violación de la correspondencia, sin perjuicio de las penas que fijaba la ley, se les aplicaba una multa de 20 pesos fuertes.

Los empresarios debían sujetarse a las disposiciones dictadas por la Dirección General de Correos y a las que dictare en adelante, debiendo también poner a disposición de la Dirección, un pasaje de ida y vuelta gratis.

Como única remuneración a todos estos servicios, se acordaba a los señores Bernardi una subvención mensual de 150 pesos fuertes, que les sería abonada en vista de los certificados de los administradores de correos que acreditasen el buen cumplimiento del servicio. La duración del contrato era de un año.

Los señores Bernardi también tuvieron, en 1887 y 1888, un servicio de mensajerías de correo desde San Carlos a San Martín. Hemos tenido a la vista un certificado otorgado por el administrador de correos de Santo Tomé, el 21 de marzo de 1888 y en que se dice que los señores Domingo Bernardi e hijos, empresarios de las mensajerías de San Carlos a Santa Fe, han cumplido con exactitud y puntualidad de acuerdo al contrato haciendo tres viajes redondos semanales y nunca dieron motivo a observaciones de la Dirección General en el cumplimiento de su deber.

El 6 de marzo de 1886 se aprobó un contrato por el cual Asunción Tendero se comprometía a hacer el servicio de correspondencia por mensajerías entre Esperanza, Las Tunas,

San Carlos, San Gerónimo, Santa María, Pilar y otras colonias.

El 13 de mayo de 1886 se autorizó a la Dirección General de Correos y Telégrafos a dejar sin efecto el contrato celebrado con los señores Bernardi, para el transporte de la correspondencia por mensajerías a San Carlos, Franck y Las Tunas. Como se había inaugurado la línea del ferrocarril desde Santa Fe a San Carlos Sud, ya no era necesario el servicio de mensajerías.

En cambio por decreto de 7 de agosto del mismo año, se dispuso licitar el transporte de la correspondencia desde San Carlos a Coronda, pasando por Gessler y Oroño, con 80 pesos mensuales de subvención. Y el 17 de diciembre el gobierno acordó al señor Juan Lottersberger, por proposición de éste, establecer un servicio de mensajerías desde San Carlos Sud a Gálvez, con obligación de llevar la correspondencia del correo. Se le asignaban 50 pesos mensuales, debiendo hacer tres viajes por semana.

El 13 de junio de 1889 se aprobó el contrato celebrado por la Dirección General de Correos y Telégrafos con el señor Celestino Remonda, para el transporte de la correspondencia en mensajerías en la línea de Santa Fe a San Justo (Córdoba), pasando por San Agustín y San Carlos.

Como puede verse por los antecedentes que hemos reseñado, la colonia durante más de un cuarto de siglo estuvo comunicada con la capital y otras localidades mediante mensajerías para el transporte de pasajeros y de la correspondencia, situación que, como hemos de verlo en el capítulo respectivo, cambió al inaugurarse las líneas férreas que la unían a Santa Fe, Gálvez y colonias intermedias.

III

FERROCARRILES

Muy pronto se hizo sentir en la colonia la necesidad de facilitar las comunicaciones con los centros principales, no sólo en lo que respecta al traslado de las personas sino también para el transporte de los productos agrícolas hacia los puertos de embarque y mercados de consumo.

Para San Carlos, éste era un asunto de vital importancia, y por su situación dependía en el aspecto económico de la zona de influencia de la ciudad de Santa Fe.

En 1868, hallamos el primer antecedente vinculado con un proyecto de ferrocarril que debía unir San Carlos con la capital de la provincia.

De las gestiones que entonces se hicieron, nos ilustrará la nota que elevaron al gobernador de Santa Fe los vecinos de la colonia, fechada el 6 de diciembre de 1868 y que dice así:

Los abajo firmados, vecinos de esta colonia de San Carlos, ante V. E. respetuosamente se presentan y exponen: que; con motivo de haber venido los Señores Ingenieros D. Juan Czetz y D. Carlos Robertson, que han delineado la línea del ferrocarril proyectado de Santa Fe a Esperanza, y teniendo conocimiento por estos señores, por el estudio que han venido haciendo, de la facilidad que habría para traer un ramal hasta esta colonia, que a la vez que ella reportaría grandes beneficios, lo reportaría igualmente la colonia San Gerónimo, y otra nueva que ya está en planta en el campo de Las Tunas, y cuyas concesiones están ya vendidas; por cuya razón y siendo de notoria utilidad para todas las colonias; y estando dispuesto como lo estamos, ayudar con todos nuestros esfuerzos, se establezca el referido ramal, — a V. E. suplicamos que aprovechando la oportunidad de los dichos Ingenieros se sirva convenir con ellos el estudio y delineación de este ramal, no dudando que la Cor-

poración Municipal por su parte ayudará al Superior Gobierno, en los gastos que en esta obra, tan benéfica para la comunidad, puedan resultar.

El progreso notoriamente visible, que de pocos años a esta parte se observa Exmo. Señor en esta Colonia, y el de este año sobre todo, que es sorprendente, hace que los infrascriptos se dirijan con confianza, al Superior Gobierno, solicitando esta gracia. Que a más de los beneficios que por ella obtendrá esta colonia, redundará en honor del gobierno progresista, que tal pensamiento se lleve a cabo. Somos, Señor, con toda consideración atentos servidores de V. E. Tomás Lubary. — Juez de Paz. — J. Goetschy, Presidente Municipal. — H. Vollenweider. — Isidoro Favre, miembro municipal. — Heinrich Weidmann. — Juan Hosh. — Esteban Guex. — José Donnet. — H. Meyer. — Santiago Roth.

El original de esta nota se encuentra en el Archivo Histórico de Santa Fe, tomo 33, año 1868, 1869, Notas Varias N° 23.

Después de este antecedente, surgieron numerosas iniciativas relacionadas con la construcción de ferrocarriles, que también llegaban hasta San Carlos.

Así, la ley de 22 de agosto de 1872, siendo gobernador el doctor Simón de Iriondo, autorizó al P. E. para conceder a una empresa particular, privilegio exclusivo para la construcción y explotación de un ferrocarril que partiendo de Santa Fe se dirija a las colonias del Oeste, pudiendo prolongarlo la misma empresa u otra hasta Rosario.

Este ferrocarril debía partir de la ciudad de Santa Fe, pasando por Santo Tomé, San Agustín, Franck y Las Tunas, hasta tocar con la colonia San Carlos, desde donde saldrían dos ramales, uno hacia esta colonia y otro hacia Esperanza. La ley especifica las demás condiciones.

Por decreto de 15 de octubre de 1872, se aceptaron las bases para construir el ferrocarril de Santa Fe a las colonias del Oeste, presentadas por don Enrique Zimmermann.

Otra ley provincial, de fecha 18 de octubre de 1873, autorizó al P. E. para contratar con los señores José V. Rocha y Cía., la construcción de un ferrocarril de trocha angosta que saliendo de la colonia San Carlos, llegara a la ciudad de Córdoba, pasando por El Tío.

Una tercera ley, de 14 de setiembre de 1875, faculta al P. E. a contratar con el señor Fermín Laprade, la construcción de un ferrocarril que partiendo de Santa Fe, cruce el Salado por el Paso de las Piedras, pase por Franck y Las Tunas y se divida en este último punto en dos ramales, yendo a terminar uno en Esperanza y otro en San Carlos Sud. Se determinan las demás condiciones, haciéndose constar que esta concesión se otorgaba sin perjuicio de los derechos adquiridos por la sucesión de don Enrique Zimmermann. El ferrocarril se denominaría "Colonial de Santa Fe".

Por leyes de 23 de octubre de 1876 y 8 de agosto de 1877, se amplió el término de la concesión del señor Laprade. El proyecto no pudo concretarse.

Una vez más, la legislatura autorizaba por ley de 17 de setiembre de 1878, al P. E., para contratar con los señores Dionisio Ponsati y Cía., la construcción de un ferrocarril con el siguiente itinerario. De Santa Fe a Esperanza, Cavour, Humboldt, Colonia Rivadavia y Grutly. De Esperanza a Las Tunas, San Carlos, Oroño, Coronda, San Lorenzo y Rosario. Su nombre sería "Ferrocarril Colonial Santafesino".

La ley de 24 de setiembre de 1879, autorizó al P. E. a celebrar un contrato con los señores León J. Wals y Cía. para establecer un tramway desde Santa Fe a Coronda, pasando por Santo Tomé u otro punto que se estime conveniente, tocando las colonias San Agustín, Franck, San Carlos, Oroño y Gessler. En setiembre de 1880 se acordó una prórroga a los señores León Wals y Cía.

El 25 de octubre de 1881 la legislatura de la provincia sancionó una ley en virtud de la cual se facultaba al P. E. para contratar con los señores León Wals y Cía. o su representante legal, la formación de una sociedad anónima con el título de "Ferrocarril de Santa Fe a las Colonias", con el objeto de construir y explotar con locomotoras a vapor, un ferrocarril de una o dos vías, con rieles de acero y materiales de primera clase, que partiendo de la ciudad de Santa Fe, al este del puerto, según la traza que será aprobada previamente por

el gobierno, en la forma expresada por los planos e informes de los concesionarios, continúe por la parte oeste de la ciudad, para pasar el Río Salado en las inmediaciones del Paso de Santo Tomé, hasta un punto central del territorio colonizado y habrá dos ramales: uno hasta la colonia Cavour, pasando por Esperanza, y el otro hasta la plaza Sud de San Carlos.

Pasaron quince años desde aquella petición de 1868 a que hicimos referencia al comienzo de este capítulo, y no obstante haberse multiplicado los proyectos y leyes sobre la materia, San Carlos seguía sin tener ferrocarriles.

El 25 de setiembre de 1883 la legislatura autoriza al P. E. para contratar con la casa John G. Meigss Son y Cía., de Londres, la extensión de cien kilómetros más de la línea del ferrocarril a las colonias, en dirección al norte de la colonia Lehmann y un ramal de cincuenta kilómetros, que partiendo de la parte oeste del Río Salado, llegue a la colonia San Carlos, sobre las bases consignadas en la ley de 3 de noviembre de 1882.

Esta era la iniciativa destinada a realizarse.

El ferrocarril desde Santa Fe a San Carlos Sud comenzó a construirse en 1885.

El 31 de marzo de 1886, los señores Hume Hnos., apoderados de John G. Meiggs Son y Cía., que eran los contratistas, se dirigieron por nota al gobierno de la provincia y le manifestaron lo siguiente:

Estando concluída la colocación de los materiales de la vía principal y desvíos del F. C. desde el Empalme en Km. 16.^{av} hasta la Plaza Sud de la colonia San Carlos, propone que el Gobierno recibirá dichas obras el día 1º de abril de 1886, encargándose por su cuenta desde aquella fecha en adelante, de los gastos de conservación de las mismas.

El P. E. por resolución de fecha 14 de abril de 1886 se hizo cargo del ramal, habilitándolo definitivamente.

Posteriormente, la ley de 10 de setiembre de 1886 autorizó al P. E. para que contratara por cuenta de la provincia, la

construcción de 35 kilómetros de línea férrea, desde la estación de San Carlos Sud hasta la estación Gálvez.

También disponía la misma ley, que debía construirse un ramal que partiendo de San Carlos o de Gessler, terminara en Coronda.

A mediados de 1887, el 11 de junio, se libró al servicio público la línea desde San Carlos Sud a Gálvez. Con esto quedaba San Carlos en combinación con el ferrocarril Buenos Aires y Rosario.

Finalmente, el 7 de abril de 1888 fue entregado al servicio público el ramal de Gessler a Coronda, quedando así unida San Carlos con esta localidad.

Como se sabe, estos ferrocarriles pertenecían a la provincia y el 9 de agosto de 1888 el P. E. presentó a la legislatura la propuesta de arrendamiento, formulada por la Compañía Fives Lille. La ley de 19 de setiembre del mismo año autorizó a contratar la explotación por 55 años. Entre esas líneas estaba la de Santa Fe a San Carlos y Gálvez.

El contrato se celebró el 12 de octubre de 1888; pero por otro de fecha 28 de diciembre la Fives Lille le transfirió la concesión a la Compañía Francesa de los Ferrocarriles de Santa Fe, que se había constituido con sus auspicios dos días antes.

Más adelante, el 10 de abril de 1900, el gobierno acordó a la Compañía Francesa, la propiedad a perpetuidad de los 1311 kilómetros de líneas entonces en explotación.

La ley de 3 de mayo del mismo año aprobó dicha operación.

IV

CORREOS

Al referirnos a las mensajerías, que prestaban servicio entre la colonia San Carlos y otras localidades, hemos dicho que la distribución de la correspondencia que las mismas transportaban estaba a cargo de particulares. Esto ocurrió durante mucho tiempo. Pero, pronto sintióse la necesidad de dotar a la colonia de una oficina pública de correos. A este respecto, el primer antecedente que puede mencionarse, es el que sigue:

Departamento del Interior. — Buenos Aires, Noviembre 5 de 1869. — Siendo necesario para el mejor desempeño del servicio de correos en la colonia de San Carlos, Provincia de Santa Fe; el Presidente de la República acuerda establecer una estafeta en dicho punto, nombrando para desempeñar el empleo de Administrador de ella a D. Emilio Buchhardt, con el sueldo mensual de quince pesos fuertes. Comuníquese y dése al Registro Nacional.

Sarmiento. — Dalmacio Vélez Sarsfield.

En 1877, como lo veremos más adelante, se habilitó la primera línea telegráfica que tuvo San Carlos.

El 18 de julio de 1879 se autorizó a la Dirección General a separar la estafeta de "Correos" de la de "Telégrafos", debiendo quedar esta última con el presupuesto de gastos y sueldos que ya tenía asignados, estableciéndose que la persona a designarse para atender la de "Correos", tendría una retribución de quince pesos fuertes mensuales.

Un decreto del poder ejecutivo nacional, fecha 2 de ene-

ro de 1880, designó para administrar esta oficina a Margarita Perona.

Posteriormente, a principios de 1881, se vuelve a anexar la estafeta de "Correos" a la de "Telégrafos".

Uno de los jefes de Correos y Telégrafos que estuvo más tiempo en San Carlos Centro, casi desde la iniciación del funcionamiento de estas oficinas, hasta 1908, fue don Agustín Romero. Fue éste un funcionario ejemplar y capaz, muy estimado en la colonia por sus condiciones y cualidades.

Ya en la planilla de empleados formada por la Dirección General de Correos y Telégrafos de la Nación, figura en 1882 en San Carlos Centro como telegrafista de 3ª clase y administrador de correos, don Agustín Romero, con un sueldo de 50 pesos fuertes mensuales.

En junio de 1908 se acogió a los beneficios de una merecida jubilación y en su lugar se nombró al 2º jefe don Anselmo López. El señor Romero se retiró a la Capital Federal, donde falleció hace algunos años.

El 13 de diciembre de 1881 fue autorizada la Dirección General de Correos para crear en San Carlos Sud una estafeta. Para atenderla con carácter "ad honorem" fue designado el señor Santiago Roth.

En cuanto a la primera oficina que tuvo San Carlos Norte, su origen está en el decreto que el presidente don Julio A. Roca dió con fecha 1º de mayo de 1883, por el que atento a lo aconsejado por la Dirección General de Correos, se creó una estafeta, confiándose su atención "ad honorem" también, al señor Eugenio Auger.

V

LA PRIMERA LINEA TELEGRAFICA

El origen de la primera línea telegráfica que tuvo la colonia San Carlos y que la comunicaba con la ciudad de Santa Fe, lo encontramos en la petición formulada al gobernador de la provincia don Servando Bayo, el 16 de octubre de 1876, que firman los señores Tomás Lubary, doctor Juan Leone y Godofredo Kleinert, cuyo texto es el siguiente:

Los que suscriben por si y a nombre del vecindario de las colonias San Carlos y San Agustín, ante V. E. respetuosamente exponen: Que habiendo decidido levantar una suscripción en el vecindario de las referidas colonias para ponerlas en comunicación con la línea telegráfica de la Nación, bajo las mismas condiciones que ha sido construída la línea de la Capital a la colonia Esperanza, a V. E. suplicamos se digne cooperar con la cantidad que juzgue conveniente para la realización de esta importante obra y nombrar la Comisión que debe administrar los fondos destinados a ella, dando cuenta de su inversión. No dudando de la buena disposición de V. E. para cooperar a la realización de esta obra, generosamente prometida por el Exmo. señor Presidente de la República a la colonia San Carlos, esperamos la resolución de V. E. para recibir los fondos de la suscripción que el vecindario está dispuesto a oblar.

Sobre la base de la nota que antecede, el P.E. de la provincia dió el siguiente decreto:

Santa Fe, Octubre 18 de 1876. En mérito de la precedente solicitud, el poder ejecutivo Decreta: Art. 1º Nómbrase en comisión a los señores D. Tomás Lubary, Dr. J. Leone y G. Kleinert, para coleccionar la suscripción de los fondos necesarios a la construcción del telégrafo eléctrico que ligue la línea nacional con las colonias de San Carlos y San Agustín, bajo las mismas bases de construcción del telégrafo a Esperanza; y en conformidad a lo comunicado por el Exmo. Gobierno de la Nación al de esta Provincia y a los vecinos de la Colonia San Carlos para

la realización de la obra proyectada Art. 2º Suscríbese el Gobierno con la cantidad de cuatrocientos pesos bolivianos para la realización de la obra mencionada, debiendo imputarse esta suma al capítulo 11, ítem 1º del Presupuesto vigente. Art. 3. — Comuníquese esta resolución al Excmo. Gobierno de la Nación y demás a quienes corresponda, publíquese y dése al R. O. Bayo. — M. D. Pizarro.

Por otro decreto que expidió el P. E. de la provincia el 30 de octubre, de conformidad con una solicitud presentada por la comisión el 16, se amplía el número de miembros de la misma y se designa a los señores Antonio Gorbea y Santiago Stelzer.

Por su parte el gobierno nacional tenía en el asunto la debida intervención. Por decreto de fecha 19 de octubre de 1876 firmado por el vice presidente de la república en ejercicio de la presidencia, don Mariano Acosta y refrendado por el ministro del interior doctor Simón de Iriondo, se ordena que habiendo comunicado el gobierno de Santa Fe que se estaban reuniendo fondos en las colonias de San Carlos y San Agustín para contribuir en las mismas condiciones que la de Esperanza, a la prolongación de la línea telegráfica, se hagan los estudios correspondientes por medio del Departamento de Ingenieros.

Más adelante y como ya se encontraban disponibles en la colonia los elementos destinados a la construcción de dicha línea telegráfica, el gobierno nacional dicta esta nueva resolución:

Buenos Aires, Febrero 9 de 1877. Habiendo solicitado los vecinos de las colonias San Agustín y San Carlos que la línea telegráfica nacional sea prolongada hasta esas poblaciones, a condición de que ellas contribuirán con los postes y gastos de construcción y considerando: Que la Comisión nombrada por el Gobierno de Santa Fe ha comunicado tener comprados ya los postes y recolectados algunos fondos para las obras, faltando tan solo la cantidad de mil pesos fuertes, con lo cual pide que el Gobierno Nacional concorra a la construcción de esta línea telegráfica, ofreciendo, además, en compensación de esto, la casa para la oficina; y atento a la importancia de la obra proyectada y los sacrificios que se imponen los vecinos de las dos colonias antedichas para obtener

su realización, de acuerdo con lo dictaminado por la Dirección General de Telégrafos, el Presidente de la República, Decreta: Art. 1º Procédase a la construcción de la línea telegráfica de la Capital de Santa Fe a las colonias San Agustín y San Carlos, bajo la dirección y vigilancia del inspector general de telégrafos. Art. 2º Entréguese a la comisión la cantidad de mil pesos fuertes que solicita, debiendo ella costear todos los gastos de construcción, y el Gobierno solo el alambre y los aisladores, que serán suministrados de las existencias en depósito. Art. 3º Comuníquese, publíquese y dése al Registro Nacional. — Avellaneda. — Simón de Iriondo.

El poder ejecutivo nacional, con fecha 9 de febrero comunicó la resolución precedente al gobierno de Santa Fe.

Terminada la construcción, el presidente de la comisión que tuvo a su cargo la realización de la obra, don Tomás Lubary, envió desde San Carlos con fecha 3 de noviembre de 1877, al Presidente de la República doctor Nicolás Avellaneda, el siguiente telegrama oficial:

Pongo en mano de V. E. la línea telegráfica de San Carlos, por San Agustín a Santa Fe concluida, para que se sirva mandarla inaugurar si es posible mañana a las doce por ser día de San Carlos, patrono de la Colonia. El concurso generoso de la Nación y la Provincia, apoyado por los vecinos, hace hoy que la primera colonia de la República, pueda trasmitir su primera palabra de agradecimiento a su ilustre Presidente.

La inauguración de la línea telegráfica de San Carlos a la capital de la provincia, se realizó el 4 de noviembre de 1877. Y con este motivo le fue dirigido al doctor Simón de Iriondo, el siguiente despacho:

En este momento se inaugura la línea telegráfica de San Carlos a Santa Fe y como Ud. la decretó en su Ministerio, la colonia por mi intermedio agradece a Ud. este importante servicio. Tomás Lubary. — Pedro Soto.

El Dr. Simón de Iriondo, que había renunciado al ministerio del interior para aceptar la candidatura a gobernador, contestó a los firmantes del telegrama el 5 de noviembre.

He aquí los hermosos conceptos que vierte en su despacho el prestigioso ciudadano:

El recuerdo que los colonos de San Carlos me consagran en el momento en que se festeja la adquisición de un elemento más de progreso para la colonia obliga mi gratitud.

Reclamo este sentimiento —agrega el doctor Iriondo— para quien más que todos lo merece, para el desgraciado Beck su fundador.

Viniendo ahora veinte años de Córdoba, atravesando el desierto me sorprendió encontrar en él un grupo de hombres, entre los que el mejor parado era uno que se defendía contra una copiosa lluvia con un gran paraguas punzó. Era Beck, andaba explorando en busca del mejor terreno para sembrar su fortuna, eligió ese, enterró la semilla, la cosecha fue tardía y sin esperarla tuvo que retirarse a su país, donde vive pobremente, fomentando todavía con reuniones de nuevos inmigrantes al San Carlos que fue suyo.

La fortuna de don Carlos Beck había sido sana y buena semilla. Se perdió para él y sus hijos, pero ha hecho la de mil familias; seamos agradecidos y hagámosle tanta más honra cuanto más desgraciado es. Inicien una suscripción en la que ponen de mi cuenta lo que Uds. crean, mandémosle algunos recursos y colguemos su retrato en la Sala Municipal.

Los interesantes documentos que hemos transcripto, poco conocidos, los publicó el 16 de noviembre de 1877, el periódico *El Santafesino*, de la capital de la provincia, que dirigía don Manuel J. Yañez. Hemos tenido la ocasión de revisar parte de la colección del mismo, que obra en poder del distinguido historiador doctor Clementino Paredes, con auspiciosos resultados para nuestras investigaciones.

El 15 de noviembre del mismo año, el presidente de la república, doctor Nicolás Avellaneda, designó el personal correspondiente para la oficina de San Carlos. En carácter de telegrafista de tercera fue nombrado don Pedro Basso y mensajero don Bartolomé Martina.

En el mismo decreto se designó telegrafista de tercera para la oficina de San Agustín, al señor Agustín Romero, que fue luego por muchos años, jefe de Correos y Telégrafos en San Carlos Centro.

CAPITULO CUARTO

INSTITUCIONES POLITICAS Y ADMINISTRATIVAS

SUMARIO: Antecedentes sobre la municipalidad y las comisiones de fomento. — Jueces de paz, subdelegados políticos, comisarios de policia, receptores de renta.

I

ANTECEDENTES SOBRE LA MUNICIPALIDAD Y LAS COMISIONES DE FOMENTO.

De acuerdo con el contrato respectivo, las funciones municipales estaban a cargo de la administración de la colonia. Pero los pobladores de San Carlos aspiraban a la instalación de un gobierno comunal propio. Y quisieron implantarlo en 1862, según veremos por los datos que daremos a conocer.

Transcribiremos, en primer término, un manifiesto o proclama que una comisión nombrada para correr con las tareas preliminares tendientes a crear un cuerpo municipal, dirigió a los colonos de San Carlos. Dice así:

Una Comisión de nueve miembros se ha constituido en la colonia con el objeto de elaborar un proyecto de ley municipal. Este proyecto será presentado a vuestra sanción el domingo próximo.

Desde tiempo ya se hacía sentir la falta de crear en la colonia una autoridad protectora de los intereses de los colonos. Cuántas veces no se han oído quejas y reclamaciones contra ciertos abusos que existen. Bueno: Es preciso que toda reclamación fundada y racional pueda hacerse oír; es preciso que todas las cuestiones de interés general que están en juego puedan ser discutidas y hallar su aplicación. Para conseguir este objeto es necesario que los colonos se constituyan en una municipalidad en el interés de todos.

Muchas cosas faltan a la colonia. Falta un culto para cada religión. Falta la instrucción en cada idioma; los hijos de los colonos no pueden ser criados como salvajes.

Precisaremos un monte, pues no creemos que se haya querido establecer una colonia sin darle un monte en propiedad. Además los agentes que nos han contratado nos han dicho que había leña en abundancia. Entonces nos hará falta una ley de bosques para reglamentar su explotación.

Tendremos que reclamar contra el interés que el señor Beck cobra

a los colonos que no han podido pagar hasta fines de enero; es un interés bueno para comerciante, pero no para labradores que pagan con el producto de un suelo regado por sus sudores.

Nos falta una policía interior para salvar los intereses de todos. Nos falta una milicia nacional para defender la propiedad, fruto de nuestro trabajo. Nos falta una institución protectora de las viudas y de los huérfanos para que en su lecho de muerte el colono sea tranquilo sobre el porvenir que deja. ¿Quién nos dará todo ésto? La colonia misma organizada municipalmente. Venid, pues, padres de familia, hombres laboriosos y honrados; venid el domingo próximo a las dos de la tarde proclamaremos esta municipalidad, garantía de todos vuestros intereses, venid a proclamar con la paz del sol, venid a sancionar con vuestra presencia, vosotros todos que quereis que las frutas de la tierra, las frutas que Dios os da no sean despilfarradas; venid a proclamar el reino de la Justicia y de la humanidad para todos; venid a probar que sois hombres venidos de un país que sabe aliar la libertad con el orden, pues sin orden no hay progreso posible y somos hombres de progreso; venid a fin que podamos poner en la bandera municipal esta divisa: Todos por uno y uno por todos, y que Dios bendiga al país que nos ha recibido en el nombre de sus hijos. Viva la República Argentina. San Carlos. Febrero 6 de 1862. La Comisión.

El proyecto que la comisión a que hemos hecho referencia elaboró con el propósito de que sirviera de base para la instalación de la autoridad comunal en San Carlos, establecía para la municipalidad las siguientes "Atribuciones":

1º — El Consejo Municipal no es un cuerpo político, sus funciones son puramente locales, él tiene por misión de velar sobre los intereses de la colonia. Es el intérprete de los colonos cerca del Gobierno de Santa Fe y de la compañía Beck, Herzog y Cía. en las cuestiones de interés general.

2º — El Consejo municipal tiene por misión de velar al mantenimiento del orden y del decoro en la colonia; tiene la vigilancia moral sobre los lugares y tráficos públicos (pulperías, etc.).

3º — La Municipalidad dispone de las fuerzas públicas de la colonia y presta su apoyo a la justicia cuando ella lo reclama.

4º — La municipalidad tiene la vigilancia sobre las escuelas y alienta su frecuentación.

5º — Ella protege las viudas y los huérfanos, les nombra asistentes y verifica las cuentas de los tutores.

6º — Ella vela sobre el estado sanitario de la colonia, vigila sobre la carnicería.

7º — Ella tiene un registro donde se inscriben por orden alfabético los nombres de los electores.

8º — Las resoluciones de la municipalidad serán tomadas por la mayoría de los miembros presentes; cuando hay empate el voto del presidente decide; no se puede deliberar sino cuando habrá por lo menos cuatro miembros presentes.

9º — El presidente queda encargado de la ejecución de las resoluciones; sin embargo puede nombrar algunos miembros para que lo ayuden.

10º — El presidente reúne el Consejo cuando tiene bastantes materias que tratar. El puede reunir a toda la población en casos excepcionales y dando conocimiento del motivo de la convocatoria. Se levanta un acta de cada sección.

11º — Las ausencias se mencionan en el acta y son pasibles de una multa de cuatro reales cuando no puedan ser justificadas. El destino de esta renta será determinada por un reglamento.

12º — La municipalidad se compone de siete miembros, incluyendo el Presidente y el Vice Presidente; ella está nombrada para dos años. Quince días antes del vencimiento de su mandato, convoca a los electores para elegir una nueva autoridad municipal. El Presidente preside a la reunión y elige dos escrutadores entre los electores. Terminada la elección el nuevo consejo municipal se proclama en la misma sección; sin embargo entra a funcionar solamente quince días después, para tener lugar de ser instruidos de los negocios pendientes por el consejo que termina.

13º — Las funciones de municipal son gratuitas; solamente al Secretario y a los porteros se le señala una indemnidad. Como las leyes del país no permiten levantar impuestos a la municipalidad, apela a la generosidad de la población.

14º — Cuando una tercera parte de los colonos pidiera la convocatoria de toda la población en asamblea general, el Presidente estará obligado a verificarla.

Finalmente, la comisión propuso una “Ley Electoral”, para que se aplicara en las elecciones de los miembros de la municipalidad local. Esta “Ley” en sus seis artículos determina las normas que resumidamente se expresan a continuación.

Cada colono y cada propietario de una finca edificada en la colonia y de edad de veinte años, es capaz de votar.

Cada colono y propietario de una finca situada en la colonia y de edad de veinte años, con un mínimo de seis meses

de residencia en la misma, podía ser electo miembro del Concejo Municipal.

Cada elector tenía derecho de proponer candidatos. La votación era secreta y en boletas separadas para cada cargo. Decidía la simple mayoría.

El presidente de la "reunión electoral" elegía dos escrutadores entre los electores presentes.

Una vez propuesto el candidato para el cargo tal o cual, los lectores debían pronunciarse por "sí" o "no". Los que no sabían escribir debían colocar una cruz cuando votaban por la afirmativa o un cero cuando votaban por la negativa.

Se empezaba por elegir el presidente, luego el vicepresidente y enseguida los demás miembros hasta terminar la lista. La nueva municipalidad era proclamada en la misma reunión en que resultaba electa.

Respecto del acontecimiento a que se relacionan los antecedentes que terminamos de exponer, nos informa primeramente una comunicación que, en fecha 10 de febrero de 1862, envió el entonces juez de paz de la colonia San Carlos, señor Juan Bautista Goetschy, al Exmo. señor Gobernador de la Provincia, don Domingo Crespo, en la que le manifiesta que se veía en la obligación de poner en conocimiento del P. E., los pormenores de un suceso que podría tener consecuencias funestas para el orden legalmente establecido, si el gobierno no adoptaba prontas y enérgicas medidas para prevenirlas.

Agrega el señor Goetschy que, el 4 de febrero, se había formado en San Carlos una comisión compuesta de nueve miembros, para proceder a la instalación de una autoridad municipal en la colonia.

Hace constar el juez que entonces ignoraba cuáles eran las facultades que querían dar los electores a la autoridad que proyectaban crear, pero que luego se informó del contenido de la invitación que con fecha 6 de febrero dicha comisión dirigió a los colonos, la que ya hemos dado a conocer y cuya redacción deficiente debe atribuirse al hecho de haberla escrito personas que no dominaban nuestro idioma.

La reunión debía realizarse el 9 de febrero, que era domingo, a las dos de la tarde, en el local de la escuela y tendría no sólo por objeto elegir una autoridad municipal, sino también discutir y adoptar un reglamento municipal.

Como se había planeado, se realizó la misma en la fecha, hora y local indicados, concurriendo alrededor de cincuenta personas.

Continúa diciendo el señor Goetschy en su nota, que en su calidad de juez de la colonia se hizo presente en el sitio de la reunión, y en nombre el gobierno de la provincia protestó contra el acto ilegal que se estaba consumando. Idéntica protesta hizo personalmente el señor Enrique Vollenweider, en nombre de la administración de la colonia.

Después de haber así cumplido con nuestro deber —termina diciendo el señor Goetschy— dejamos el local esperando que los colonos desistirían de sus propósitos y se retirarían. Pero fuimos burlados en esta esperanza, porque después de muchas salidas y en desafío de nuestras protestas, la reunión procedió al nombramiento de un Consejo Municipal y a la adopción de un Reglamento.

El Concejo Municipal elegido lo integraban las siguientes personas: presidente: don Santiago Stelzer; vice presidente: don Bernardo Schwob; secretario: Germán Scheutzer. Municipales: Santiago Reutemann, Emanuel Biedermann, Esteban Guex, Domingo Bernardi, José Place y Gabriel Fendrich. Este último era carnicero. Todos los demás eran colonos.

Por su parte, los señores Beck, Herzog y Cía., también hicieron llegar al gobierno provincial, con fecha 10 de febrero, una nota protesta, en la que formulaban las siguientes consideraciones:

No será necesario llamar la atención de V. E. sobre la flagrante violación de las leyes vigentes y del orden establecido, de que se han hecho culpables los colonos nombrando espontáneamente sin autorización del Exmo. Gobierno y sin arreglo de las leyes del país una autoridad de puro capricho; extraviándose hasta formular por sí solos un reglamento municipal y una ley de elecciones, lo que sería del Departamento exclusivo de la Hon. Asamblea Legislativa de la Provincia. Es-

tos hechos son tan exorbitantes que basta nombrarlos para que el Exmo. Gobierno comprenda la necesidad de castigar a los infractores y de cortar en su principio el mal que resultaría de una semejante anarquía.

Cuando la administración de la colonia habrá cumplido su mandato, seremos los primeros en pedir al Exmo. Gobierno de la Provincia que se sirva dotar a la colonia San Carlos de instituciones municipales como lo ha hecho recién con la colonia Esperanza. Pero no ha llegado aún el momento de tomar semejante medida. Los colonos tienen todavía que cumplir con los compromisos de sus contratos para llegar a ser dueños de sus concesiones. Por ahora no lo son y por consecuencia la colonia no puede todavía ser constituida en un municipio. Al contrario, hasta el cumplimiento de los contratos no puede ser considerada de otro modo que una propiedad extensiva de un solo dueño, trabajada por numerosos operarios bajo ciertas condiciones. Por esta razón la institución de una municipalidad mientras que duran los contratos de los colonos será una infracción de los derechos de la empresa a la que tenemos que oponernos con toda fuerza.

Más adelante, agrega la nota:

Todos los deseos expresados por los colonos, exceptuando lo exagerado, ya están cumplidos en el estado de cosas actual, sea por las leyes vigentes y las autoridades establecidas o sea por el cuidado de la administración. La única queja que tiene alguna parte de fundamento es la interrupción del culto católico; pero la culpa no es nuestra. Hemos tenido mucho tiempo al cura Weber, que ha sido obligado de dejar la colonia a consecuencia de las intrigas de los mismos colonos. Aunque los colonos nos hayan negado la ayuda de su trabajo que teníamos derecho de exigir, hemos edificado para ellos una capilla decente que nos ha costado más de dos mil pesos y para resumir la celebración regular del culto no falta otra cosa que la inauguración de esta capilla, que hemos solicitado ya repetidas veces, últimamente a V. E. mismo, sin que se haya verificado hasta ahora. Estamos ya convenidos con el cura del Sauce para que se haga cargo de las funciones interinamente hasta que las diligencias que se están haciendo desde tiempo en Europa para hallar un eclesiástico especial para la colonia conduzcan al fin al resultado deseado.

Por otra parte, si los colonos creen tener alguna reclamación contra nosotros, están abiertos los tribunales regulares y no tenemos sus demandas, porque no solamente hemos cumplido escrupulosamente con nuestros compromisos hacia ellos, sino que hemos hecho en su favor y para el bien general de la colonia, muchísimas cosas que no estábamos obligados de hacer y que dependían solamente de nuestra buena voluntad

Por esta razón el acto que se ha perpetrado y cuyo objeto verdadero es echar abajo al juez de paz y a la administración para deshacer así del cumplimiento de sus compromisos es no solamente un acto de sedición contra las autoridades establecidas, sino también una reprensible ingratitud hacia la administración que no ha dejado sacrificio alguno para sostener estos mismos colonos cuando eran en la situación de morir de hambre sin nuestro socorro, y que ahora que apenas han tenido una cosecha buena no ven cosas más apuradas que levantarse contra nosotros.

Los señores Beck, Herzog y Cía. terminan su nota pidiendo al gobierno que intime a los miembros de la autoridad municipal improvisada la reprobación de tal actitud, advirtiéndoles de que si se atrevieran a hacer cualquier acto de autoridad serían castigados como corresponde.

El gobernador señor Crespo, en fecha 12 de febrero pasó la denuncia del juez de paz de San Carlos al jefe de policía de la Capital, para que procediera a la aprehensión de los que resulten promotores o cómplices

del motín que ha desconocido la autoridad de la Provincia con tan temerario procedimiento, levantando el correspondiente sumario.

Como consecuencia de la resolución precedente, fueron puestos presos en el departamento de policía de Santa Fe los miembros de la comisión que ya hemos mencionado con anterioridad.

El jefe de policía, don Leopoldo Nelson, nombró al escribano don Juan P. Jobson para que actuara en el sumario respectivo. El mismo día 12 de febrero, el jefe de policía elevó al señor Ministro General de Gobierno, doctor Joaquín Granel, el expediente con el sumario. Dice el señor Nelson en su nota:

Por las declaraciones de estos individuos, como S. S. verá resulta que no se puede clasificar como un motín y desconocimiento de la autoridad del Gobierno, sino como un acto de ignorancia el haber proyectado una autoridad Municipal en la colonia San Carlos con calidad de presentarlo a la aprobación del Exmo. Gobierno.

Lo más gracioso del caso es que todos los presos coinciden en declarar que quien les había aconsejado dar ese paso, era el hijo del juez de paz de la colonia, llamado Federico Goetschy. Este era el destinado a presidir la comisión; pero habiendo tenido que partir para Europa hacía una semana, había indicado para el cargo al señor Stelzer.

Agregaron los declarantes en el sumario que, ante las protestas del juez y del administrador de la colonia, se negaron a anular las elecciones hechas, puesto que ellas eran en calidad de provisorias y sujetas a la aprobación del gobierno provincial en el caso que éste estuviera de acuerdo que se instalase la municipalidad que ya había sido elegida. Los colonos invertían el procedimiento. En lugar de gestionar primeramente del gobierno la creación de la municipalidad, ellos la instalaban por su cuenta y luego le presentaban un hecho consumado.

Todos los declarantes estaban de acuerdo en establecer que los concurrentes oscilaban entre cuarenta y cinco y cincuenta, pero también sostenían que todos los pobladores estaban de acuerdo con la necesidad de crear una autoridad municipal.

Además, todos manifestaron que nunca creyeron que se tratara de un motín contra el gobierno, ignorando por otra parte las leyes del país, y que todo se había hecho en la mejor buena fe y con la intención de someter lo actuado a la aprobación del P. E. provincial.

Este incidente terminó sin mayores consecuencias, con la siguiente resolución:

Santa Fe, Febrero 14 de 1862. Visto este sumario y lo expuesto por el Gefe de Policía, y resultando de las declaraciones que solo una cruda ignorancia de las instituciones que nos rigen y de lo que ha importado el paso dado por los colonos ha sido la causa impulsiva de sus procedimientos y que de ninguna manera han tenido el ánimo rebelde de desconocer las autoridades de la Provincia; a pesar de lo hecho y atendiendo, por otra parte, a que esta ignorancia se justifica por las dificultades que les presenta un idioma extraño que la mayor parte no poseen, vuelva al Gefe de Policía para que apercibiendo muy seriamente a los presos por el hecho que ha dado motivo este sumario, y repitién-

doles la obligación en que están de acatar la autoridad del Juez de Paz de la Colonia como el único representante legal del Gobierno y la necesidad de conservar el orden y la moral como la base de todo progreso social, los ponga en libertad sobreseyendo en la causa. CRESPO — Joaquín Granel.

En el mismo día, mes y año se dió cumplimiento al Sup. Decreto que antecede. Leopoldo Nelson.

Por una carta del juez de paz don Santiago Stelzer, dirigida al gobernador delegado el 8 de noviembre de 1864, nos enteramos que existía en San Carlos en aquella época una comisión comunal. El juez en esa nota proponía para constituir la a los señores José Place, Domingo Bernardi, José Donnet, Santiago Reutemann, Juan Sigel y Bernardo Schwob.

El gobernador aceptó la lista propuesta por resolución de 29 del mismo mes y año.

Para que la colonia San Carlos pudiera contar con autoridad municipal electiva, debían pasar aún algunos años.

En efecto, recién para el 27 de octubre de 1867 se convocó por el gobierno de don Nicasio Oroño, por primera vez, a los vecinos de San Carlos, para que procedieran a elegir cuatro miembros en propiedad (titulares) y dos suplentes, destinados a constituir el cuerpo municipal de la colonia.

Esta convocatoria se hizo considerando que el desarrollo de la misma requería el establecimiento de la institución municipal.

Realizadas las elecciones resultaron consagrados para titulares los señores Enrique Vollenweider, Tomás Lubary, Isidoro Favre y Guillermo Bauer, y para suplentes los señores Chiaffredo Rua y Samuel Nicolier. Estas elecciones fueron aprobadas por el P. E. de la provincia con fecha 5 de noviembre de 1867.

El 30 de junio de 1869, accediendo el gobierno a un pedido del Concejo Municipal de San Carlos, resolvió ampliar a siete el número de titulares del mencionado Concejo. A tal efecto hizo la respectiva convocatoria para que el día 11 de julio de ese año se eligieran los tres miembros restantes. Re-

sultaron designados en tal carácter los señores Miguel Taverna, Domingo Bernardi y Chiaffredo Barra.

En 1868, se produce la primera división oficial de la colonia San Carlos, en dos secciones. Ella fue consecuencia del siguiente pedido:

San Carlos, Julio 5 de 1868. Al Sr. Ministro General de Gobierno Dr. Don Simón de Iriondo. Siendo casi imposible la acción de este Juzgado, por la mucha extensión de esta colonia de Norte a Sur, sería muy conveniente para el mejor servicio, que ella fuese dividida en dos secciones, por una línea que la cruzase de Este a Oeste, la que pasando por lo del finado don Carlos Reale, la vendría a dejar proximately en dos partes iguales; pudiendo tomar cada sección su respectivo nombre, es decir: Sección Norte y Sección Sur; y siendo consiguientemente necesario que cada sección estuviese a cargo de un Teniente Juez me permito proponer al Superior Gobierno, para la Sección Norte a don Domingo Bernardi, y para la Sección Sur a don Eduardo Hosch. Dios que.

a V. ms. as. T. Lubary.

El P. E. accedió al pedido precedente, y fechado en Rosario el 13 de julio de 1868 apareció un decreto dividiendo la colonia en la forma propuesta, decreto que firman el gobernador don Mariano Cabal y su Ministro General de Gobierno doctor Simón de Iriondo.

Desde 1868 hasta que fue suprimido el Concejo Municipal de San Carlos, actuaron en el mismo las siguientes personas: Santiago Reutemann, Enrique Lefébre, Federico Goetschy, Santiago Stelzer, Francisco Cornier, Francisco Fabre, Enrique Reutlinger, Dr. Juan Leone, Vicente Rey, Antonio Boero, Guillermo Bauer, Godofredo Kleinert, Juan Meier, Antonio Cretton, Juan Pilais, Juan Bautista Falco, Enrique Giacominno, Augusto Gilliard, Federico Sigel, José Place, Francisco Figueroa, Ricardo Mary y Domingo Toralli.

Vinculado con la municipalidad de San Carlos se dio un decreto por el P. E. de la provincia, fechado el 23 de setiembre de 1878, cuyos fundamentos eran:

1º — Que la Municipalidad de la Colonia San Carlos está acéfala desde el 1º de Enero del cte. año, en que terminó el mandato de los

miembros que componen esta Corporación, sin que haya podido hacerse nueva elección, por la oposición de sus vecinos que han representado al Gobierno en diversas ocasiones contra los abusos de la Corporación Municipal.

2º — Que el Juzgado de Paz se encuentra en las mismas condiciones, por haber terminado su período el elegido por el municipio en la misma fecha.

3º — Que es necesario proveer a la colonia de las autoridades indispensables para el mantenimiento del orden y del régimen municipal.

4º — Que la razón principal aducida por los colonos al oponerse a la práctica de nuevas elecciones, es la de los exagerados impuestos que se hacen pasar sobre el vecindario y el del destino de estos recursos al mantenimiento de un excesivo número de empleados, en vez de obras públicas y otras de beneficio común.

5º — Que el servicio municipal puede hacerse con gran economía por los empleados de la autoridad política del lugar, sin gravar con estos gastos a los habitantes del municipio.

Por todos esos considerandos el poder ejecutivo decretó que, hasta tanto se pudiera reorganizar la municipalidad de San Carlos, ejercería sus funciones una comisión compuesta por el Sub-Delegado Político de la colonia en calidad de presidente, y los señores Miguel Taverna, Isidoro Favre y Federico Sigel, debiendo hacerse el servicio municipal con los empleados de la subdelegación.

Agregaba el decreto que la comisión solo recaudaría el 50 % de los impuestos, según las ordenanzas vigentes, por cuanto el otro 50 % se empleaba antes en gastos de la administración municipal. La comisión debía, además, proponer al gobierno el destino que debía darse a esa renta, no pudiendo emplearse en otros fines que no sean los de beneficio común del municipio. Finalmente, la comisión debía manifestar al gobierno cuando lo creyera posible proceder a nuevas elecciones, para reorganizar la municipalidad por el voto popular, sometiendo a su aprobación los reglamentos y ordenanzas que creyera conveniente adoptar en su administración provisoria.

A principios de 1886 se estableció en San Carlos su primera Comisión de Fomento. Veamos los antecedentes.

Durante el gobierno de Zavalla, la Legislatura sancionó

una ley, el 22 de diciembre de 1885, por la cual se autorizaba al Poder Ejecutivo a nombrar "Comisiones de Fomento" compuestas de tres vecinos, donde no existieran municipalidades. Dichas comisiones eran dependientes del P. E. y tenían las facultades que determinaba la ley de 8 de octubre de 1883, pudiendo, además, dictar las medidas que creyeran conducentes al mejoramiento de los pueblos respectivos y que se vincularan con la higiene y el ornato públicos.

Podían, también, crear impuestos moderados dentro del radio de su jurisdicción, previa consulta y aprobación del P. E.

Estas comisiones de fomento estaban bajo la vigilancia de la "Inspección de Colonias".

La primera "Comisión de Fomento" que se nombró para San Carlos y que debía hacerse cargo de las existencias del "Concejo Municipal", la integraban los señores Juan Bautista Falco, Antonio Boero y Eugenio Auger y fue designada por decreto de 13 de mayo de 1886.

El 14 de febrero de 1887 nombróse una nueva Comisión de Fomento compuesta por los señores José Bertelli, Juan Rossi, el 18 de agosto del mismo año se designó a Félix Francia.

El 3 de julio de 1889 se amplió la jurisdicción de la Comisión de Fomento de San Carlos al oeste, agregándole el campo Lubary y la colonia Higueritas, hasta dar con la cañada Las Saladas.

Desde 1890 hasta 1894 fueron miembros de la Comisión de Fomento los señores Miguel Serra, Domingo Turelli, José Vitalli, Juan Rezzola, Romualdo Passaponti, Juan Garolini, Juan B. Boero, José Bessone, Carlos Wichmann, Bartolomé Martina y Mateo Vignolo.

El 5 de julio de 1894, atento a lo aconsejado por el juez de paz de San Carlos, en el sentido de que convendría que en la Comisión de Fomento estuviesen representados los tres centros de población que componían la colonia, el Poder Ejecutivo resolvió designar para componer la comisión a los señores Clemente Fabre, Otto J. Dahl y Santiago Sidler, vecinos del Norte, Centro y Sur, respectivamente.

Pero al poco tiempo, el 9 de noviembre de 1894, a solicitud del vecindario de San Carlos Norte, el P. E. creó la Comisión de Fomento de dicho pueblo, designando para ocuparla a los señores Eugenio Auger, Clemente Fabre y Pedro Zucali. Al mismo tiempo se comisionó al Sub Delegado Político para que deslindara la jurisdicción de la citada comisión, dentro de los límites siguientes: Al norte, este y oeste, los de la colonia; al sur, la línea intermedia entre las plazas del Norte y Centro.

En cuanto a la "Comisión de Fomento" de San Carlos Sud, ella fue creada por el siguiente decreto:

Santa Fe, junio 27 de 1898. Encontrándose la Colonia San Carlos Sud dentro de las condiciones exigidas por la ley del 5 de febrero 1895, para obtener autoridad comunal, el Gobernador de la Provincia, decreta: Art. 1. — Créase una Comisión de Fomento en la Colonia San Carlos Sud, con la jurisdicción dentro de los límites de la misma colonia, y nómbrese miembros para componer la referida Comisión a los señores Juan D. Meier, Juan Lehmann y Fernando Faure. Art. 2º — Comuníquese, publíquese y dese al R. O. Iturraspe. José Galiano.

En 1908, la Comisión de Fomento de San Carlos Sud la presidía el señor Roberto Spuler, integrándola don Desiderio Debruyne, como tesorero; don Eduardo Gschwind, como vocal, actuando como secretario don Federico Jonas.

En el mismo año la Comisión de Fomento de San Carlos Centro, la constituían los señores Pompeyo Moro, Enrique Peretti y Gabriel Faure.

II

JUECES DE PAZ, SUBDELEGADOS POLITICOS, COMISARIOS DE POLICIA, RECEPTORES DE RENTAS.

En el capítulo en que analizamos el contrato que firmaban los colonos con la Sociedad Beck, Herzog y Cía., hemos aludido a la designación del primer juez de paz que tuvo San Carlos. Hemos visto, también, algunas disposiciones aplicables en la colonia, según lo determinaba el reglamento anexo a los contratos respectivos.

El origen de la designación del primer juez de paz, está en la nota que transcribimos a continuación:

Santa Fe a 10 de junio de 1859. Exmo. Señor Coronel don Rosendo M. Fraga, Gobernador delegado de la Provincia. Exmo. Señor: Hallándose ya en la colonia San Carlos una población de cerca de cien personas y debiendo de hoy en adelante esta población ir siempre creciendo por los grupos de colonos que continuarán de llegar de tiempo en tiempo, somos de parecer que para caminar con buen arreglo y evitar muchos inconvenientes, esta sociedad naciente precisaría de una autoridad judicial debidamente autorizada por el Superior Gobierno, además de la conducta administrativa que ejercemos como directores de la empresa. Si acaso. V. E. tuviese una opinión semejante y juzgara propio dotar desde luego a la colonia de una institución cuya falta no puede dejar de hacerse sentir muy pronto en cualquier sociedad por pequeña que sea, le rogaríamos que fuese V. E. servida nombrar un Juez colonial interino agregándole las convenientes atribuciones de Policía; y si V. E. se dignara permitirnos el proponer una persona idónea para llenar estas funciones le indicáramos a don Juan Bautista León, Conde de Tessières Boisbertrand vecino de la colonia San Carlos, como reuniendo, a nuestro juicio, el carácter y las prendas deseables. Animados del anhelo de fundar en nuestra colonia un establecimiento capaz de dar verdadera satisfacción al Superior Gobierno y al país, no solamente bajo el punto

de vista de la prosperidad material sino también como organización social y moral, esperamos de este modo mostrarnos agradecidos para la benevolencia que el Superior Gobierno de V. E. se ha siempre dignado manifestar hacia la inmigración extranjera como hacia nuestras empresas y nos felicitamos muchísimo de ver a la colonia San Carlos principiar bajo el amparo de una administración tan ilustrada como la de V. E., que con altas luces y verdadero patriotismo sabe procurar acertadamente el agradecimiento de la Provincia y del progreso efectivo de sus subditos. Saludamos a V. E. con el mayor respeto y acatamiento, Exmo. Señor. Sus humildes servidores Q. S. M. B. Beck y Herzog.

Accediendo a lo solicitado en la nota precedente, cuyo original se encuentra en el Archivo Histórico de Santa Fe, el Poder Ejecutivo por decreto fecha 11 de junio de 1859, deseando fomentar en lo

posible y cooperar del modo más eficaz al desarrollo, progreso y moralidad de la expresada Colonia y mientras se establecen las autoridades constituidas que deben regirla,

nombra juez de paz de San Carlos al propuesto don Juan Bautista León, conde de Tessières Boisbertrand, con las mismas atribuciones judiciales y policiales que tenían los jueces principales de los departamentos subalternos de la provincia.

El conde de Tessières Boisbertrand había comprado a los señores Beck y Herzog el 11 de enero de 1859, una porción de tierras cerca de la colonia San Carlos, que luego, con fecha 2 de noviembre de 1866, por acto efectuado ante el juez de paz don Andrés Arzeno, la vendió a los señores Francisco Augusto Houriet y Aimé Huguenet.

Por los datos que contiene una "Liquidación de Dote" fechada el 27 de marzo de 1858, cuyo original se encuentra en poder del distinguido historiador y jurisconsulto Dr. Salvador Dana Montaña, quien ha tenido la gentileza de permitírnos su copia, sabemos que el conde Tessières Boisbertrand era hijo del conde Esteban de Tessières Boisbertrand, ex-consejero de Estado, Oficial de la Orden de la Legión de Honor, Comendador de la Orden de San Mauricio y de San Lázaro de

Cerdeña, y de doña Juana Elizabeth Martine de Vaindeys. El documento a que nos referimos se extendió ante el notario Luis Mauricio Tacussel, en Caderousse, cantón oeste de Orange, departamento de Vaucluse, Francia.

En una nota que el conde de Tessières Boisbertrand dirigió al oficial 1º del Ministerio General de Gobierno de Santa Fe, señor Juan Carreras, fechada en San Carlos el 5 de agosto de 1859, le comunica que necesitando la colaboración de un empleado o agente para la mejor atención de sus funciones judiciales y dada la urgencia de los negocios a resolver y la falta de medios de comunicación rápidos y seguros para ponerse en contacto con el Superior Gobierno con la premura del caso, había resuelto instituir con el carácter de oficial de justicia a don Federico Madoery. Esto, sin perjuicio de dejar a salvo las facultades del P. E. para confirmar o rechazar esa designación.

Dado que el señor Madoery debía percibir alguna remuneración por sus servicios, el juez resolvió que en los pleitos, la parte perdedora tenía que abonar al mismo el precio de sus actos y operaciones, de acuerdo con una tarifa que se fijaría para tal fin.

En lo que se refiere a las demás actividades judiciales, policiales y administrativas, el señor Madoery no percibiría emolumento alguno.

El conde de Tessières Boisbertrand solicita la aprobación de ese nombramiento o caso contrario las instrucciones correspondientes.

Posteriormente, por una carta fechada el 19 de agosto de ese año que el conde dirigió al Jefe del Departamento Central de Policía de Santa Fe, vemos que el señor Federico Madoery fue designado oficial de justicia en San Carlos, con el título de "Comisario de la Colonia".

Por otra comunicación que el juez de paz envía al gobierno en la misma fecha 5 de agosto de 1859, pide se le aclare el alcance de sus atribuciones y facultades en diversos puntos.

En esta nota el conde declara haber adquirido en la ciencia del derecho nociones que pueden serle de utilidad en esta emergencia; pero necesita saber concretamente los principios a que debe someter sus resoluciones en diversos casos que expone. En ese sentido pide se le fijen los límites de su poder, jurisdicción y deberes en materia administrativa, policial, civil, correccional y criminal. Señala especialmente lo que se relaciona con las sucesiones, los testamentos, los contratos y desea saber hasta qué suma de dinero puede juzgar sin apelación en asuntos civiles, así como hasta qué cantidad de días de prisión o cantidad de dinero por concepto de multas puede aplicar en materia correccional, con o sin apelación. Finalmente quiere saber el destino que debe dar al dinero percibido por multas, dónde debe conducir a los presos y con qué fondos pagar su transporte.

Pero la actuación del conde de Tessières Boisbertrand como juez de la colonia San Carlos, había de ser muy breve. Pronto surgieron en la población disidencias que se atribuían al citado juez y las cosas llegaron a tal extremo que presentó su renuncia al gobierno.

Efectivamente, en carta de fecha 6 de mayo de 1860 que el señor Carlos Beck dirigió al Gobernador Delegado don Rosendo M. Fraga, le pide que acepte la renuncia que había presentado el conde de Tessières Boisbertrand y propone como candidato para el cargo de juez de paz de San Carlos en su reemplazo, al señor Juan Bautista Goetschy, diciendo que se trataba de una persona que tenía cerca de 60 años de edad, que era católico romano, de espíritu benévolo y conciliador, modesto y honrado y especialmente muy querido y respetado por todos los colonos. Agrega que era también un hombre de mucha experiencia y de bastantes luces.

Con la designación del citado señor Goetschy para el cargo de juez de paz, producida el 8 de mayo de 1860 termina la actuación del conde en San Carlos.

Obtuvo más adelante, en 1867, una concesión de tierras del gobierno de Santa Fe en la zona de Cayastá, donde fun-

dó una colonia agrícola. Allí, según dice Guillermo Wilcken en su informe de 1872 sobre *Las Colonias*, el conde de Tesières Boisbertrand tenía su morada entre pintorescas plantaciones, llevando una vida de ermitaño.

El primer juez de paz que tuvo la colonia San Carlos, falleció en Cayastá en 1877 y poco después, en 1882, fue asesinado el único hijo que el conde tenía, llamado Edmundo, en la misma localidad, junto con varias personas más.

En la época en que el señor Juan Bautista Goetschy era juez, la Asamblea Legislativa sancionó el 16 de enero de 1861, el “Reglamento de Justicia”. En el capítulo V, artículos 34 al 43 inclusive, especifica la función de los jueces de paz de diversos pueblos, entre ellos de la colonia San Carlos. He aquí esas disposiciones:

Art. 34. — Conocerán estos Jueces de Paz en segunda instancia, en el mismo orden y formas y de la misma cantidad y causas que quedan determinadas para los jueces de Paz de la Capital y ciudad del Rosario, rigiendo en todo las mismas prescripciones. Art. 35. — También conocerán en primera instancia de todas las causas civiles de sus respectivas Secciones, cuyo valor pase de 30 pesos hasta la cantidad de 150, siendo apelables sus sentencias para ante los mismos jueces en el término de tres días, y continuarse el recurso en el de ocho ante el Superior. Art. 36. — El orden de sus procedimientos se arreglará en todo en las causas civiles, a lo dispuesto en el capítulo 4º. Art. 37. — En las causas criminales conocerán igualmente en primera instancia, sujetándose a lo dispuesto en los artículos 28, 29 y 30.

Según el art. 28, los jueces de paz entendían en primera instancia y en sus respectivas secciones, de toda demanda criminal sobre injurias o faltas leves de palabra o de hecho, considerándose como tales las que no ofendan notablemente la honra, el decoro o la salud del injuriado, y que no merezcan otra pena que alguna reprensión o arresto ligero, procediendo en estos casos en la misma forma que en lo establecido para las causas civiles.

Por el art. 29, se determinaba que los jueces de paz de-

bían llevar un libro en el que se asentarían sus sentencias en materia criminal o arreglos entre las partes.

De acuerdo con el art. 30, las sentencias en materia criminal eran apelables para ante el juez de primera instancia en lo criminal de su respectivo departamento, en los mismos términos y bajo las mismas prescripciones establecidas para las causas civiles.

Los demás artículos del reglamento de justicia a que debía atenderse el juez de paz de San Carlos, eran:

Art. 38. — Deberán perseguir y remitir presos a disposición de las autoridades competentes de la Capital o ciudad del Rosario, a todos los vagos, ladrones o salteadores que crucen o se abriguen en sus secciones, por aviso de los vecinos o de oficio. Art. 39. — Será de obligación de dichos Jueces de Paz, cuando tuviesen conocimiento de haberse cometido algún crimen en su Sección que no sean de los que puedan conocer y se determinan en el art. 37, levantar una sumaria información del hecho, acompañados de dos vecinos que nombrarán y remitirla al Juez de Primera Instancia en lo Criminal respectivo, junto con el procesado si pudiese ser habido; y en caso que este hubiese fugado, pasarán inmediatamente aviso a todas las autoridades de la provincia para su aprehensión, con la correspondiente filiación del prófugo.

El art. 40 establece que el P. E. determinará la jurisdicción territorial de los jueces de paz, los que gozarán de un sueldo fijado por la ley (art. 41). El art. 42 fija el procedimiento para los casos de impedimento o recusación del juez de paz.

Daremos a continuación una lista de algunos jueces de paz que ha tenido la colonia San Carlos, aparte de los señores Tessières Boisbertrand y Juan Bautista Goetschy, indicando las fechas de sus respectivas designaciones:

1863. — 14 de diciembre. Enrique Diemer.

1864. — 26 de agosto. Por renuncia del anterior se nombra a don Santiago Stelzer.

Por una ley de 5 de setiembre de 1865, se fijaron los sueldos de los jueces de paz y al de San Carlos se le asignaban 25 pesos mensuales.

1866. — 4 de abril. Se designa juez de paz a don Andrés Arzeno.

1868. — 13 de abril. Ocupa el cargo don Tomás Lubary y a propuesta de éste, el 12 de mayo de ese año se nombra secretario del juzgado a don Pablo Perret.

Por decreto fecha 13 de julio de 1868, el gobernador D. Mariano Cabal, a pedido del juez de paz de San Carlos, dividió la colonia en dos secciones (norte y sud). La sección norte abarcaba lo que es hoy Centro y lo demás hacia aquel rumbo; la sección sud, comprendía lo que es hoy San Carlos Sud. Se designaron dos tenientes jueces: para la sección norte a don Domingo Bernardi y para la sección sud a don Eduardo Hosh.

1868. — 16 de diciembre. Se nombra teniente juez de la sección norte a don Augusto Houriet, en reemplazo de Bernardi.

Por licencia concedida al señor Lubary, en julio de 1869 actúa en el cargo de juez de paz interino don Federico Goetschy.

En 1870, el 23 de setiembre, fueron designados tenientes jueces los señores Félix Francia y Santiago Stelzer, para las secciones norte y sur, respectivamente.

1871. — 31 de enero. Renuncia don Tomás Lubary y se designa en su remplazo a don Santiago Stelzer.

1871. — 2 de mayo. Por renuncia de Stelzer, se nombra juez de paz a don Manuel Nickisch.

Por un decreto fecha 2 de mayo de 1872, se separaron de la jurisdicción del juzgado de paz de San Carlos, las colonias San Agustín, Franck y Las Tunas, creándose para ellas otro juzgado y se nombró para el cargo a don Tomás Lubary.

1872. — 20 de setiembre. Se designa teniente juez a don Francisco Place.

1879. — 17 de febrero. Es nombrado teniente juez don Domingo Barrirero.

1881. — 11 de noviembre. Nómbrase juez de paz a don Emilio Haudenschildt.

1882. — 23 de febrero. Es designado juez don Ricardo Otegui.

1886. — 22 de enero. Se nombra teniente a don Juan Cambó.

1889. — 24 de diciembre. Desígnase juez de paz a don Juan Rezzola.

1890. — 17 de marzo. Habiendo pasado el señor Rezzola a la receptoría de la colonia, se designa juez a don José Bernardi.

1891. — 21 de marzo. Juez de paz interino se nombró a Manuel E. Belloso.

1892. — Nómbrase juez a don Felipe Moré.

1892. — 7 de octubre. Por renuncia de Moré es nombrado don Manuel Reyna.

1893. — 7 de agosto. El gobierno revolucionario nombra juez de paz en San Carlos a don Abraham Toledo.

1893. — 16 de agosto. Nuevamente ocupa el cargo don Manuel Reyna.

1893. — 7 de diciembre. Nómbrase juez a don Luis Oreone.

1894. — 24 de setiembre. Nuevamente se nombra juez a don José Bernardi.

1896. — 28 de enero. Primo López remplaza en el cargo a Bernardi; pero el 1º de febrero vuelve a designarse a éste.

El 26 de julio de 1897 se anexó la colonia Matilde a la jurisdicción del juzgado de paz de San Carlos.

1897. — 16 de noviembre. Se nombra juez a don Marcos Arteaga.

El 1º de febrero de 1899 se creó la oficina de Registro Civil de San Carlos Centro, con jurisdicción para las de San Carlos Sud y Norte también y el 3 de dicho mes se designa jefe de la misma a don Juan Garolini y secretario a don Juan Meier.

1899. — 16 de junio. Otra vez actúa como juez de paz don Marcos Arteaga.

Aparte de lo que dejamos historiado, tenemos que referirnos a los subdelegados políticos que hubo en la colonia.

El 10 de marzo de 1873 se nombró sub delegado de policía en San Carlos a don Manuel Nickisch, con un sueldo mensual de 40 pesos fuertes. El 19 de mayo de 1877 lo remplazó en el cargo don Francisco Zucchi.

Por un decreto fecha 16 de octubre de 1878, el gobernador, doctor Simón de Iriondo resolvió que para el mejor servicio público y atendiendo la seguridad de los intereses de las colonias y la necesidad imperiosa de hacer economías en la administración, la jurisdicción policial en las colonias del oeste se ejerciera por los sub delegados de San Carlos y Esperanza.

Al de San Carlos se le designaba tal misión en las colonias San Agustín, Franck, Las Tunas, San Gerónimo y los campos colonizados de López, Lubary, Iriondo, Sañudo, Cabal, Comas, Foster e Iturraspe.

El 30 de mayo de 1881 designóse sub delegado interino a don Ernesto Secchi.

El 7 de setiembre de 1881 se nombró sub delegado a don Lorenzo Soto y el 4 de marzo del año siguiente se designó secretario a don José Bertelli.

En 1884, el 5 de junio, don Andrés Arzeno se hace cargo de la sub delegación de policía. Actúan sucesivamente como secretarios de la misma los señores Werfil Suárez y Juan Carolini.

Por haberse designado al señor Arzeno sub receptor de rentas de la colonia, el 31 de diciembre de 1887 se nombró sub delegado a don Bernardo Gastaldi. El 25 de noviembre de 1890 ocupa el cargo don Benjamín Zeballos, a quien remplace el 29 de mayo de 1891 don Avelino Grau.

A pedido del vecindario, el 2 de noviembre de 1894 el gobierno nombró sug delegado de San Carlos a don Lorenzo Soto, que ya había ocupado este mismo cargo en años anteriores.

Por fallecimiento del señor Soto, el 8 de febrero de 1898 se designó en tal carácter a don Miguel Valiente, quien llenó estas funciones hasta el 19 de abril del mismo año, en que, por haberse suprimido del presupuesto de la provincia la sub delegación de policía de San Carlos, creándose en su lugar una comisaría, se designa al señor Valiente, en calidad de comisario de policía.

Luego ocupó este cargo don Samuel Santa Cruz, hasta el 24 de febrero de 1899, fecha en que fue designado comisario don Manuel Leiva.

A los pocos días renunció Leiva y se nombró a don Emilio Vives.

En 1902 actuó como comisario de San Carlos don Gilberto Silva; pero en ese mismo año fue remplazado por don Juan Sejas, que ocupaba el cargo en 1908 cuando se conmemoró el cincuentenario de la fundación de la colonia.

CAPITULO QUINTO

LA EDUCACION

SUMARIO: El desarrollo de la instrucción primaria oficial y particular. — Las bibliotecas populares. — La obra educativa de don Roberto Wehlmüller. — El Instituto Pestalozzi. — La Sociedad Italiana de Fomento a la Instrucción y la Escuela Italiana Silvio Pellico. — La Escuela Particular Alemana.

I

EL DESARROLLO DE LA INSTRUCCION PRIMARIA OFICIAL Y PARTICULAR

Muchas veces hemos tenido oportunidad de señalar la característica honrosa que hemos notado en la historia de la colonia San Carlos: la inquieta preocupación que dominaba a muchos de sus pobladores por el fomento de las instituciones de cultura.

En este sentido, a pesar de los contratiempos propios de aquella época lejana, se revelan en la historia local esfuerzos intensos, constructivos y bien intencionados, que deben ser recordados con un sentimiento de gratitud.

En lo que se refiere a la instrucción de los niños, aparte de la obligación que el contrato imponía a la sociedad Beck, Herzog y Cía. de dotar a la colonia de una escuela, el reglamento determinaba como un deber de los padres o de quienes representaran funciones de tales, el enviar a la escuela a sus niños desde los 6 a los 12 años bajo pena de multa de no hacerlo así.

Una comisión de seis miembros elegida por los colonos y denominada "Consejo de Iglesia" o "Comisión de Cultos", tenía además de funciones de carácter religioso, una misión de control en todo lo relacionado con la escuela. Este consejo lo presidía el director de la colonia.

En febrero de 1860, se trabaja en la construcción del edificio para la escuela. A principios de dicho año, el anciano abate Weber, cura transitorio de la colonia, tenía una escuela para niños católicos.

Había además, una escuela atendida por un maestro y una maestra protestante.

En un acápite posterior, nos referimos a la llamada Escuela Alemana, que fue inaugurada el 18 de abril de 1860, siendo maestro de la misma don Adolfo Ineichen. Según otro dato, contenido en carta que con fecha 19 de abril de 1860 dirigiera don Enrique Reutlinger a una persona de su relación residente en Mettmenstten (Zurich), parece que el citado colegio empezó a funcionar el 20 de abril de 1860.

La señora Charles tenía a su cargo clases de labores. Las lecciones de canto estaban a cargo de los pastores protestantes señores Weigle y Sauvain.

En 1862 el cura católico, fray Constancio Ferrero, daba tres clases semanales en español.

Del carácter de la enseñanza en aquella época, nos ilustra una carta que don Carlos Beck Bernard escribió el 6 de mayo de 1860 al gobernador de la provincia, en la que dice entre otras cosas, que en la escuela de la colonia se enseñaba en idiomas alemán y francés lo siguiente: lectura, escritura, cálculos elementales, gramática, dibujo, algo de geografía e historia y canto popular.

En la mencionada carta, el señor Beck Bernard acusa al conde de Tessières de sembrar la discordia, incitando a los colonos católicos a no mandar a sus chicos a esa escuela mixta y hace constar que aunque el maestro era protestante se abstenía en absoluto, en horas de clase, de tratar cualquier tema religioso.

Agrega el señor Beck Bernard que la enseñanza se impartía de 8 a 11 por la mañana y de 2 a 4 por la tarde e invita al gobierno a que, sin previo aviso, envíe a San Carlos un inspector general de escuelas, para que comprobara cómo funcionaba la misma.

Desde 1860 hasta 1866, la enseñanza no llenaba satisfactoriamente su misión en la colonia, como se deduce del contenido del informe elevado al señor ministro de gobierno, doctor don Juan del Campillo, por el juez de paz de la colonia, don Santiago Stelzer, fechado el 13 de mayo de 1866. Dicho documento, del que haremos un resumen, se encuentra agregado en

el tomo titulado *Archivo del Gobierno. N.º 29. Apéndice N.º 12. Año 1866*, existente en el Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Contestando el pedido de informes que le formula el ministro, el juez de paz señor Stelzer le dice que:

En una colonia donde viven individuos de tres idiomas diferentes, alemanes, franceses e italianos, donde hay dos religiones diferentes, sin contar las sectas que existen entre los protestantes, no ha podido existir un sistema uniforme de instrucción pública, y los sistemas de instrucción que han existido hasta esa fecha, no han sido más que escuelas particulares; no teniendo otros subsidios que una retribución mensual de cada niño o niña que las frecuentaban, y estas escuelas estaban frecuentadas únicamente por niños de religión protestante, franceses y alemanes, habiendo sido estas escuelas dirigidas por sus pastores respectivos; de modo que los franceses, y los italianos católicos no han, hasta esta fecha, tenido ningún establecimiento de instrucción para sus niños.

En virtud de lo que antecede, el juez, señor Stelzer, le manifiesta al ministro la necesidad de nombrar un preceptor de idioma español, para enseñar a los niños de todo origen, sin distinción de religión, la lengua del país donde están establecidos.

Más adelante informa que de las tres escuelas que funcionaron en 1865, dos fueron clausuradas el 1.º de enero de 1866, sea por causa de desinteligencias entre las sectas protestantes o por la partida del preceptor. Quedaba únicamente la escuela libre del pastor Weigle, que era frecuentada por doce niños de ambos sexos.

Tenemos luego como datos vinculados a la instrucción primaria en San Carlos, los siguientes: el 18 de junio de 1867, se designó preceptor de la escuela de varones a don Domingo Quirolo y el 12 de setiembre del mismo año se nombró en tal carácter a don César Costa.

El 9 de diciembre de 1868 se designa para el mismo cargo al presbítero Nicolás Pesole. Todos estos nombramientos los hizo el poder ejecutivo de la provincia.

Por decreto de 14 de junio de 1873, se aprobaron por el

poder ejecutivo nacional los planos y presupuestos para el edificio de la escuela rural de la colonia San Carlos, es decir, la escuela que se denominó más adelante "Sarmiento".

Por nota de 6 de agosto del mismo año el ministro, doctor Nicolás Avellaneda, comunicó al presidente de la municipalidad de San Carlos, don Tomás Lubary, la citada aprobación, que era necesaria a los efectos de la ley de subvenciones.

Por acto celebrado ante el escribano público don Manuel Nickisch, en la colonia San Carlos, el 5 de setiembre de 1873, el señor Tomás Lubary donó a la municipalidad de la colonia, una manzana de terreno ubicada en la concesión N° 21, compuesta de 111 varas de frente al este por 132 varas de fondo al oeste, siendo una parte del terreno que había adquirido a don Juan Veroglio, el 15 de mayo de 1867. El donante impuso como condición que el terreno se debía destinar siempre a escuela. El presidente del Concejo Ejecutor Municipal, don Isidoro Favre, aceptó en nombre de la municipalidad esta donación, firmando como testigos los señores Alfredo Tatti y Juan Martina (Archivo General de Tribunales de Santa Fe. Tomo 46. Año 1873. Foja 58 vuelta y 59).

Con respecto a la construcción de la mencionada escuela, nos informa el convenio celebrado el 5 de setiembre de 1873 ante el ya nombrado escribano, entre la municipalidad y los señores Antonio Fontana y Félix Francia, que se encuentra en el mismo Archivo, también en el tomo 46.

En virtud de dicho convenio, los señores Francia y Fontana se comprometieron a realizar toda la mano de obra de albañilería en el colegio rural que la municipalidad se proponía edificar en la colonia.

El convenio establece todas las demás condiciones de la obra, debiendo la municipalidad entregar todos los materiales necesarios. Se determina que los señores Francia y Fontana recibirán por su trabajo 1.400 pesos plata boliviana, debiendo los cimientos estar abiertos para la inauguración de la obra, el 14 de setiembre de 1873 y terminarse la construcción totalmente a fines de febrero de 1874.

En nota que la municipalidad de San Carlos elevó al ministro general de gobierno el 25 de setiembre de 1873, se dice que el 14 del citado mes se había dado comienzo a la construcción del edificio de la escuela rural, que se levantaba con el apoyo de los gobiernos nacional y provincial.

De la marcha de los trabajos trae interesantes referencias el documento que transcribimos a continuación, cuyo original se encuentra en el Archivo Histórico de Santa Fe, en el tomo titulado *Archivo de Gobierno. Volumen 39, años 1873 y 1874, apéndice N° 22*. Dice así:

Colonia San Carlos 10 de diciembre de 1873. Al Sr. Ministro de gobierno Dr. D. Lucas Funes. Señor Ministro. El exmo gobierno se ha suscrito por la suma de 2.000 pesos plata boliviana para ayudar a la construcción de la Escuela rural, que la Municipalidad construye en esta colonia. Según la ley de subvenciones el exmo. Gobierno Nacional contribuyó con un tercio, de lo que importaba el presupuesto, de cuyo tercio la Municipalidad ha percibido ya una parte y en estos días va a pedir otra por estar ya el edificio en las condiciones necesarias para recibir la segunda cuota. Es por esta razón y por haber ya agotado la Municipalidad el dinero, que tenía en el Banco, para atender la construcción de esta obra, que la Comisión que firma competentemente autorizada por la Corporación municipal se dirige al Superior Gobierno, rogándole se sirva poner a su disposición la mitad de la suma, conque contribuye el Exmo. Gobierno provincial, es decir, 1.000 pesos bolivianos. Tenemos la confianza que el exmo. Gobierno accederá a nuestro pedido, para que una obra de tanto porvenir para la Colonia, no sufra retardo en su construcción; porque estamos empeñados en ella para inaugurarla el 1° de mayo de 1874, fecha en que principia el año escolar en esta localidad. Sería muy conveniente que la orden que se gire para obtener el Libramiento necesario, fuese de percibir por la Receptoría de Rentas de esta Colonia; por la comodidad que la Comisión la tendría más a mano. Con este motivo la Comisión tiene el honor de ofrecer al Sr. Ministro las seguridades de su particular aprecio. Dios guarde a S.S. - T. Lubary. - Isidoro Favre. - Alfredo Tatti.

El 25 de junio de 1874 T. Lubary envió una nota al poder ejecutivo provincial, haciéndole saber que la construcción del edificio escolar tocaba a su término.

Al frente de esta escuela, actuó algún tiempo el señor

Alfredo Tatti, quien con anterioridad había sido preceptor de la escuela primaria creada en la colonia corondina el 16 de febrero de 1872, fecha en la que también se le nombró teniente juez de paz en la misma.

El inspector nacional de colonias, don Guillermo Wilken refiriéndose al señor Tatti dice que era un hombre de mucha ilustración, que estimulaba a los colonos a hermostear y dar valor a sus chacras con plantíos de árboles, para cuyo efecto repartía gratis injertos y semillas de su propia quinta.

Hace poco tiempo —dice el señor Wilken— que había practicado experimentos sobre el cultivo de los gusanos de seda, obteniendo un buen resultado. Moreras plantadas por él, habían alcanzado después de 3 años, una altura de 10 pies y grueso de 4 pulgadas de diámetro en su tronco.

Por una carta que el señor Alfredo Tatti escribió al señor Ernesto Oldendorf, jefe del Departamento Nacional de Agricultura, fechada en la colonia corondina el 4 de julio de 1872, carta que se encuentra en la página 111 del *Informe del Departamento Nacional de Agricultura* de dicho año, se sabe que Tatti hacía tres años que residía en Coronda; que dedicaba preferente atención al estudio de cuanto se vinculaba al desarrollo de la agricultura; que de tanto en tanto publicaba algunas colaboraciones en los *Anales de la Sociedad Rural* de Buenos Aires; que alentaba a los colonos de Coronda a sembrar tabaco con resultado bueno y que para ello recibía ayuda del señor Olivera, del señor Nicasio Oroño y del señor Alvarez de Arenales, que le remitían semillas.

El señor Tatti, mantenía una activa correspondencia con el Departamento Nacional de Agricultura. Con fecha 18 de julio de 1872, remitió al mismo un informe sobre las plantas agrícolas cultivadas con buen éxito en la colonia corondina, de cuyos bosques vecinos hizo cortar once clases de madera que remitió a dicho Departamento, juntamente con semillas de árboles silvestres.

En setiembre de 1873, como se ha visto, don Alfredo Tatti ya actúa en la colonia San Carlos. *La Capital* de Rosario, el 22

de mayo de 1874 dice que en la escuela rural de la mencionada colonia, el señor Tatti se proponía enseñar lo siguiente: 1º) La manera y método de componer cartas, anuncios, contratos y cualquier escrito de la vida social. 2º) Las primeras nociones de historia natural, para bien entender la agricultura, zoología, botánica y mineralogía. 3º) Las nociones de física y química general y aplicada a la agricultura. 4º) Los elementos y aplicaciones de la aritmética, álgebra, geodesia, mecánica e hidráulica aplicadas a la agricultura. 5º) La teneduría simple teórica y práctica de la administración rural. 6º) El dibujo lineal, topográfico y arquitectura rural. 7º) La agromonía y apicultura.

Después de su permanencia en San Carlos, vemos al señor Tatti actuar como secretario de la Inspección General de Escuelas de Santa Fe, cargo para el que fue nombrado en julio de 1875; pero ya en enero de 1876, reside nuevamente en la colonia corondina, donde se le designa miembro titular de la Comisión Escolar de dicha colonia.

Volviendo al asunto del desarrollo de la instrucción primaria en la colonia, debemos decir que a raíz de la Ley de Educación, el poder ejecutivo de la provincia designó para componer la Comisión Escolar de San Carlos, al presbítero don Federico Teves y a los señores Tomás Lubary y Godofredo Kleinert, como titulares y a los señores Vicente Rey y Enrique Vollenweider, como suplentes.

El 3 de marzo de 1876, el gobierno nombró preceptor de la escuela de varones al señor Juan Prinna Sella y preceptora de la escuela de niñas, a la señora Adela Revol de Prinna Sella.

En 1873, la municipalidad sostenía en la parte norte de la colonia, un maestro para que enseñara las primeras letras a los niños, cuyas clases se dictaban en una pequeña y modesta pieza. En realidad, como punto de partida del desarrollo educacional de San Carlos Norte, debe tomarse el decreto del gobernador don Servando Bayo, de fecha 7 de marzo de 1877. Dicho documento oficial dice que habiéndose ordenado la instalación de una escuela en la sección norte de la colonia

San Carlos, la que se encontraba funcionando desde el 1º de noviembre de 1876, se resuelve nombrar preceptor a don Pedro Corpataux, que ya la atendía desde esta última fecha. De manera que Corpataux es el primer maestro provincial que tuvo San Carlos Norte.

De acuerdo a las asignaciones que hace el presupuesto escolar de la provincia, para el año 1878, en ese año el estado de la instrucción primaria oficial era el siguiente: una escuela superior de varones con un preceptor y una escuela superior de mujeres con una preceptora, en San Carlos Centro. Una escuela elemental mixta, con un preceptor, en San Carlos Norte y, finalmente, una escuela elemental mixta, con un preceptor, en San Carlos Sud. La provincia destinaba en ese año para sostén de la instrucción en la colonia, 1.680 pesos fuertes anuales.

Desde el año 1879 en adelante, entre las personas que han ocupado cargos de preceptores o maestros en la enseñanza, en las diversas escuelas que funcionaban en la colonia San Carlos, figuran las que se indican a continuación, señalándose el año de su designación: Luis Eyssarpier (1879), Pablo Caldairoux (1880), José Bertelli (1880), Fernando Lalane (1881), Ramón Jerez (1882), Adela Bouvier de Jerez (1882), Elena M. de Olivieri (1882), Luis Oreone (1883), Juana de Oreone (1883), Santiago Stelzer (1883), Daniel Camichael (1884), Alberto Wichmann (1886), Sinforoso Aparicio (1887), José Ocardi Oestel (1887), Modesta Girado (1887), Romualdo Pasaponti (1888), Adelina Piedrabuena (1888), Roque Arcazo (1889), Eulalia Carrión Romero (1889), Agustín Montes de Oca (1889), Félix Veguillas (1889), Goya Porto Fernández (1889), Faustino Lezen (1892), Sixto Luna (1894), Zoido Freddes (1894), Juan B. Rezzola (1894), Francisca B. de Cassademont (1894), Eladia Sancho (1894), Remigio Lescano (1895), Elisa Cardoso (1896), Rosalía G. de Palacios (1896), Cosme Touchvieux (1896), Agustín M. Cabral (1898), Virginia Rivas (1898), Clara Vallés (1898), Francisca Kanerhoff (1899), Gerónimo Andino (1899), Caya P. de Veguillas (1899), Sofía

Frutos (1900) y Fernando Dentesano (1900). Es posible que por falta de documentación no citemos algunos otros maestros que hubo entonces.

La escuela provincial más importante de la colonia, siempre fue la denominada actualmente "Sarmiento", de San Carlos Centro. En 1902 la dirigía don Eusebio Hoyos y en 1908 el señor Cipriano Báez Meza, a quien sucedió el educacionista señor Remigio Lescano, que venía actuando como maestro desde hacía varios años. Señalaremos de paso, que el señor Lescano era una persona que tuvo gran actuación en la colonia, desde el periodismo y las sociedades hasta las instituciones culturales y patrióticas. Fue un hombre de acción intensa y progresista.

Debemos recordar también, que a principios de este siglo tuvieron escuelas particulares en San Carlos, las señoritas Ritou, el R.P. don Luis Chiara, muy apreciado en la colonia y fallecido en Calchaquí, y la señora Angela de Lasagna. Esta última tenía una escuela llamada "Protectora de la Educación".

II

LAS BIBLIOTECAS POPULARES DE LA COLONIA SAN CARLOS

Algunos Antecedentes Históricos

La instalación de una biblioteca popular fue una de las primeras preocupaciones que puso en evidencia la administración de la colonia. Como antecedente de interés sobre esta materia, podemos citar una carta que la señora Augustina Semon escribió con fecha 17 de febrero de 1860 desde San Carlos, al señor Augusto Burquin, residente en Sonvillier (cantón de Berna).

Por el contenido de dicha carta se deduce que ya existía entonces este factor de cultura. En efecto, en uno de sus párrafos dice:

tenemos también una biblioteca, en la que podemos obtener libros a voluntad, y libros muy morales.

Además, el colono Emanuel Biedermann, en carta dirigida a un pariente que residía en Villeret (cantón de Berna), fechada en San Carlos el 18 de marzo de 1860, le manifiesta que hay en la colonia una biblioteca de la que se pueden retirar libros para leer.

En la *Memoria* presentada a la Sociedad Colonizadora Suiza de la provincia de Santa Fe, en setiembre de 1864, por el entonces director de la colonia don Carlos Beck Bernard, éste dice que la biblioteca se veía muy concurrida.

Aparte de tales antecedentes, puede hacerse referencia a la pequeña biblioteca que funcionó en la Escuela Alemana de San Carlos Sud, especialmente enriquecida en 1870 por una donación de libros hecha por el señor Enrique Vollenweider.

Pero es indudable que el antecedente histórico más importante a este respecto es el que se relaciona con la fundación

de una biblioteca popular en la plaza Centro de San Carlos, cuya inauguración oficial tuvo lugar en 1874 aunque ya existía en 1873.

El gobernador de la provincia, doctor Simón de Iriondo, había dado con fecha 20 de abril de 1871 un decreto referente a las bibliotecas. En el mismo se decía que deseando el gobierno prestar la más eficaz cooperación al establecimiento de bibliotecas populares en los principales centros de población de la provincia, de conformidad con la ley sancionada por el Congreso Nacional en fecha 23 de setiembre de 1870 y decreto reglamentario del Poder Ejecutivo de la Nación de 17 de octubre del mencionado año, se procedía a la designación de comisiones encargadas de promover suscripciones populares en diversas localidades, cuyos fondos serían invertidos para el fomento de bibliotecas, organizándose asociaciones con el objeto indicado.

Para que se ocuparan de este asunto en la colonia San Carlos, el gobierno de la provincia nombró a los señores Tomás Lubary, Enrique Vollenweider y Pablo Perret.

Algún tiempo después, el 20 de marzo de 1872, el entonces juez de paz de la colonia, don Manuel Nickisch, dirigió una nota al presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, don Palemón Huergo, nota en la que le preguntaba si entre los libros que procuraba dicha Comisión a las bibliotecas, figuraban también algunos en los idiomas alemán e italiano, pues la población de la colonia San Carlos la constituían en su mayor parte italianos y suizos alemanes que no dominaban el idioma español, habiendo tan sólo una pequeña parte que conocía francés o castellano.

Por esa nota, como se verá en seguida, se deduce que el mencionado juez tuvo participación en los trabajos preliminares conducentes a la formación de una biblioteca. En efecto, manifiesta lo siguiente:

Cuando el infrascripto comenzó sus trabajos para reunir los fondos necesarios para la fundación de una Biblioteca Popular, encontró muchos adversarios porque decía que según el catálogo de esa Honorable

Comisión, no se recibirán más libros que en castellano y francés, y que no sabiendo ellos estos idiomas no contribuirían. Les prometí, pues, dirigirme a la comisión presidida por Ud. para pedir informes.

Sostiene también en su carta el señor Nickisch, que sería muy necesario que la comisión se comprometiera a enviar libros que a la brevedad se solicitarían, en alemán y en italiano, lo que facilitaría mucho los trabajos de organización, dando lugar a mayores aportes y donaciones.

Por último, manifiesta el juez que ya tenía reunidos ciento cincuenta pesos moneda boliviana y que si la comisión accedía en lo referente al idioma de los libros, creía poder reunir otro tanto.

El 26 de marzo de 1872, la Comisión Protectora de Bibliotecas hizo saber al señor Nickisch que no había inconveniente alguno en satisfacer el pedido formulado y que lo único que podía ocurrir era que fuese necesario pedir a Europa los libros que se solicitaran si no los hubiera en el país.

Según datos contenidos en el *Boletín de las Bibliotecas Populares*, N° 4, en 1873 había en toda la provincia de Santa Fe, cinco bibliotecas, que correspondían a las siguientes poblaciones: Santa Fe, Rosario, Esperanza, Coronda y San Carlos. En 1874 existían en todo el territorio de la República 148 bibliotecas populares.

A la de San Carlos se le enviaron de acuerdo con sus deseos, obras en diferentes idiomas. Consta en el *Boletín* de 1874, que la citada biblioteca funcionaba con regularidad.

En 1875, según una estadística que hemos tenido a la vista, la Biblioteca Popular de San Carlos tenía 397 ejemplares, cuyo valor se estimaba en 573 pesos fuertes.

Si bien los datos que hemos recogido establecen que se inauguró en setiembre de 1874, hay que señalar que por falta de muebles en esa fecha no abrió aún su salón de lectura; pero, en cambio, desde setiembre a diciembre de 1874 inclusive, se atendieron 507 pedidos de libros para ser leídos a domicilio.

Daremos a conocer ahora algunos documentos de interés relacionados con su fundación.

En una nota que las autoridades de la Biblioteca Popular de la colonia San Carlos (sección Centro) remitieron el 12 de enero de 1875 al presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, con sede en Buenos Aires, se transcribe la comunicación dirigida al mismo con fecha 8 de setiembre de 1874, la que textualmente dice así:

Me es grato comunicar a Ud. que el día 6 de setiembre ppdo. se celebró la inauguración de la Biblioteca Popular en la Sección Centro de la Colonia San Carlos, provincia de Santa Fe, añadiéndole en seguida el Acta.

El modo como ha sido celebrada por este vecindario la inauguración de nuestra biblioteca, merece ciertamente señor Presidente, ser conocido. Después de la instalación solemne y nombrada la Comisión Directiva Efectiva, los vecinos presentes recibiendo con entusiasmo y particular regocijo este gran principio de ilustración, y considerando las grandes distancias, abrieron una lista suscripción para fundar otra Biblioteca Popular en la Plaza del Sud, lo que dio por resultado unos ciento veinticinco pesos fuertes suscriptos, teniendo la Comisión provisoria nombrada ad-hoc, que seguir sus trabajos recogiendo firmas.

Esta también tiene por objeto participar a Ud. para que se sirva elevar al conocimiento de esa Comisión, que la Comisión Directiva de esta Biblioteca ha dispuesto en la misma reunión, dirigir el correspondiente reclamo de las obras detalladas en la lista adjunta, que han venido faltando de los dos cajones que se nos remitieron con fecha 30 de diciembre de 1873 y que sólo recibimos en agosto del 74; según resulta de la confrontación hecha por el bibliotecario y los miembros de la Comisión con el catálogo que Ud. se sirvió adjuntar.

Espero que esa comisión accederá con la buena voluntad que tantas veces ha acreditado, a la demanda, que por esta nota le hago para no dejarnos incompletas obras de tanto valor como por ejemplo la *Historia Universal* de C. Cantú.

A nombre de la Comisión y de todos los vecinos felicita al señor Presidente por tan brillantes resultados y les seremos gratos si se sirven hacer presente nuestra gratitud al Exmo. Gobierno Nacional y a todos los interesados en popalar la educación popular.

Para completar las breves referencias históricas que an-

teceden, agregaremos el texto del acta de fundación de la Biblioteca. Es el siguiente:

En la Colonia de San Carlos a los seis días de setiembre de mil ochocientos setenta y cuatro, reunidos en el salón de la Biblioteca ante de los señores miembros que han concurrido para la formación de la Biblioteca Popular invitados para la instalación de la misma Biblioteca, por notar la falta del Presidente y Secretario de la Comisión nombrada anteriormente para la dirección de la Biblioteca, el señor Vice Presidente don Santiago Stelzer, tomó la palabra, exponiendo los trabajos y pasos que habían sido dados por la misma Comisión y entregando al señor Bibliotecario y Tesorero la cuenta detallada de la inversión de los fondos que habían sido recolectados. En seguida a pedido de la mayoría se acordó proceder al nombramiento de una nueva Comisión que durará en sus empleos dos años a correr desde hoy y dar las correspondientes gracias a la Comisión que cesa por los trabajos y penas que en favor de la Biblioteca se había tomado. Por mayoría de votos fueron nombradas las siguientes personas para formar la nueva comisión: Presidente: D. Santiago Stelzer; Vice Pte: D. Alfredo Barra; Secretario y Bibliotecario: Alfredo Tatti; Vocal y Tesorero: Godofredo Kleinert; Vocal: Félix Francia. Y no habiendo más que tratar se declaró instalada la Biblioteca Popular, quedando desde el jueves próximo abierta para el público; siéndolo en seguida todos los domingos y jueves. En lo que firmaron la presente acta todos los presentes.

Ya en épocas más cercanas, encontramos algunas iniciativas de orden cultural, cuyos beneficios aun se manifiestan en la colonia. Entre ellas debemos referirnos a la biblioteca del "Keller Verein", fundada en la plaza Sud el 14 de agosto de 1889.

En sus comienzos se constituyó como club de lectura, según la denominación que le daban sus propios organizadores.

La asamblea preliminar se realizó en el "Restaurant del Correo" el 9 de agosto de 1889. Fue presidida por el señor Germán Stocker, quien como iniciador de la idea se propuso crear un centro de cultura, entretenimiento y comentarios de los asuntos de interés general, lo que era una necesidad para San Carlos.

En la citada reunión preliminar el señor Braun se puso

a disposición de la novel entidad local. Para atender a las necesidades de organización y mantenimiento, fijóse una cuota mensual de cincuenta centavos. La comisión provisoria quedó integrada por los señores Germán Stocker, Carlos Meyer, Alberto Keller, Antonio Glaus y Numa Mathey. Esta comisión proyectó los estatutos y actuó hasta el 14 de agosto de 1889, fecha en que se llevó a cabo la asamblea general de su fundación.

A esta asamblea general asistieron veinte personas. Con pequeñas modificaciones se aceptaron los estatutos propuestos por la comisión provisoria. Acto seguido se designó la comisión directiva, la que quedó constituida así: presidente: Germán Stocker; vicepresidente: Alberto Oberlin; secretario: Máximo Vogel; tesorero: Numa Mathey; vocal: Antonio Glaus.

También resolvió considerar como socios fundadores a todos los que ingresaran hasta el 1º de setiembre de 1889, como asimismo conseguir para el salón de lectura las siguientes revistas: *Leipziger Illustrirte, Zeitung, Fliegende Blätter, Überland und Meer, Garten Laube, Wochenblatt der Frankfurter Zeitung, Züricher Freitags Zeitung* y además una revista científica popular.

En una nueva asamblea general que se verificó el 25 de agosto del mismo año, el señor Germán Stocker dijo un discurso referente al poeta suizo Gottfried Keller y obsequió a la novel sociedad con un retrato al óleo del mencionado poeta, proponiendo que la institución se denominara "Keller Verein" en su homenaje, lo que se aceptó por unanimidad.

Se inició con entusiasmo la formación de la biblioteca, con libros donados por los señores E. Kramer y M. Vogel. También se realizaron conversaciones de divulgación científica. Así, por ejemplo, en una de las reuniones el señor Stocker disertó sobre la alimentación del hombre.

Más adelante comenzaron a llevarse a la biblioteca diarios y revistas que recibían particularmente algunos socios y la entidad, por su parte, se suscribió a diversas publicaciones.

Desde la fundación, presidieron el "Keller Verein" las siguientes personas: G. Stocker (1889); S. Sidler (1891); C.

Meyer (1892); E. Meier (1893); H. Breuer (Desde 1894 hasta 1904 inclusive).

En 1908, al celebrarse el cincuentenario de la fundación de San Carlos, ejercía la presidencia el señor A. Keller.

El 21 de junio de 1914 se inicia un nuevo ciclo en la historia de la biblioteca "Keller Verein". En esa fecha se reunieron los señores Guillermo Bauer, Christian Ruffner, Max Muller, Gustavo E. Werffeli, Juan Lehmann, Thomas Thomann, Carlos Zeller, Felipe Roth y Manuel Fhelmann y dejaron constituida la "Sociedad Biblioteca Popular Gottfried Keller" que debía tener a su cargo en adelante la protección y amparo del "Keller Verein".

Los respectivos estatutos los aprobó el P. E. de la provincia el 23 de julio de 1914. El 23 de agosto del mismo año, la sociedad recibió todas las existencias figurando 1173 libros y en la misma fecha se eligió la C. D. definitiva, resultando designado presidente don Guillermo Bauer, quien desempeñó sucesivamente este cargo hasta el 9 de setiembre de 1917, en que por renuncia lo reemplazó don Federico Jonas. Este siguió al frente de la institución hasta el 3 de agosto de 1923, en que resulta elegido el doctor Schreiber; el 4 de setiembre de 1925 ocupa la presidencia don Francisco Neumeyer, quien actuó también en 1928-1929.

El señor Juan Spuler dirigió la sociedad desde el 15 de julio de 1927 hasta el 27 de abril de 1928.

Posteriormente ocuparon la presidencia don Lomualdo Sobotta (6 de marzo de 1929); don Gustavo Werffeli, (desde el 11 de noviembre de 1929 hasta el 22 de abril de 1934); en esta última fecha se elige a don Juan Tschopp. Después de actuar nuevamente un período el señor Neumeyer, desde el 30 de junio de 1934 figura como presidente de la Sociedad Biblioteca Popular "Gottfried Keller" el prestigioso vecino don Emilio Leutert. Es una institución que honra a San Carlos y que revela que no sólo sus hijos saben levantar fábricas sino también nutrir los anaqueles de una biblioteca.

Nos falta agregar en nuestra reseña algunas palabras rela-

lativas a la Biblioteca Popular "Rivadavia" de San Carlos Centro.

Esta institución cultural, aunque fundada en 1911, debe su origen al "Club Atlético San Carlos", cuya existencia data del 16 de junio de 1906.

En esta fecha se celebró una reunión inicial, la que tuvo lugar en el "Hotel del Globo" y fue presidida por el doctor Francisco Beltramino. Concurrieron las siguientes personas: Ernesto Weihmüller, C. Lizier, A. Rossi, T. Francia, P. Giacosa, F. Passaponti, U. Romero, H. Cardón, J. Giacosa, J. Romero, A. Bisignano, J. Capello, J. Sejas, M. Francia, J. Monetti, A. Ottolina, A. Gómez, J. Malano, E. Bertero, C. González, E. Rourn, A. Tourn y F. Beltramino.

La primera comisión directiva del "Club Atlético San Carlos", electa en la fecha citada, quedó integrada así:

Presidente: doctor Francisco Beltramino; vicepresidente: don Ernesto Weihmüller; secretario: don Cirilo Lizier; prosecretario: don Alfredo Rossi; tesorero: don Teodoro Francia; vocales: don Pedro Giacosa, don Fiero Passaponti, don Horacio Cardón y don U. Romero.

La finalidad del club era en sus principios eminentemente deportiva; pero, como hemos de ver en seguida, posteriormente prestó atención al aspecto cultural.

En la reunión de la comisión directiva celebrada en 23 de marzo de 1911, siendo presidente don Cirilo Lizier, secretario don Fiero Passaponti y miembros de la comisión directiva los señores Aurelio Debruyne, José Cappa, José Lirusso, Romualdo Passaponti, Juan Gigli y Simón Longo, surge la idea de crear la biblioteca. En efecto, en una de sus partes, el acta de la mencionada reunión dice:

1º — El señor presidente expone que debiendo conmemorar el 3 de abril próximo el centenario del nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento, cree que sería oportuno dar forma para esa fecha a la idea de fundar una biblioteca popular anexa al Club, que se titularía con el nombre del gran educacionista; que se habían dado pasos para asegurarse la cooperación de los diputados señores Saavedra Lamas y Spuler

para que influyeran ante el Gobierno para una subvención, con resultados satisfactorios. La C.D. aprueba unánimemente lo expuesto por el señor Presidente, delegándolo para que en unión del Secretario se apersonen a dichos señores diputados e inicien una lista de suscripción, autorizándolo asimismo de organizar la ceremonia inaugural si en tan poco tiempo puede concretarse algo.

El acta de la sesión de 27 de abril de 1911, nos suministra nuevas informaciones sobre este asunto. Veamos lo que dice:

Biblioteca - El señor Presidente comunica que por falta de tiempo no ha sido posible dar forma a la idea de fundar e inaugurar la biblioteca el día 3 del etc.; que por otra parte la conmemoración de Sarmiento había sido aplazada al 15 de mayo; que además habíase fundado recientemente en la Escuela Fiscal una Biblioteca Escolar con el nombre de Sarmiento; para evitar posibles confusiones creía conveniente dar otro nombre a la Biblioteca Popular anexa al Club; tras breves discusiones fue aprobada por unanimidad la propuesta del señor Romualdo Passaponti, designándose a la Biblioteca con el nombre de "Rivadavia" en homenaje al ilustre patriota y ciudadano.

El 19 de junio de 1911 se nombró bibliotecario al señor Fiero Passaponti y vicebibliotecario al señor Emilio Veaute.

En la reunión del 19 de julio del mismo año quedó resuelto que el acto inaugural de la biblioteca popular tendría lugar el 6 de agosto, debiendo hacer uso de la palabra el presidente de la institución, don Cirilo Lizier.

A partir del 2 de mayo de 1913, el "Club Atlético San Carlos" se llamó "Centro Rivadavia", nombre que fue propuesto por el señor Emilio Veaute.

Cuenta, pues, la colonia San Carlos con dos importantes bibliotecas populares. Y San Carlos Sud puede vanagloriarse de haber sabido sostener esta noble y prestigiosa institución de cultura que ya ha cumplido sus cincuenta años de fecunda existencia.

Es necesario que el pueblo en general se compenetre cada día más de la profunda influencia que ejercen las bibliotecas y que, evidenciando un espíritu de solidaridad intelectual y

moral, contribuya en todo lo posible para que la obra que está en marcha, se afiance y se agrande. Para ello hay que aportar el esfuerzo individual y así florecerán vigorosas las bibliotecas existentes. No olvidemos aquellas palabras de un gran estadista, de un ilustre argentino, el doctor Nicolás Avellaneda, que siendo presidente de la República, visitara San Carlos en 1879 e hiciera oír en esta colonia el eco de su voz elocuente y de su verba cautivante. Avellaneda ha dicho en cierta ocasión:

El que da un libro para el uso del pueblo, hace un pequeño don de su valor pecuniario, enciende una antorcha perenne y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral de centenares de hombres.

III

LA OBRA EDUCATIVA DE DON ROBERTO WEIHMÜLLER

He aquí otro nombre que ha merecido de nuestra parte una especial dedicación. Nos fue muy fácil comprender de inmediato, que quien realizó con fervorosa unión una obra educacional como la cumplida en San Carlos por don Roberto Weihmüller, tenía que ser un hombre que reunía cualidades y virtudes poco comunes.

El elevado concepto que nos merece este hombre dinámico y múltiple, como figura destacada en la historia de la colonia, explica que seamos amplios al exponer sus rasgos biográficos. Creemos, por otra parte, que muchos han de ser los hombres de hoy, que recordarán con verdadero cariño a aquel educador entusiasta, bajo cuya dirección nutrieron sus cerebros juveniles y llenaron de sanos sentimientos sus corazones infantiles, con las enseñanzas instructivas, científicas y morales, que él les infundiera con un rígido concepto del deber y de la disciplina, pero también con un espíritu abnegado y generoso.

Es que don Roberto Weihmüller se nos presenta como un ejemplo de lo que puede la vocación en un hombre, cuando se encuentran en él las condiciones propicias para su germinación y desarrollo. No sólo anhelaba instruir, sino en grado especial educar y vigorizar la moral de los futuros hombres. Debe de haber pensado, posiblemente, como Miguel Cané, que

vale más la formación y el desarrollo del carácter, que el desarrollo de la inteligencia

ya que, al decir, de Burguete,

nada puede hacer la inteligencia para salvar al hombre desvigorizado moralmente.

Aquí, en estas páginas desprovistas de toda pretensión literaria, pero repletas de un recto sentimiento de justicia hacia los que en el pasado forjaron los destinos de la colonia; vamos a referirnos con verdadero placer a este hombre, que tanto bien hiciera a la población que lo albergara en su seno, porque con su iniciativa, al abrir un colegio para cooperar al progreso intelectual y moral de la infancia y contribuir así al desarrollo de la cultura, no sólo en San Carlos, sino también en los pueblos vecinos, reveló un alto espíritu de comprensión de las necesidades de este núcleo de habitantes. La figura simpática de don Roberto Weihmüller surge, pues, inmediatamente al más somero examen de nuestros antecedentes educacionales, como un prohombre destacado de la civilización, propulsor celoso e incansable de las virtudes que deben adornar a los pueblos, y en ese sentido, merece toda nuestra admiración y estoy cierto, también, que es grande la gratitud que le guardan muchas generaciones.

Para suerte y felicidad de esta querida colonia, sino le faltaron hombres tenaces y decididos, que se revelaron en forma destacada en las actividades materiales de la agricultura, de la industria y del comercio, exponentes de la economía de un pueblo, también tuvo en su hogar hombres capacitados y perseverantes que, como don Roberto Weihmüller, fueron factores decisivos en el afianzamiento de la cultura pública, ya que en esas delicadas tareas se reveló como un verdadero apóstol.

Pero, nada mejor para comprender la obra realizada por este educacionista de grata memoria, que hacer una breve reseña de su juventud y ver cómo ya se manifestaban en forma vigorosa esas cualidades intelectuales y morales que habían de brindar tantos frutos a la colectividad, una vez que su acción se fuera intensificando.

Roberto Weihmüller nació el 24 de febrero de 1855, en un pintoresco pueblo suizo —Saanen— situado en el cantón de Berna. Fueron sus padres don Cristián Federico Weihmüller y doña María Reinhardt. Sus primeros estudios los efectuó en la escuela elemental de Wilderswyl y Aarmühle, pasando luego a continuarlos en la escuela secundaria de seis grados en Interlaken, distinguiéndose ya en su examen de ingreso a la misma, efectuado en 1865. Durante su permanencia en este establecimiento educacional, dirigido por maestros muy ilustrados, revelóse siempre como un joven muy activo, estudioso y de clara inteligencia, mereciendo la estima de profesores y condiscípulos, que en todo momento le reconocieron sus cualidades sobresalientes, tanto intelectuales como morales.

En pocas palabras, tenemos aquí un ejemplo de niño, con procederes y criterio de hombre. Todas esas manifestaciones del espíritu de aquel niño, no eran sino promesas o anticipo de una vida ennoblecida por la acción del magisterio.

En los años que estuvo en la escuela de Interlaken, estudió religión, alemán, francés, inglés, latín (en el que era alumno sobresaliente), cálculo, geometría, ciencias naturales, historia natural, geografía, historia, escritura y dibujo. Además, canto y gimnasia.

Nos ha sido posible revisar los certificados originales otorgados al entonces alumno Roberto Weihmüller, por los estudios realizados en la escuela secundaria de Interlaken, desde 1866 a 1871, en que tuvo que abandonarlos. Podemos testimoniar que esos documentos hacen plena fe de cuanto llevamos dicho al respecto de este hombre. Se nota el progreso firme y paulatino del alumno que, ya en 1870 y 1871, se coloca a la cabeza de su curso, como el mejor de la clase.

Aparte de lo que se relaciona con sus estudios, tenía especial predilección por la gimnasia y el canto, de los que era un cultor entusiasta. Como una prueba concluyente de su dedicación a la gimnasia, bastará citar el hecho de que en la fiesta de gimnasia cantonal para varones, celebrada en Thun, en 1869, obtuvo el primer premio.

Una vez que hubo terminado sus estudios en la escuela de Interlaken, rindió un examen de ingreso a la escuela cantonal de Berna, donde pensaba continuarlos, obteniendo las más altas clasificaciones.

Pero la noble ilusión que acariciaba en su mente el joven Roberto Weihmüller, había de experimentar muy pronto un contratiempo, que si bien tronchó la carrera de este hombre, no logró quebrantar su energía ni debilitar su vocación por los temas y actividades que le atraían fuertemente. Y es así como Roberto Weihmüller, si bien no pudo culminar sus estudios con el título que anhelaba, aplicó en su vida, en los años posteriores, los conocimientos sólidos que había adquirido mientras fue alumno aplicado y realizó una obra proficua y de vastas proporciones, en beneficio inmenso de la niñez. Podemos decir que la ruda experiencia y la férrea voluntad, le otorgaron lo que las circunstancias fortuitas impidieron le fuera reconocido oficialmente en la Universidad de su patria.

La causa que motivó la interrupción de los estudios del joven Weihmüller fue la determinación de los padres y de sus dos hermanos mayores, adoptada a principios de 1871, quienes viendo que no podrían seguir enviando a Roberto y un hermano llamado Luis a la Universidad, para que terminaran sus estudios de teología y medicina, respectivamente, optaron por emigrar a la República Argentina, con toda la familia, cosa que hicieron ese mismo año, embarcándose en el puerto de Marsella, en el vapor "Italo-Platense", que debía conducirlos a Buenos Aires.

El lector podrá darse cuenta cabal de la dolorosa impresión que habrá causado en el espíritu de Roberto Weihmüller este acontecimiento, ya que siempre había soñado con llegar a ser un gran predicador en su patria. Pero si bien, momentáneamente, vio defraudadas sus ilusiones y esperanzas, pudo luego hacerlo en tierra argentina, hospitalaria y generosa, con todo el fervor que su vocación le infundía y con toda la autoridad moral de que gozaba por su vida austera.

La familia Weihmüller se componía del abuelo, padre, ma-

dre y cinco hijos. Faltando tres días para llegar a Río de Janeiro, falleció inesperadamente el abuelo de Roberto, para quien siempre había sido el estimulador de sus ideas religiosas.

Apenas llegados a la República Argentina, se instalaron en la colonia San Jerónimo (Sur), recientemente fundada por la Compañía de Tierras del Ferrocarril Central Argentino y en ella Roberto ayudó a sus padres y hermanos en las tareas de la labranza de la tierra, pues se dedicaron a la agricultura y ganadería; pero no dejaba de aprovechar todo instante libre que le quedaba, para estudiar con verdadera contracción y en 1877 fue a Montevideo a rendir examen ante el Sínodo Episcopal Norteamericano de Metodistas, que sesionaba entonces en aquella ciudad. Hizo un examen brillante y reconociósele como predicador, nombrándosele en tal carácter. En ese mismo año don Roberto Weihmüller contrajo enlace con Elisa Hoffer, hija de un agricultor muy estimado de la colonia San Jerónimo y también de los primeros pobladores de la misma.

Predicaba alternativamente en las colonias Carcarañá, Roldán y San Jerónimo; pero unió a sus actividades religiosas, otra que le atraía mucho: la escolar. En efecto, sus actividades educacionales en la Argentina, se iniciaron en San Jerónimo Sur, donde el señor Weihmüller, dirigió durante los años 1875 a 1878 un colegio fundado en esa colonia, que se denominaba "Colegio Alemán" y que algo más tarde se llamó "Colegio Suizo-Argentino Sarmiento", dependiendo desde su fundación de una sociedad escolar protectora. Actualmente lo dirige una hija de don Roberto, la señorita Marta Weihmüller, que lo mismo que el padre, practica el magisterio con abnegación y entusiasmo.

En el año 1888, es cuando comienza su vinculación con la colonia San Carlos. La comunidad de la iglesia protestante de ésta, le designó pastor de la misma. Entonces don Roberto Weihmüller se hizo cargo de sus funciones y dedicó sus esfuerzos también a reorganizar los registros para lo cual recorrió, no sólo la colonia San Carlos, sino los pueblos vecinos, recabando datos a las familias de dicha religión.

En 1890, el señor Weihmüller, que había dejado el cargo de pastor, resolvió abrir un establecimiento educacional y a tal fin fundó en mayo del mismo año, en San Carlos Centro, el “Colegio Evangélico”, que posteriormente se llamó “Instituto Pestalozzi” y de cuya historia nos ocuparemos en otro capítulo.

Don Roberto Weihmüller estuvo al frente de ese colegio, dirigiéndolo con celo y con un verdadero afán de sembrador de la cultura, hasta su muerte, producida en San Carlos el 4 de noviembre de 1906. Sus restos descansan en el cementerio protestante de la plaza Sud.

Las actividades del señor Weihmüller, no se circunscribían a su escuela, sino que directa o indirectamente cooperaba en diversas sociedades de la colonia y siendo, como se ha dicho, un cultor del canto, se ocupaba preferentemente de preparar los coros de señoritas, caballeros y niños que participaban en las distintas festividades escolares o religiosas. Demás está decir que siempre obtenía gran éxito en esas iniciativas.

Aparte de ello, fundó y dirigió una sociedad de gimnasia y actuó como pastor y encargado de la “Iglesia Evangélica del Circuito de San Carlos”. Por decreto del 9 de octubre de 1890, el P.E. de la Nación reconoció al señor Roberto Weihmüller en el carácter de pastor de la comunidad protestante y demás congregaciones afiliadas a la iglesia metodista en la colonia San Carlos. Dirigía los sermones dominicales para adultos, en castellano; sermones mensuales en alemán; la escuela dominical para niños; catecismo para jóvenes confirmantes, y visitaba las comunidades evangélicas de colonias vecinas, tales como las Tunas, Esperanza, Grütly, Felicia, etc.

Pondremos término a estas notas biográficas sobre la personalidad de don Roberto Weihmüller, transcribiendo a continuación la letra de la “Marcha Sancarlina” que él escribiera en 1892, dedicada a los hijos de esta colonia:

— 1 —

En este hermoso suelo
De América querida
Pasamos nuestra vida
En labor y en paz,
Mirando indiferentes
De ajenos el tesoro,
Pues nunca dio el oro
Al corazón solaz.

— 2 —

Honramos el trabajo,
Y nunca nuestra frente
Palidecerse siente
Al peso de la labor
Inútiles no sean
Los brazos que tenemos
Y fuertes siempre estemos
Creciendo nuestro honor.

— 3 —

El sol que en el oriente
Empieza su carrera,
Madura en primavera,
Del campo nuestra mies,
Premiando el trabajo,
Sudores y fatiga
Están por cada espiga
Coronados a su vez

— 4 —

Mas, si de nuestros fueros
Echarnos algún día
Con ímpetu bravía

Tentara un opresor,
Entonces, si, entonces,
Oh!, hijos Sancarlinos,
Del nombre de argentinos
Salvemos el honor.

Coro:

Fraternidad busquemos
En pos de la labor,
Y gloria entonaremos
Con himnos de amor.

IV

EL "INSTITUTO PESTALOZZI"

Hemos dicho ya que don Roberto Wehlmüller fundó, a principios de 1890, el "Colegio Evangélico", al que más tarde denominó "Instituto Pestalozzi".

Nos ocuparemos ahora de exponer algunas notas históricas relativas a esta escuela particular, que durante muchos años fue un centro eficiente de cultura, escuela a la que concurrieron niños no sólo de San Carlos, sino también de las colonias vecinas y aun de otras provincias, especialmente de la de Córdoba.

El propósito inicial del señor Wehlmüller fue establecer una "Escuela Evangélica Comunal" en San Carlos, dirigida por él en la parte técnica, pero sostenida por la comunidad protestante.

Este proyecto no pudo realizarse, por diversos factores que se opusieron y entonces el señor Wehlmüller instaló por su propia cuenta el "Colegio Evangélico".

Posteriormente, dada la concurrencia de alumnos de otras localidades, se impuso la necesidad de establecer en el colegio el internado. Para ello, era indispensable disponer de un local apropiado, evitando así el tener edificios distintos para la escuela y la pensión. La primera idea que surgió ante este problema, fue constituir una sociedad de accionistas, para comprar una casa propia destinada al colegio; pero nuevas dificultades, especialmente el mal resultado de las cosechas en esos años impidieron llevar a la práctica estos propósitos.

Entonces el señor Wehlmüller se decidió a afrontar por sí solo el problema y adquirió el edificio y terreno que fue de don

Luis Pellitti, instalando ahí su establecimiento educacional, con amplias comodidades, principalmente para el internado.

El “Colegio Evangélico”, como se dijo, llamóse más adelante “Instituto Pestalozzi”. Las razones que tuvo el señor Wehlmüller para cambiar el nombre de la escuela, las ha expuesto él mismo en un prospecto que se refiere al instituto, publicado en 1905.

Dije ya —escribe— que al fundar la “escuela Evangélica Comunal”, en cuyo carácter debiera estar bajo los auspicios de las Comisiones de la Iglesia, lo que con la institución creada y sostenida a mi sola responsabilidad, no pudo ser el caso, y no pudiendo alcanzarse el fin primitivo no tuve yo derecho ninguno a guardar para mi institución el título que aquí lógicamente corresponde a una escuela sostenida y administrada por la Iglesia Evangélica. A más, observé que en muchos predominaba la errónea idea que la institución sería una escuela *para evangélicos o protestantes*; en otros, que se buscaba a hacer protestantes de los alumnos hijos de padres de otra confesión.

Repito al respecto —agrega— lo que siempre publiqué en los programas de la Escuela: la Institución se obliga a la mayor tolerancia con todos, quedando los alumnos de otras confesiones libres de asistir o no a las lecciones de Religión, y serán los centenares que eran nuestros alumnos, testigos que fielmente se cumplió tal programa y que celosamente se vigiló que ni entre los alumnos se levanten cuestiones que pudieran amargar.

Y este programa del “Colegio Evangélico” —prosigue diciendo el señor Wehlmüller— ha quedado intacto en el “Instituto Pestalozzi”, y sostengo firmemente que la enseñanza de la Moral es un factor absolutamente necesario para la educación, y la base de la Moral no quiero sacar de la naturaleza, ni de las costumbres y usos de uno u otro pueblo, sino de las sublimes doctrinas del Nazareno; y no conozco reglas más cortas y más terminantes para la educación moralizadora de la humanidad que aquellas reconocidas por cristianos, judíos y mahometanos, depositadas en el Decálogo y su cumplimiento en el amor para Dios y el semejante.

Lo que don Roberto Wehlmüller dice respecto de la amplia tolerancia que había en su colegio, en materia religiosa, es la pura verdad y podemos manifestarlo así los que hemos pasado por las aulas del mismo, sin que nuestras creencias religiosas, que no eran las que profesaban sus directores, hayan sufrido jamás menoscabo alguno, sino muy al contrario, un respe-

to absoluto y hasta se nos facilitaba el cumplimiento de nuestros deberes de católicos, si así lo indicaban los padres.

Antes de establecerse en su amplio edificio propio, que fue en mayo de 1897, el colegio tuvo sus aulas en la casa de don Juan Meyer, ocupando el internado la de don Miguel Francia.

En 1890 funcionaron cinco grados (1º al 5º), inscribiéndose un total de treinta y siete alumnos, cuyos nombres damos a continuación, por ser los primeros que se educaron en el colegio. Eran los siguientes:

Pedro Abogado, Pedro Bertolé, Carlos Gardiol, Raúl Garvolini, Carlos Gilliard, Francisco Gschwind, Augusto Guenier, Francisco Lottersberger, Jorge Lottersberger, Luis Lottersberger, Juan Madoery, Juan Meynet, Luis Nassini, Marcelo Nicollier, Samuel Nicollier, Alberto Oberlin, Francisco Oberlin, Alberto Perriard, Augusto Perriard, Guillermo Tschopp, Federico Wehmüller, Godofredo Wehmüller, Roberto Wehmüller, Ernesto Wehmüller, Juan Wehmüller, Margarita Berner, Augusta Gilliard, Elisa Lottersberger, Amalia Madoery, María Nicollier, Rosa Oberlin, Elena Pahud, Ana Roth, Clara Tschopp y Emilia Wehmüller.

En 1890, aparte del director don Roberto Wehmüller, que también daba clase, actuó ese año como maestro don Augusto Gilliard. En los años sucesivos, hasta 1908 inclusive, funcionaron siempre del 1º al 5º grado y en 9 años también el 6º grado. En los 19 años que transcurren desde 1890 hasta 1908 inclusive, hubo en el colegio un total de 1646 inscripciones de alumnos, es decir, alrededor de 86 por año. La inscripción mínima de alumnos durante ese período, corresponde a 1890, con 37, y la inscripción máxima corresponde a 1906, en que se anotaron 136 alumnos.

Hemos dedicado merecidas palabras, destinadas a hacer resaltar la personalidad del director fundador de este colegio, don Roberto Wehmüller, a quien secundó eficazmente, en todo momento, su digna esposa doña Elisa Hoffer, cuyos nobles sentimientos siguieron alentando e inspirando a sus hijos, des-

pués del fallecimiento de don Roberto, para que prosiguieran la obra educacional emprendida.

Debemos ahora mencionar a los maestros que colaboraron con sus directores en la tarea escolar. Desde 1890 a 1908, fecha a la que alcanza nuestra historia, encontramos en los anales del instituto, los siguientes nombres de maestros de grados: Augusto Gilliard, Juan Pedro Gonnet, Juan Pedro Malán, Daniel L. Dalmás, Félix Pidoux, Alberto Tallon, J. Wigley, Juan Viglieno, Otto y Oscar Goetschy, Emilio Chauvie, Rodolfo Gerber, Ernesto Wehmüller, León Grande, José Montaldo, Juan Wehmüller, Marta Wehmüller, Edmundo Fleischmann, Luis Guerin, etc.

El señor Augusto Gilliard colaboró con don Roberto Wehmüller en los dos primeros años, demostrando en toda ocasión el más decidido apoyo a la obra del colegio. Aunque tuvo que retirarse pronto, siguió siendo un consejero y un simpatizante, en todo momento, del señor Wehmüller.

El maestro Juan Pedro Malán era un joven uruguayo de 21 años, que en 1892, por recomendación de la confederación de la iglesia metodista episcopal, fue llamado por el señor Wehmüller, para que actuara no sólo en la escuela, sino también para que colaborara en sus tareas religiosas. Debiendo el señor Wehmüller ausentarse con mucha frecuencia, para dirigir en calidad de pastor los servicios religiosos en las comunidades evangélicas de San Carlos Sur, Las Tunas, Esperanza, Grütly, Felicia, San Jerónimo Sur, etc., el señor Malán era quien lo reemplazaba, tanto en la dirección de la escuela como en las atenciones que requería la iglesia evangélica de San Carlos Centro. En esos casos, el señor Malán no sólo atendía las clases diarias del instituto, sino que se encargaba de la escuela dominical, del sermón de adultos y actuaba como predicador local.

Don Félix Pidoux fue otro de los maestros que demostró sincera simpatía por la noble causa de la educación. Después de haber sido alumno del colegio, su director lo incorporó

al personal docente, donde se reveló como un maestro apacible, indulgente y bueno.

Otto Goetschy también fue un colaborador eficaz en la tarea desarrollada por el instituto durante los primeros años, que fueron los más difíciles y críticos.

Don Edmundo Fleischmann fue un maestro que actuó varios años en el "Instituto Pestalozzi". No sólo atendía la enseñanza en los grados que se le confiaban, sino que de tanto en tanto pronunciaba en el salón del colegio alguna conferencia pública sobre diversos temas. Así, cuando la escritora Cesarina Lupati visitó San Carlos, el señor Fleischmann dio en su honor una conferencia sobre el tema "La Conversación".

En 1906, con motivo del fallecimiento de don Roberto Wehnmüller, se hizo cargo de la dirección del instituto su hijo don Ernesto, quien no obstante su juventud, asumió sus funciones con toda decisión y entusiasmo, logrando mantener el prestigio bien conquistado que había adquirido la escuela.

Don Ernesto Wehnmüller tuvo una brillante actuación, no sólo en las actividades escolares de la colonia, sino también en las sociales, políticas y culturales. Había nacido en San Jerónimo Sur, el 7 de febrero de 1882, falleciendo en San Carlos el 13 de diciembre de 1929. Le secundaron eficazmente en la prosecución de la fecunda obra educacional que tanto enaltecía a la colonia, sus hermanos Juan Wehnmüller, nacido el 25 de setiembre de 1883 en San Jerónimo Sur y fallecido en Rafaela el 1º de julio de 1933; Marta Wehnmüller, nacida en Carcarañá el 29 de mayo de 1885 y Emilia Wehnmüller, nacida el 11 de agosto de 1880, también en San Jerónimo Sur. Todos ellos se revelaron siempre por sus virtudes y por su vocación, poseyendo las condiciones indispensables para el delicado ejercicio del magisterio y desempeñando sus tareas docentes con inteligencia y contracción. Después de los años transcurridos y apreciando en su exacto valor todo lo que estos maestros y maestras han hecho en nuestro beneficio, no sólo en lo que se refiere a la ilustración intelectual, sino también a la formación del carácter, vienen a nuestra mente aquellas hermosas

palabras que el inmortal Edmundo De Amicis pone en las páginas de su hermoso libro *Corazón*, como un consejo que da el padre al niño Enrique, sobre la gratitud:

Pronuncia perpetuamente con respeto el nombre de maestro, que después del de padre, es el nombre más dulce que pueda dar un hombre a un semejante suyo.

Además, encontramos como maestros de música y canto, en los años que se dictaron tales cursos a los señores Pedro Rezzola (1892 a 1894); Traversa y Touchbeut (1896); Félix Anselmino (1907); Javier Gentile (1908), año en que se organizó la banda de música del colegio bajo su dirección, y, por último, la señora Emilia G. de Cortassa (1902).

Como maestras de labores femeniles, debemos mencionar las siguientes: Sofía Favre (1891); señoras Charles y G. Charles de Gilliard (1892); señora Emma M. de Spuler (1893); Rosa Barrirero (1894); Sra. Fanny Sigel de Goetschy (1895 a 1898); Marta Sigel (1896).

La señorita Marta Weihmüller tuvo a su cargo las clases de labores en 1905 y 1906, y la señorita Emilia Weihmüller enseñó labores desde 1899 hasta 1904 y en 1908.

Las asignaturas que se enseñaban en el colegio, según el programa de 1905, eran las siguientes: idioma nacional (lectura, escritura, lección de cosas, gramática, composición, correspondencia, dictado); aritmética, geometría y álgebra; geografía, historia, caligrafía, canto, francés, teneduría de libros, historia natural, instrucción cívica, dibujo, gimnasia, inglés y latín. Además, con carácter facultativo se enseñaba religión, alemán e italiano.

Tanto la enseñanza elemental como la preparatoria para los colegios secundarios, se impartía de acuerdo con los planes de estudio de las escuelas oficiales.

Las niñas tenían durante la semana, dos medios días de lecciones de labores, debiendo aprender primero lo útil y necesario y después lo de adorno y apariencia.

Los alumnos de los grados superiores asistían al taller de trabajos manuales de la escuela fiscal.

V

LA SOCIEDAD ITALIANA DE FOMENTO A LA INSTRUCCION Y LA ESCUELA ITALIANA "SILVIO PELLICO"

Esta entidad fue fundada el 18 de marzo de 1876. Según el reglamento respectivo, se constituía en San Carlos una sociedad para la fundación de una escuela particular italiana, donde se impartiría enseñanza primaria hasta cuarto grado, de acuerdo con los programas vigentes en Italia.

Para sostener dicha escuela, se estableció que se harían suscripciones voluntarias y mensuales. Las autoridades de la sociedad eran una comisión directiva y una comisión escolar. La comisión directiva estaba formada por un presidente, un vicepresidente, un tesorero y dos vocales, quienes designaban, además, un secretario. La comisión escolar la integraban dos miembros y debían entender en todo lo referente a la marcha de la escuela.

Como fundadores de la sociedad figuraban las siguientes personas: Miguel Taverna, Chiaffredo Barra, Bautista Aima-retti, Miguel Serra, Domingo Fassino, Domingo Stapinato, Chiaffredo Marconetti, Bartolomé Dettoni, Domingo Bernardi, Juan Polla, Domingo Capello, Veroglio, Antonio Boero, Isidoro Favre, José Apendino, Félix Rivolta, doctor Juan Leone, Félix Terzolo, Gelindo Remonda, José Girardi y Pablo Novero.

El 18 de marzo de 1877, quedaba constituída la comisión directiva en esta forma: presidente, Chiaffredo Barra; secretario: Félix Grimoldi; tesorero: Domingo Fassino. El 31 de mayo del mismo año se nombró nuevo secretario a Félix Terzolo.

El 25 de noviembre de 1877, el señor Taverna ofreció a la sociedad un terreno para construir el local de la escuela. Posteriormente, en la asamblea celebrada el 14 de diciembre de 1879, el señor Chiaffredo Barra también ofreció un terreno para el mismo fin, haciendo constar que antes debía considerarse el ofrecimiento hecho por don Miguel Taverna.

La misma asamblea reelige como presidente al señor Barra.

Para correr con todos los trabajos relativos a la construcción de la casa destinada a escuela, se designó una comisión integrada por los señores Miguel Taverna, Gelindo Remonda, Chiaffredo Barra, Juan Polla y Andrés Azzario. Para componer la comisión escolar se designó a los señores Bartolomé Dettoni, Gelindo Remonda y Juan Buffa.

Con respecto a las ofertas de terrenos para el edificio escolar, llegaron a ser varias, a saber: la del señor Taverna, que consistía en un lote de 16 varas de frente por 40 de fondo; la del señor Barra, en uno de 20 varas por 40; la del señor Serra, en un terreno de 45 por 40, y la del señor Bartolomé Barbero, en uno de 30 por 30.

En la asamblea que tuvo lugar el 13 de febrero de 1881, fue reelecto por tercera vez presidente de la sociedad el señor Barra y la comisión escolar quedó constituida con los señores Juan Rossi, Miguel Serra y Juan Polla.

Fue en la reunión del 27 de agosto de 1882 que se decidió iniciar la construcción del edificio para la escuela en el terreno ofrecido oportunamente por el señor Barra, que fue completado con una parte donada por el señor Pablo Novero. Para medir el terreno citado y presentar un presupuesto relativo a los trabajos que había que realizar, se encargó a don Félix Francia.

La colocación de la piedra fundamental del edificio que hoy ocupa la escuela italiana "Silvio Pellico", tuvo lugar el 20 de setiembre de 1882. Con ese motivo se celebró una asamblea extraordinaria, a la que asistieron los señores Chiaffredo Barra, Juan Rossi, Bartolomé Dettoni, Domingo Turelli, Fermín Cappa, Miguel Serra y Bernardino Peretti.

Se trató la cuestión referente al nombre que debía darse a la sociedad y escuela, proponiéndose dos: Cavour y Silvio Pellico. Se votó y por cinco votos contra tres resultó elegido el nombre de Silvio Pellico, propuesto y sostenido por el señor Juan Rossi, administrador del famoso escritor y patriota italiano.

Terminada la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental, la presidencia declaró disuelta la asamblea, exhortando a todos los presentes a hacer cualquier sacrificio para afianzar el progreso de la sociedad y aconsejando de un modo especial la unión entre los compatriotas.

La primera parte del acta de la asamblea celebrada el 20 de setiembre de 1882, se colocó en una botella bien cerrada, bajo tierra en el medio de la puerta central, agregándose también varias monedas contemporáneas, así como algunos escritos particulares a título de recuerdo.

El señor Barra renunció a la presidencia el 15 de abril de 1883 y se designó en su reemplazo al doctor Juan Leone, quien estuvo al frente de la sociedad hasta el 13 de mayo del mismo año, en que renunció también, siendo electo presidente don Miguel Serra.

Las personas que en adelante tuvieron a su cargo la presidencia de la sociedad fueron: el señor Antonio Boero, electo el 25 de marzo de 1884; el señor Barra, elegido por las asambleas del 12 de octubre de 1885, 19 de febrero de 1890 y 18 de diciembre de 1892; el señor José G. Bertelli designado por las asambleas del 1º de enero de 1888, 12 de febrero de 1889, 1º de julio de 1894 y 29 de junio de 1899; el señor Manuel Buro-ne, electo el 7 de julio de 1889 y el 21 de enero de 1891; el señor Juan Bautista Boero, designado por la asamblea del 25 de enero de 1891; el señor Luis Vitali, elegido el 13 de diciembre del mismo año y el señor Pompeyo Moro, que desempeñó el cargo desde el 27 de diciembre de 1894, durante tres períodos.

En la asamblea del 29 de abril de 1900 quedó autorizada la comisión directiva para tratar con la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, la fusión de ambas sociedades, dada la situa-

ción precaria en que se hallaba la escuela hasta 1906, en cuyo año, el 18 de febrero, se organizó la sociedad "Silvio Pellico" fundada el 18 de marzo de 1876 y se eligió presidente a don Félix Francia. El 31 de marzo de 1907 la comisión directiva estaba constituida así: presidente, Romualdo Passaponti; vicepresidente, Juan Gaetano; secretario, Fiero Passaponti; tesorero, Félix Francia.

Además de las personas nombradas en este capítulo como integrantes de las comisiones, también colaboraron en la sociedad, desde diversos cargos y en distintas épocas, los señores: Mateo Alberto, Domingo Barrirero, Domingo Lirusso, Antonio Gnocchi, Tancredi Laudi, Domingo Lasagna, Miguel Giacosa, Fermín Cappa, Antonio Garda, José Bessone, Juan Martina, Manuel Giaccardi, Lorenzo Bessone, Santiago Rigaldi y Rafael Perazzi.

Nos queda ahora por mencionar los maestros y maestras que tuvo la escuela italiana "Silvio Pellico" desde su fundación hasta 1908. La primera maestra directora fue la señora Olivieri, designada el 18 de marzo de 1877. En 1883 figura como maestro el señor Civra, quien actuó hasta el 2 de marzo de 1884, en que fue nombrado el señor Celestino Remonda. Después ocupó su lugar don Antonio Cossettini, designado el 8 de enero de 1886. Este renunció el 5 de diciembre de 1890 y fue reemplazado por la maestra señora de Olivieri, la que renunció a su vez el 31 de enero de 1892.

A principios de 1891 también fue nombrado como maestro don Atilio Pessina; pero fue destituido al poco tiempo y reemplazado por el maestro señor Boretti.

El 15 de febrero de 1893 fueron aceptados como maestros de la escuela el señor Victorio Elías y la señora Bacchelli. Sucesivamente actuaron como maestros en 1894, don Pedro Agen y don Alejandro Viglieno. El 7 de febrero de 1901, actuó como maestro Esteban Boaglio. Finalmente, el 5 de marzo de 1907 se hizo cargo como maestra directora de la escuela, la señora Adela Acerbo.

VI

LA ESCUELA PARTICULAR ALEMANA

Hablar de esta escuela es casi lo mismo que hablar de la colonia. Nació con San Carlos, desarrollándose con el pueblo que la albergaba.

Su tradición no puede ser más honrosa. Faro de luz en inmensa soledad de estas llanuras, iluminó desde 1859 a una gran parte de la niñez de la colonia.

Fruto del esfuerzo inteligentemente asociado, obra de la férrea voluntad de quienes supieron gestarla, crearla y consolidarla, sufrió con entereza los embates de la adversidad que en más de una circunstancia obstruyó su marcha. Fue como el roble que soportó todos los vendavales y si alguna vez pareció oscurecerse tras los nubarrones amenazantes, no tardó en brillar su luz redentora. ¡No faltaron brazos para sostener la antorcha!

¡Qué honroso antecedente para San Carlos! Una escuelita modesta, pero fecunda, fue perpetuando a través del tiempo la simiente en los cerebros de la niñez sancarlina. Por muchos años estuvo casi sola en la proficua labor de una cruzada cultural.

Es, también, un ejemplo y una lección. Nos revela que no sólo la preocupación de lo material alentó e inspiró a aquellos próceres de las lides campesinas. Ellos tuvieron también la exacta noción del valor inmenso de lo espiritual. Y al rasgar con el acero la tierra virgen, para arrojar en el surco la semilla promisoría, completaron su obra de civilización creando esta escuela. No había sólo que cultivar la tierra, sino también la

mente del niño, modelándola en las virtudes que hacen libres y grandes a los pueblos.

En 1870, ya había levantado su edificio propio en San Carlos Sud. Muchas generaciones de niños se cobijaron bajo su techo, para nutrirse con el manjar intelectual, educar la inteligencia, que alumbró los caminos de la vida y disipa las tinieblas nefastas y traidoras de la ignorancia.

San Carlos, que ostenta el honor de mas de una primicia en los anales industriales de la provincia y aun del país, también puede ofrecer a la consideración general este antecedente que habla de sus afanes por la divulgación de la cultura.

Ahí está gloriosamente erguida, en su grandiosa modestia, la casa que por tantos años había de ser foco de la cultura de este pueblo, pues la escuela alemana no sólo sirvió para difundir la instrucción primaria, sino que irradió sus inmensos beneficios, su generosa obra, en otros terrenos. Sirvió para sembrar la moral religiosa, para fomentar la sociabilidad, para la formación de una biblioteca pública, prestando su cooperación en el progreso de la sociedad coral, que es otra institución que honra a esta colonia.

Por otra parte, no hay que confundir esta escuela histórica, que es una reliquia digna de conservarse, con otras cuyos beneficios educacionales están limitados a un núcleo especial. Ella acogió con amplitud de miras a todos los que quisieron concurrirla. La nacionalidad o el credo religioso, no eran impedimentos que la escuela opusiera. Fue un altísimo ejemplo de tolerancia y de concordia social, en ese sentido. Y no obstante su carácter de escuela de una colectividad extranjera, desarrolló un sensato nacionalismo. En la escuela alemana de San Carlos Sud, si los niños aprendían a respetar las patrias de sus mayores, también aprendieron a venerar la propia pues se les inculcaban las virtudes fundamentales que hacen grandes a las naciones. La obra de la tradicional escuelita fue argentinista y constructiva.

Digna del mayor elogio es, pues, la actividad desplegada

por sus propulsores de todas las épocas, y en especial por las sociedades que tuvieron a su cuidado, el funcionamiento y sostén de la escuela. Idéntica gratitud merecen los maestros que tuvieron a su cargo la delicada función de educar la niñez que la frecuentaba. Recordamos haber leído que, cuando en 1824, se habría en la lejana ciudad de Jujuy la escuela dotada por el benemérito general Manuel Belgrano, el maestro de la misma en un sencillo discurso inaugural, decía dirigiéndose a los padres, madres y tutores de los niños: "Yo derramaré la semilla, regad vosotros". He ahí la colaboración de la escuela y del hogar. En San Carlos se cumplieron esos conceptos, en la escuela alemana. Los padres se interesaban por la cultura de sus hijos.

Veamos ahora cómo se desarrolló esta escuela, surgida apenas fundada la colonia.

En los primeros tiempos fue atendida por los pastores Eugenio Sauvain (1859-1864), Teófilo Weigle (1860-1868) y Feliciano Sauvain (1869).

En 1870 quedaba terminado el edificio construido para iglesia y escuela. Sucesivamente actuaron como maestros los señores Emilio Wil, en 1870-1871; Rodolfo Madoery, en 1872; Rodolfo Luder, en 1873-1874, y G. Von Kaenel, de 1873 a 1878.

En 1879 se hizo cargo de la escuela el maestro Pedro Dürst, quien estuvo al frente de ella hasta 1885, actuando con singular eficacia.

El gobierno de la provincia, considerando los importantes servicios prestados por el citado maestro de la escuela particular alemana, don Pedro Dürst, dio un decreto el 5 de marzo de 1880, acordándole una subvención de 20 pesos fuertes, a contar desde el primero de enero de dicho año.

El 28 de enero de 1883, la escuela alemana que había sido sometida por la comunidad evangélica, pasó a depender de la "Sociedad de la Escuela Particular Alemana". En la citada fecha se designó una comisión escolar, presidida por el señor Severino Roth e integrada por los señores Pedro Dürst, Juan Sigel, Jorge Gschwind y Guillermo Reutemann. Se resol-

vió también proyectar los estatutos de la sociedad y en la sesión del 4 de abril del mismo año se nombró una comisión para redactarlos, compuesta por los señores Juan D. Meier, Federico Sigel y Andrea Spuler, la que llenó su cometido. Los estatutos sociales quedaron aprobados el 26 de agosto de 1883.

Hacia 1888 actúa en la escuela don Roberto Weihmüller. Los libros de la sociedad no registran después las actividades de la misma durante un período de varios años. El 24 de agosto de 1890, se realizó la asamblea que eligió autoridades. Figura como presidente don Severino Roth y como secretario don Christián Ruffner. En esta misma reunión la presidencia hizo saber que el filántropo don Pedro Such, que había fallecido recientemente, donó por testamento a la comisión escolar una suma de dinero.

En efecto, el testamento en cuestión tiene la siguiente cláusula:

Lega \$ 1.000, pesos moneda nacional oro a la comisión de la escuela alemana de esta Plaza Sud, para la construcción de un local aparente para la misma escuela.

Designóse luego maestro director de la escuela al señor Carlos Meyer, mereciendo citarse por el apoyo que prestó a la institución y por la actividad desplegada en su favor, el doctor Teodoro Troxler.

El 24 de enero de 1892, se presentó a la comisión directiva el segundo maestro, don Federico Meltzer. En esa época desempeñaba el cargo de maestra de labores la señora de Heuberger.

Posteriormente se retiró el citado maestro Meyer y la sociedad resolvió solicitar otro a Suiza, quedando mientras tanto a cargo de la escuela el señor Meltzer.

El 28 de febrero de 1892 es elegido presidente don Santiago Leutert, que también fue reelecto sucesivamente para ocupar el mismo cargo, por las asambleas del 22 de marzo de 1896 y 27 de marzo de 1898.

Debido a las gestiones realizadas, se consiguió en Suiza un

nuevo maestro, don Emilio Meyer, el que llegó procedente de Etzikon (cantón de Solothourn), el 15 de marzo de 1893. Se presentó a la sociedad el 17 de marzo del mismo año y empezó las clases el 20 del mismo mes.

En 1893 se nombró maestro para secundar al señor Meyer, a don Adolfo Felchlin pues el maestro Meltzer participó en la revolución que estalló en ese año, actuando como dirigente y en ocasión de ir al frente de un grupo revolucionario fue fusilado en San Lorenzo por las tropas del general Bosch.

En 1896, con motivo de haber realizado un viaje a Suiza el señor Leutert, lo reemplazó interinamente en la presidencia de la sociedad el señor Francisco Weber.

El 1º de febrero de 1897 se presentó el nuevo maestro, llamado Conrado Hauser.

En la asamblea del 13 de marzo de 1898, ante un pedido de certificado que formuló el maestro Meyer, considerando que este merecía el mejor concepto, se resolvió otorgárselo y las autoridades de la sociedad, así como los socios presentes, reconocieron que el mismo, que había estado al frente de la escuela desde el 14 de marzo de 1893 hasta el 27 de marzo de 1898, no había nunca dado motivo a quejas, revelándose como un maestro afanoso, siendo su actuación ejemplar.

En cuanto al maestro Conrado Hauser, como tuvo que ausentarse a Buenos Aires para hacerse cargo de una escuela nueva, renunció a fines de 1898. A principios del año siguiente se contrataron dos nuevos maestros, a saber, el señor Adolfo Ruthardt, para atender primero, segundo y tercer grado, además de la gimnasia, y el señor Carlos Albert, que tendría a su cargo cuarto, quinto y sexto grado, así como las lecciones de canto.

La asamblea celebrada el 7 de mayo de 1899, designó presidente al doctor Teodoro Troxler, quien fue reelecto el 22 de abril de 1900. En este año vino el maestro Simón Jaeggi; pero renunció al poco tiempo, el 13 de junio de 1900, y entonces se resolvió encomendar al señor Juan Lehmann, que se hallaba accidentalmente en Suiza, que tratara de conseguir en

aquel país, otro maestro. Debido a gestiones realizadas, el profesor Gunzinger, de Solothurn, consiguió a fines de 1900 uno llamado Adolfo Schuster, de Pretzwil, quien llegó a la colonia en enero de 1901, encargándosele la atención de primero, segundo y tercer grado y la gimnasia.

El 31 de marzo de 1901 se hace cargo de la presidencia don Guillermo Reutemann, quien fue reelecto para dichas funciones por las asambleas celebradas el 22 de enero de 1902, 22 de marzo de 1903, 6 de marzo de 1904 y 19 de marzo de 1905.

En la asamblea que tuvo lugar el 28 de abril de 1901, la institución resolvió adherirse a la Asociación de Colegios Alemanes, constituida en Rosario el 6 de abril de dicho año, a cuyas reuniones asistió como delegado el señor Hugo Breuer.

En la reunión que efectuó la comisión directiva el 2 de abril de 1902, se recibió al nuevo maestro señor Thomas Thomann.

Los maestros Thomann y Schuster presentaron sus renuncias, tomándose razón de las mismas el 20 de agosto de 1904, contratándose luego al maestro Félix Praun. El 11 de marzo de 1906 se elige presidente al señor Arnoldo Michael Zwiky, que empezó a desempeñar sus funciones a principios de 1907.

En 1908, al celebrarse el cincuentenario de la fundación de la colonia, ocupaba la presidencia de esta sociedad el citado señor Keller.

Desde 1892 hasta 1908, desempeñaron la secretaría las siguientes personas: Juan Spuler, Arnoldo Keller, Hugo Breuer (éste por varios períodos), Albert Bovet y Serafín Rotschy.

Prestaron importantes servicios a la sociedad y escuela desde diversos cargos, además de las personas ya nombradas, los señores Felipe Roth, Rodolfo Detwiler, Enrique Werffeli, Javier Dietler, Otto Sutter, Rodolfo Meyer, Juan Lehmann, Guillermo Bauer y Enrique Meyer.



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL



FUNDACION
BANCO Bica